



Universidad de Chile
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Antropología

Una aproximación al rol de los objetos en la construcción del pasado reciente en San Pedro de Atacama

Memoria de título para optar al grado de Arqueólogo

Estudiante: Paula González
Prof. Guía: Flora Vilches

Marzo 2018

Contenidos

INTRODUCCIÓN	2
I. PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN	3
II. ANTECEDENTES HISTÓRICOS	6
Atacama en la órbita circumpuneña	7
Expansión capitalista en la actual región de Antofagasta	8
Turismo, arqueología y la era multicultural	12
Aproximaciones arqueológicas a la materialidad no prehispánica	14
III. MARCO TEÓRICO	17
El mundo material como ámbito de inscripción institucional	17
Objetos y temporalidad en perspectiva de la arqueología simétrica	19
Artefactos de uso cotidiano: constitutivos de la experiencia humana	20
IV. MATERIAL Y MÉTODO	23
V. RESULTADOS	29
Características generales de la muestra	29
Biografía social	40
Temáticas asociadas a artefactos y fotografías	54
Actitudes hacia la cultura material atacameña	68
VI. DISCUSIÓN	74
Construyendo el pasado reciente en Atacama	74
<i>Artefactos</i>	75
<i>Arquitectura</i>	79
<i>Los tópicos del pasado reciente</i>	82
<i>Formas de administración del pasado</i>	83
Sobre las categorías de análisis: algunas reflexiones	85
VII. CONCLUSIONES	87
Bibliografía	90
Anexos	96

INTRODUCCIÓN

La presente memoria de título se enmarca en el proyecto Fondecyt 1120087 “Expansión capitalista e identidad en los oasis de San Pedro de Atacama, 1880-1980: Un enfoque interdisciplinario”, desarrollado en la referida localidad entre los años 2012 a 2016. A través de distintos tipos de registro -arqueológico, antropológico e histórico- este trabajo abordó los modos de acomodación de las comunidades atacameñas de San Pedro de Atacama, hacia las demandas de la minería industrial que desde fines del siglo XIX se desarrolla en el Norte de Chile. En este proceso denominado expansión capitalista, las necesidades de la gran minería se han conjugado con las necesidades y posibilidades de los atacameños, configurando una trayectoria económica local muy específica donde diversas estrategias económicas han sido puestas en operación de manera sucesiva y contingente. En este contexto, la arqueología cuenta con herramientas que permiten organizar y analizar los rastros materiales dejados por los procesos de modernización y demodernización acontecidos en el área atacameña en el último siglo. En esta memoria se estudiará un conjunto material asociado a los procesos de modernización referidos, haciendo énfasis en las relaciones entre esta dimensión material y los actuales procesos de elaboración temporal y patrimonial.

La información se ha organizado en torno a siete secciones: en la sección I, *Problema de investigación*, se aportan de manera sintética los principales elementos históricos, teóricos y metodológicos que permiten contextualizar la problemática en estudio, se presenta la pregunta de investigación, y se exponen los objetivos del trabajo. En la sección II, *Antecedentes históricos*, se describen los principales procesos económicos y sociales del área en estudio, desde la prehistoria hasta la actualidad, enfatizando en el rol de la arqueología y la antropología en la elaboración histórica de dichos procesos. La sección III, *Marco teórico*, articula algunas propuestas teóricas relevantes para la problemática en estudio. En tanto, en la sección IV, *Material y método*, se describe la metodología de trabajo utilizada, así como las implicancias prácticas de su aplicación al presente caso de estudio. La sección V, *Resultados*, se ha construido desde lo descriptivo a lo explicativo, comenzando con una caracterización general de la muestra, para luego dar paso a mayores grados de interpretación. La sección VI, *Discusión*, articula los resultados obtenidos con las principales propuestas teóricas descritas en la sección III, a la vez que aporta nuevas reflexiones en torno a los resultados de la investigación. Finalmente, en la sección VII, *Conclusiones*, se entrega una breve síntesis general del trabajo.

I. PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

Desde fines del siglo XIX en la actual región de Antofagasta, comenzó a generarse un proceso de expansión capitalista producto del crecimiento industrializado de actividades extractivas como la minería de plata en Caracoles, de cobre en Chuquicamata y, principalmente, el desarrollo salitrero en la pampa. Al igual que el resto de la región, San Pedro de Atacama se hizo parte de este proceso, en que la población local se vio impulsada a ampliar su sistema económico agropastoril tradicional hacia uno más diversificado con base capitalista (Nuñez, 2007). Por un lado, se gatilló una migración de población hacia los centros mineros, transformando a esta fuerza de trabajo atacameña en asalariada. Por otro, se acrecentó la actividad arriera para abastecer de ganado vacuno y otros bienes al contingente minero y urbano. Posteriormente, tras la crisis del salitre (1929) y su repercusión en el sistema arriero, cobran importancia a nivel local una serie de industrias extractivas subsidiarias a la gran minería del cobre, como la explotación intensiva de llareta, la minería de sal y de azufre (Vilches, Sanhueza, Garrido, Sanhueza y Cárdenas, 2014b). Desde la perspectiva de Gundermann y Sanhueza (2009), este periodo constituye un punto de inflexión significativo en la historia atacameña, en que la pauta de integración regional de los atacameños se desprende progresivamente de sus bases agropecuarias andinas tradicionales, en tanto que se intensifica la dependencia indígena a un mercado de fuerza de trabajo minero. No obstante su trascendencia, este periodo aparece invisibilizado en la memoria pública de la comunidad sampedrino; en la actualidad el discurso atacameño oficial apela sobre todo a lo prehispánico como referente de memoria social, pasado e identidad (Ayala, 2007), omitiendo abiertamente el proceso de modernización vivido, entre otras cosas, porque viene a cuestionar la continuidad y la autenticidad de esta identidad étnica, el fundamento de su discurso patrimonial (Gundermann, 2004).

Recientes trabajos se han orientado a profundizar en estos procesos (Vilches, Sanhueza y Garrido, 2014a; Vilches et al., 2014b; Vilches y Morales, 2016) buscando por un lado relevar el pasado reciente, y también indagando en el rol de este periodo en la conformación de la identidad atacameña actual. Los trabajos referidos han abordado el registro material abandonado, dejado por la expansión capitalista en la localidad, bajo la premisa de que éste no sólo es informativo del pasado, sino que constitutivo de la experiencia cotidiana de los habitantes del sector, centrando el análisis en el patrón de asentamiento y el patrón de uso y consumo de objetos asociados a las industrias extractivas de sal, azufre y llareta, y a la actividad arriera en clave capitalista. Todas estas estrategias económicas subsidiarias a la gran minería, tuvieron un auge a partir de fines del siglo XIX, pero en la actualidad han perdido vigencia, transformándose en actividades discontinuadas al presente. En su mayoría se trató de industrias a pequeña escala que operaron durante un discreto periodo de tiempo, en donde los atacameños se involucraron como fuerza de trabajo de manera oportunista, por lapsos temporales muy acotados.

En la misma línea de los trabajos señalados, la presente memoria se propone indagar en este periodo de la historia atacameña a partir de la cultura material, pero esta vez enfocando el análisis en otro universo material aún no estudiado en profundidad: se trata de objetos que no han sufrido el proceso de *descarte* en los asentamientos señalados y que permanecen en contexto sistémico. Entre ellos encontramos artefactos de variada

índole, vinculados al proceso de expansión capitalista ya sea por razones de funcionalidad como por asociaciones afectivas o simbólicas. Conocer qué actitudes manifiesta una sociedad determinada hacia los objetos de su pasado permite observar de qué manera se está negociando la agencia sobre la construcción de ese pasado (González Ruibal, 2003). Debido a que es el mundo material lo que permite trazar la continuidad entre el pasado y el presente, el estudio de los objetos resulta clave dentro de la problemática atacameña. Desde un enfoque anclado en la arqueología simétrica (Witmore, 2007), se propone abordar esta trasposición temporal entre el pasado reciente asociado a la expansión capitalista y la sociedad atacameña como una red de relaciones entre diferentes pasados y sus materialidades, mapeables a modo de una *topografía* (Vilches, Sanhueza, Sanhueza, Garrido y Cárdenas, 2012). A través de este cruce podemos acceder, parcialmente, a observar las relaciones entre la cultura material y las personas.

En términos generales, podemos apreciar que el proceso de expansión capitalista en San Pedro de Atacama presenta un correlato material que contrasta con el discurso de esta sociedad sobre su pasado, el cual apela principalmente a la temporalidad y materialidad prehispánica para construir una memoria, patrimonio e identidad, subordinando e invisibilizando este periodo (Ayala, 2008; Vilches et al., 2014a), lo que evidencia que la construcción del pasado a través del discurso y la memoria oral y colectiva son procesos selectivos y dinámicos de negociación contingente y permanente con distintas esferas de la realidad actual. Es por ello que abre la puerta a cotejar cómo estos discursos contrastan con la evidencia material del pasado reciente, que coexiste de manera dinámica con los habitantes de San Pedro de Atacama, y que es tan constitutivo de su experiencia cotidiana como el aludido pasado prehispánico (Vilches et al., 2012).

En esta investigación propongo trabajar con dos tipos de registro material vinculados al periodo en cuestión: registro fotográfico y registro artefactual. Ambos conjuntos materiales permiten efectuar un contrapunto entre un universo de objetos que ha sido creado para la reminiscencia, en una sociedad que otorga a la fotografía el poder de ser una fiel imagen de la realidad (Alvarado, 2002), y otros objetos más “humildes” (Miller, 2005), que permanecen periféricos a nuestra visión, pero cuya invisibilidad les otorga el poder de influir en nuestras expectativas y conducta, estructurando la memoria tácitamente. A pesar de que las fotografías remiten abiertamente al pasado, son igualmente “humildes” en su cualidad de objetos, ya que su dimensión material, resulta usualmente opacada por la preeminencia del contenido iconográfico. Finalmente, la contrastación del registro fotográfico con el registro artefactual podrá proveer un panorama más amplio y polifónico sobre la manera en que se concibe hoy este periodo, y servirá como complemento a otros conjuntos arqueológicos que remiten a este mismo pasado reciente.

Bajo el amparo de lo anteriormente señalado, se abre la posibilidad de abordar la construcción del pasado reciente en torno a la expansión capitalista en San Pedro de Atacama a través de referentes materiales específicos: los artefactos y fotografías. Me interesa entonces comprender *Cómo el registro artefactual en contextos sistémicos construye el pasado reciente vinculado al proceso de expansión capitalista en San Pedro de Atacama.*

Objetivo General:

1. Comprender la influencia del registro artefactual en contexto sistémico en la construcción del pasado reciente asociado al proceso de expansión capitalista en San Pedro de Atacama (siglo XX).

Objetivos Específicos

1. Caracterizar el registro artefactual y el fotográfico de las cuatro industrias en estudio (arriería, minería de sal, de azufre y explotación de llareta), en su dimensión material.
2. Caracterizar la “biografía social” de los objetos que componen el registro artefactual y el fotográfico, es decir, los procesos de producción, significación, intercambio y uso que experimentan dichos objetos a través del tiempo.
3. Caracterizar el registro fotográfico en función de su contenido iconográfico.
4. Comparar el registro artefactual y el registro fotográfico en la dimensión material y en la biografía social.
5. Identificar qué actitudes presentan los propietarios de los objetos en estudio hacia ambos tipos de registro material.
6. A partir del registro artefactual en contexto sistémico, evaluar la presencia y visibilidad actual de la arriería, explotación de llareta, minería de azufre y minería de sal en San Pedro de Atacama.

II. ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Atacama en la órbita circumpuneña

Emplazada en el segmento más meridional del Área Centro Sur Andina, la localidad de San Pedro de Atacama se ha situado dentro de lo que la arqueología andina ha denominado Subárea Circumpuneña (ver Figura 1). Este concepto, que ha sido reforzado por los estudios etnohistóricos desarrollados en la zona (Odone, 1994; Martínez, 1998) es sobre todo importante porque antes que remitir a una geografía o grupo étnico particular, pone en relación a un conjunto de zonas geográficas articuladas desde tiempos prehispánicos por diversos grupos étnicos que han habitado estos territorios y que aún durante tiempos coloniales y republicanos puede visualizarse como un área con procesos culturalmente específicos. Dentro de este amplio territorio que se despliega desde el salar de Uyuni hacia el sur y que incluye una franja costera, porciones de los desiertos de Tarapacá y Atacama y parte de los altiplanos de Lípez y Atacama, y en su extremo más oriental la cordillera de Chichas, encontramos para tiempos coloniales una conjunción de diversos grupos: Camanchacas en la costa, Chichas, Casabindo, Atacamas, Lípez, Humahuacas. Estas poblaciones se han desplegado por este territorio bajo una compleja dinámica de interdigitación, ocupación dispersa del espacio, focalizada en las áreas de explotación de recursos claves para la subsistencia, aplicando diversas tácticas o estrategias complementarias, que implicarían tanto la movilidad de estos grupos hacia diversos nichos ecológicos, como el despliegue de redes comerciales entre las que se contempla el tráfico caravanero. Los recursos explotados y movilizados dentro de esta subárea son productos agrícolas entre los que destacan tubérculos, quínoa, maíz, frijoles y también algunos productos frutales como algarrobos y chañares; animales, entre ellos camélidos pero también mulares y recursos marinos como una amplia variedad de pescados, algas marinas y mariscos. Se ha propuesto la existencia de pautas culturales compartidas entre todos estos grupos, que facilitarían el despliegue del complejo sistema social y económico que aplica múltiples estrategias de sobrevivencia en un amplio territorio, entre ellas la reciprocidad, pero también alianzas político sociales, sugiriendo la conceptualización de esta subárea como un “espacio multiétnico con una definición muy flexible de sus límites” (Martínez 1998, p. 195).

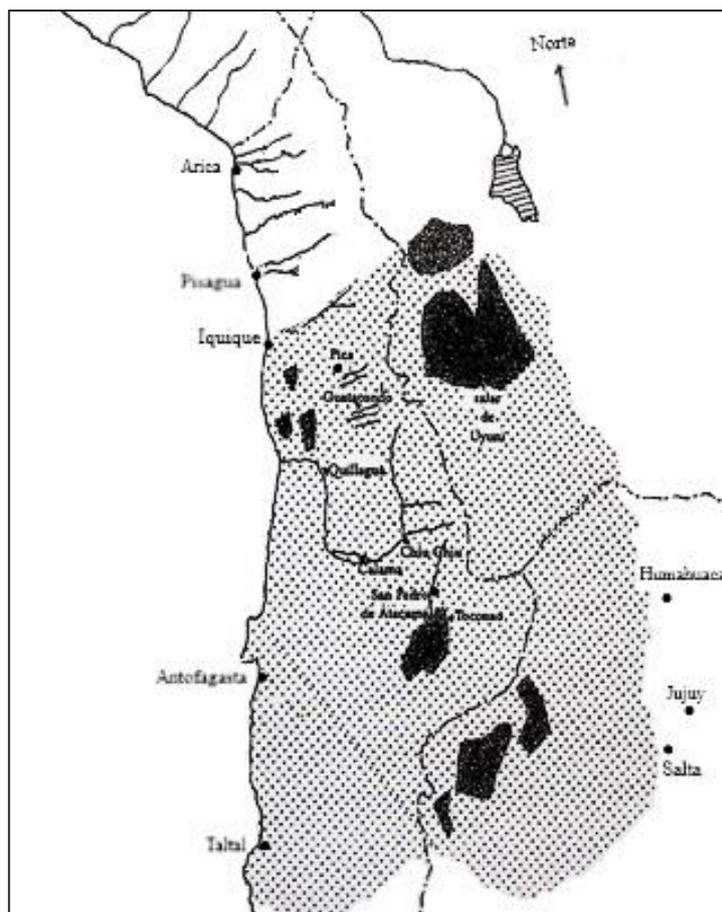


Figura 1. Propuesta Subárea Circumpuneña, tomado de Martínez 1994.

En esta área se ubica la región atacameña, zona descrita como una de las más áridas del mundo, en tanto que desde las más tempranas referencias históricas ha sido representada como el paradigma de un espacio inhóspito. Sobre este territorio es que se sitúa el Corregimiento colonial de Atacama, institución española que a partir del siglo XVI instala un sistema administrativo, político y eclesiástico colonial sobre las poblaciones locales, y que para inicios del siglo XVII se encontraba articulado en torno a dos sectores: Atacama La Baja, en torno a la cuenca del río Loa, tenía como centro el poblado de San Francisco de Chiu-chiu, y Atacama La Alta, en torno a la cuenca del Salar de Atacama, tenía como eje el poblado de San Pedro de Atacama. Bajo la administración de la parroquia de San Francisco de Chiu-chiu se encontraban los ayllus y poblados de Aiquina, Caspana, Calama, Lasana y Cobija, mientras que de la parroquia de San Pedro de Atacama dependían los ayllus de “Solo, Sequitur, Sóncor, Coyo y Véter, Condeduque, Cantal y Acapana, Toconao, Socaire, Peine y Cámara” (Martínez, 1998, p. 60). Desde mediados del siglo XVIII el corregimiento de Atacama amplía su jurisdicción hacia la Puna de Atacama, extendiendo el control fiscal y tributario hacia los pobladores de Susques, Casabindo e Incahuasi (Hidalgo, 1982a). Si bien la noción de lo atacameño remite en términos generales a este espacio y sus poblaciones, el surgimiento de lo atacameño como una categoría o unidad étnica es un proceso que no ha sido demasiado esclarecido. Martínez (1998) hace notar que las primeras referencias a las poblaciones de este corregimiento hablan de los habitantes de esta región como “de” atacama, pero indica que ya hacia el siglo XVII es más frecuente observar la transición semántica hacia la terminología “atacamas” como una entidad consolidada en

la documentación colonial, sin que quede claro si esto es mero producto de la terminología burocrática, o si se trata del reconocimiento efectivo de un grupo con ese nombre. En esta misma línea de incertidumbres, la distinción entre las dos atacamas (“la alta” y “la baja”) podría ser fruto de una simple división administrativa como de una sectorización dual preexistente.

Las estrategias de supervivencia en Atacama “La Alta”

El modo de vida en el Oasis de San Pedro de Atacama históricamente se ha articulado en torno a una economía de subsistencia basada en la agricultura y el pastoreo de recursos propios del medio ambiente circundante, junto a recursos introducidos por el sistema colonial español. Desde la implementación de un sistema de regadío artificial en el sector de San Pedro de Atacama entre el 100 y el 400 d.C., se establece una producción agrícola diversa, donde destacan el maíz, además de porotos, zapallos, calabazas, ajíes, quínoa y probablemente papas, mientras que varios siglos antes ya se consolida la domesticación y crianza de camélidos, con lo que se establece un sistema de transhumancia ganadero que pone en contacto los primeros poblados, las quebradas forrajeras y la alta Puna (Nuñez, 2007). Desde un tiempo antiguo, la caza y recolección de recursos como chañar, algarrobo, huevos de aves como la parina y la caza de vicuñas fueron actividades constitutivas de la dieta local. Complementaria a la producción local, los habitantes del oasis atacameño han contado con una extensa red de intercambio de toda clase de recursos, que en su ámbito más directo los vincula con poblaciones en la costa del Pacífico, en el noroeste Argentino y el altiplano sur Boliviano. Estas redes, constatadas a través del registro arqueológico para épocas prehispánicas (Berenguer, 2004), se mantienen vigentes durante todo el periodo colonial y el republicano, movilizan una amplia gama de productos alimenticios, pero también otros elementos como objetos, desde los destinados a satisfacer necesidades básicas como el vestuario, hasta bienes de prestigio.

La instalación del aparato colonial español supone, entre muchas de sus consecuencias, una significativa disminución de la actividad agrícola, pues la imposición del tributo instala la necesidad de contar con dinero, cuestión que a nivel local no es posible enfrentar, gatillando la forzosa movilización hacia faenas mineras en otras zonas:

“los atacameños enfrentados a la necesidad de procurarse moneda debieron en un alto porcentaje salir de su provincia. Se establecieron de preferencia en los bordes de la Puna desde donde podían mantener contacto con sus ayllu. Se insertaban en ingenios mineros, mayormente en haciendas e incluso en ganadería propia. Sin embargo, pagaban regularmente el tributo en Atacama por intermedio del cacique del ayllu de origen que viajaba a cobrárselo” (Hidalgo, 1984, p. 311).

Pese a que con frecuencia se hace notar que estos movimientos no redundan en el quiebre de los migrantes con su comunidad de origen, es significativo el despoblamiento que sufren algunos de los ayllus de Atacama La Alta para este periodo, configurando incluso varias categorías de indígenas tributarios en función a su permanencia en el ayllu de origen. Desde el punto de vista de Martínez, sin embargo, esta situación bien

podría ser leída como parte de las simultáneas estrategias socioeconómicas que “implicaba que los distintos integrantes de un grupo de parentesco pudieran dispersarse por diversos espacios sin romper la estructura familiar” (Martínez, 1994, p. 172). Siguiendo en el plano económico, el impacto foráneo sobre la población indígena repercute asimismo en el tráfico interregional, que ya no transcurre respondiendo a los intereses vernáculos, sino más bien al de encomenderos y corregidores, que por introducir este mundo andino en la red comercial occidental, reordena prioridades y necesidades. A esta nueva lógica comercial los pobladores atacameños deben inevitablemente acoplarse.

Proceso de expansión capitalista en la actual Región de Antofagasta.

Mientras que con el fin del proceso de independencia y la incorporación de la región atacameña a la naciente república de Bolivia, las condiciones de vida de la población no se ven significativamente afectadas, las últimas décadas del siglo XIX introdujeron importantes cambios en el modo de vida de los habitantes de Atacama. El proceso de expansión capitalista desarrollado en esta área se enmarca en un contexto mayor de introducción del capitalismo industrial en la actual zona norte de Chile, a raíz del interés de grandes capitales nacionales y extranjeros en la explotación minera en el área. Producto del avance técnico alcanzado a la época, la magnitud de estas explotaciones es tal, que moviliza grandes cantidades de recursos y población, con lo que se comienza a dibujar una nueva fisonomía, no sólo en el aspecto económico. En poco tiempo se produce un cambio radical en la dinámica regional, que conlleva el rápido desarrollo urbano de ciudades y pueblos, la introducción del aparato burocrático estatal, la migración masiva desde distintas áreas del país hacia estos centros mineros y nuevas urbanizaciones, además de una reorientación de las actividades económicas tradicionales desarrolladas por las comunidades campesinas e indígenas de la zona. Es en este contexto que a partir de las últimas décadas del siglo XIX, la actual Región de Antofagasta se vuelve partícipe del acelerado proceso de introducción del capitalismo industrial, que se inicia en 1870, con la explotación del mineral de plata de Caracoles en la cordillera de Domeyko, a unos 90 km de San Pedro de Atacama. La explotación de dicho mineral se desarrolló bajo la administración boliviana y posteriormente la chilena, y su auge se extendió hasta 1880, llegando a producir 900.000 kilos de plata. A raíz de esto, el pueblo de Caracoles se transformó en un centro de interés comercial y laboral para las poblaciones cercanas, con lo que se intensificaron también las relaciones de intercambio y comercio con la vertiente Argentina (Núñez, 2007).

Por su parte, el ciclo salitrero en Antofagasta se desarrolló en los cantones El Toco, Pampa Central, Aguas Blancas y Taltal, alcanzando su apogeo entre 1880 y 1930 (Bermúdez, 1987), justamente después de la incorporación de esta región y la de Tarapacá a la soberanía chilena luego de la Guerra del Pacífico (1879-1881). La explotación salitrera en esta área fue iniciada en la década de 1860 a través de concesiones hechas por el gobierno boliviano a capitales chilenos e ingleses materializados en la Milbourne Clark y Cia. Fue tal la magnitud e importancia que alcanzó esta producción, que introdujo la implementación del ferrocarril que conectó el altiplano sur boliviano con el Pacífico, con lo que Milbourne Clark y Cia. pasó a conformar la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, en 1872 (Bermúdez, 1963). Lo anterior, sumado al posterior desarrollo minero en Chuquicamata, condujo a

una creciente demanda de bienes, servicios y mano de obra. Las ganancias dejadas por estas actividades y los propios requerimientos de la actividad extractiva dieron a la región su estructuración moderna, en relación a la infraestructura urbana, conectividad y aparato burocrático, entre otros (Sanhueza y Gundermann, 2009). Paralelamente, la cuantiosa demanda de bienes y mano de obra generada por estas actividades no pudo ser satisfecha por la población local, con lo que la zona se estableció como un polo de atracción laboral y comercial tanto a nivel nacional como internacional (Núñez, 2007).

El impacto en el área atacameña: principales consecuencias.

A raíz de este proceso de industrialización, el área atacameña vio nuevamente afectada su dinámica económica agro-pastoril, ya que producto del elevado requerimiento de mano de obra en las faenas mineras y en Calama, se incentivó una continua migración de la población hacia estos centros. Junto a esto, la creciente demanda productiva del nuevo mercado impulsa una diversificación de la base económica de la población atacameña, a la par que afecta paulatinamente su tradición agropastoril (Nuñez, 2007).

Hacia fines del Siglo XIX San Pedro de Atacama reorientó mayoritariamente su actividad productiva y comercial hacia la demanda proveniente de las salitreras de Atacama, Tarapacá y los centros urbanos. Por su emplazamiento privilegiado como oasis entre rutas que conectan la vertiente oriental de la cordillera y el altiplano sur boliviano con el Pacífico, constituyó desde tiempos coloniales un área de importante desarrollo de la actividad arriera, que en este periodo se aboca principalmente al traslado de remesas de vacuno y otros bienes desde Argentina a Calama y a la pampa; los arrieros pasan a transformarse en remeseros o peones contratados por casas comerciales o firmas importadoras (Sanhueza, 2012). La internación de grandes masas de ganado implicó también un aumento en la demanda de forraje para alimentar a los animales, que luego del cruce de la cordillera se reponían y engordaban en el Oasis de San Pedro de Atacama, con lo que gran parte de la agricultura local se reorientó a la producción de alfalfa, escenario bajo el cual las tierras indígenas comenzaron a ser adquiridas por unos pocos grandes propietarios, fortaleciendo la elite local y dando espacio a la instalación de otra de origen foráneo, conformada por familias chilenas, ex bolivianos y migrantes de ascendencia austríaca, quienes comienzan a ocupar el rubro comercial de las importaciones (Vilches et al., 2014a).

El ocaso de este sistema de arriaje ocurrió ya entrado el siglo XX, con la crisis del salitre y posterior instalación del ferrocarril Salta-Antofagasta en 1948 (Nuñez, 2007). Ambos acontecimientos afectaron seriamente la actividad arriera; el primero disminuyó considerablemente la demanda de ganado, mientras que el ferrocarril captó el tráfico restante de animales. En tanto, la producción agrícola atacameña es incapaz de competir con el comercio en gran escala de las casas comerciales (Sanhueza y Gundermann, 2009). Con esto, un segmento de la población atacameña se vio impulsada a buscar nuevas fuentes laborales. Parte de la fuerza de trabajo continuó con la migración a Calama y Antofagasta, y otra parte mantuvo una base de subsistencia agropecuaria a la vez que incursionó en otros rubros subsidiarios a la gran minería regional, como la explotación de llareta. Este recurso tradicionalmente utilizado con fines medicinales y como combustible por la población atacameña, ahora comenzó a ser requerido en grandes volúmenes para ser usado como combustible en la minería del

cobre, y para el consumo doméstico de la población de Chuquicamata (Sanhueza y Gundermann, 2009; Vilches et al., 2012; Vilches y Morales, 2016). Con las primeras décadas del siglo XX empresarios capitalistas locales y foráneos impulsaron también la extracción de azufre en la alta cordillera andina, trasladando la infraestructura minera hacia los pisos más altos del macizo: campamentos, extracciones y plantas de procesamiento fueron construidas en un ambiente muy hostil para quienes no están habituados a él. La población de origen altiplánico fue entonces la mano de obra más idónea para enfrentar el trabajo en estos obrajes. El mineral extraído fue comprado casi íntegramente por Chuquicamata, para la elaboración de ácido sulfúrico, pero el cese de esta compra en la década de 1980 supone el fin de la minería azufrera en estos enclaves tan remotos (Vilches y Morales, 2016). De igual modo, pero en una escala menor, el Valle de la Luna también es ocupado por la minería a partir de 1940, cuando se asientan pequeños y medianos empresarios que explotan sus depósitos de sal, con el fin de satisfacer la demanda impuesta por la gran minería del cobre y otras menores como la alimenticia, farmacéutica y religiosa. Se trató de una actividad en algunos casos muy informal, con una impronta artesanal y semiartesanal (Vilches et al., 2014b; Vilches, 2015), que incluso podría tener continuidad con una explotación más antigua, previa al contexto capitalista, dado que la sal habría sido un producto sujeto al tráfico intrarregional. Lamentablemente, para el caso de este sector del salar su explotación pre capitalista no ha sido esclarecida, no así para el sector de Peine, donde Mostny reporta la existencia de una mina de sal de uso etnográfico (Martínez, 1994).

Estas dos últimas actividades –extracción de sal y azufre– acaban en la década de 1980, mientras que la explotación de llareta lo hace al menos dos décadas antes, a causa de la extinción de este recurso por su sobreexplotación. No obstante lo anterior, la consolidación de la gran industria minera en la región atacameña ya es un hecho, cuestión que se fortalece aún más en las dos últimas décadas con la explotación de minerales no metálicos, mayormente litio, en pleno Salar de Atacama, derivando en la llegada masiva de trabajadores asalariados a las localidades cercanas al Salar, principalmente Peine y Toconao (Imilan, 2007).

Turismo, arqueología y la era multicultural

La década de los 90' trae consigo una transformación importante en el pueblo de San Pedro de Atacama, pues se instala y consolida una industria turística internacional con asiento precisamente en este lugar, que con el correr de las últimas décadas no ha hecho más que fortalecerse. El reconocimiento de esta zona como un lugar de belleza natural y por la tranquilidad de sus paisajes, sumado a la notoriedad que adquiere este sector por el trabajo arqueológico desarrollado por Gustavo Le Paige, sacerdote jesuita de origen belga que se transforma en el principal impulsor de una naciente arqueología de la región atacameña (Gundermann, 2004; Pavez, 2012), ubican a San Pedro en un lugar privilegiado dentro de los circuitos de turismo nacional e internacional. La instalación de esta gran industria turística tiene como repercusión económica más directa la ampliación de las actividades de subsistencia locales hacia el rubro de los servicios, con lo que el pueblo comienza a verse como un polo de atracción laboral para ciertos segmentos de población: mientras una gama de pequeños empresarios chilenos y extranjeros instalan agencias turísticas, restaurantes y ocupan también el sector de la hotelería, los propios atacameños sampedrinos y de otros pueblos del salar se

convierten en asalariados empleándose como cocineros/as, camareros/as choferes y mucamas (Gundermann, 2004), puestos de trabajo que comparten con un segmento de población boliviana que asimismo se allega al sector en busca de oportunidades laborales. Pero una fracción menor de atacameños también logra desarrollar pequeños emprendimientos turísticos, instalando restaurantes y cocinerías, negocios de abarrotes y hostales. Este nuevo eje comercial y turístico se organiza en torno al área central del pueblo, coincidente con el tradicionalmente conocido ayllu de Condeduque, donde la gran mayoría de las viviendas ha transformado su rubro desde lo habitacional hacia lo comercial. La calle Caracoles se convierte en pasaje obligado para los turistas de todo el mundo que buscan tours, restaurantes, y souvenirs, en tanto que la iglesia y el museo arqueológico fundado por el sacerdote Le Paige son hitos imprescindibles de cualquier circuito turístico. Hacia las afueras del pueblo, donde el resto de los ayllus han seguido conservando un patrón de ocupación del espacio mayormente disperso, que transmite una imagen eminentemente rural, se han instalado hostales, lodges y grandes hoteles.

Bajo este panorama, y gracias al impulso estatal por “insertar” a las comunidades indígenas en una dinámica de “etnodesarrollo”, es que se ha conformado una Red de Turismo Rural, así como también se ha incorporado a las comunidades atacameñas en la administración de Áreas Protegidas claves en la explotación turística local (Imilan, 2007). Pero lo anterior no es más que una de las muchas aristas del “multiculturalismo neoliberal” (Ayala, 2014; González-Ruibal, 2014), sistema de gobierno de lo étnico, que transforma a la comunidad y la cultura en objetos de gobierno. En efecto, la creación de la CONADI (Corporación Nacional de Desarrollo Indígena) y la entrada en vigencia de la Ley Indígena a inicios de los 90’ son los primeros cimientos sobre los que el Estado chileno desplegará una serie de estrategias políticas, culturales y económicas con las que se buscará incorporar la diferencia cultural en una medida aceptable. Con ello el pasado indígena se transforma en patrimonio cultural de la nación; la patrimonialización de la cultura y del pasado indígena se configura como la tecnología que hace posible este proceso (Muriel, 2008).

A la luz de lo anterior, las comunidades con raigambre india, que desde los inicios del Estado chileno fueron sujeto de exclusión y marginación, presionadas activamente para definirse como “chilenas”, ahora son sujetas a la presión de definirse, en este caso como atacameñas (Martínez, 2010), en función de las posibilidades estratégicas que ofrece esta adscripción. Es así como los habitantes de las cuencas del Salar de Atacama y del río Loa se auto adscriben étnicamente como atacameños, con la intención de ser contemplados en la Ley Indígena. Para ello, la información relevada por la arqueología local se convierte en una de sus líneas de validación, en tanto aporta un discurso de continuidad histórica que avala la profundidad temporal de las comunidades locales (Ayala, 2007). El Estado chileno hace lo suyo difundiendo activamente la idea de continuidad entre las comunidades contempladas en la Ley Indígena y los ocupantes prehipánicos del territorio nacional: el Informe de la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato con los Pueblos Indígenas (2009) es un ejemplo de esta nueva articulación entre los indígenas y una perspectiva histórica de data milenaria, una “historia larga de los pueblos indígenas” (Informe de la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato 2009, p. 44), en la que la arqueología, la historiografía y la antropología aportan antecedentes de valor capital, pero cuyos hitos más significativos pueden sintetizarse y reseñarse en

unas cuantas páginas. Pero en este proceso de reivindicación étnica, tal como dice Ayala:

“no basta con identificarse como indígena o como miembro de un grupo étnico sino que es necesario autorrepresentarse como tal. Esto debido a que nuestra sociedad define, valora y legitima aquello que es considerado “auténticamente indígena”, lo cual sin duda se vincula a una imagen estereotipada y a una concepción nostálgica de los indígenas, a quienes se define desde la exotividad, ya que se los quiere ver “vestidos de indios” porque su auténtica presencia, “sin poncho y con celular en mano”, no les basta para ser reconocidos como tales” (Ayala 2007, p. 145).

En sintonía con esto, la instalación de la industria turística abre la posibilidad de explotar económicamente la diferencia identitaria (Ayala, 2014). Se consolida también la mercantilización de ésta, a través de estrategias comerciales que apuntan a imitar diversos aspectos contenidos en ella. Dichas estrategias, desplegadas por empresarios de origen foráneo, también permean en las estrategias locales de inserción económica. Todo esto “repercute en la esencialización y diferenciación entre sus comunidades, las cuales en el caso atacameño se disputan la propiedad del patrimonio arqueológico listo para ser marketeado como emblema de su aboriginalidad y nacionalidad” (Ayala, 2014, p. 72). Esta “disputa” por el patrimonio arqueológico atacameño es un conflicto que se enraíza en la gestión experta que se ha hecho de la cultura material atacameña, particularmente de la funeraria, donde destaca especialmente el desentierro y exhibición de una significativa cantidad de restos humanos llevada a cabo a partir de la década de 1950, con la llegada al pueblo de San Pedro de Atacama de Gustavo Le Paige. De manera autodidacta, el sacerdote se instala en el quehacer arqueológico nacional, alcanzando notoriedad gracias a la gran cantidad de excavaciones que realiza en el área, y la significativa colección de momias y cráneos que comienza a almacenar, primero en la casa parroquial, y más tarde en el museo que acondiciona aledaño a ésta (Pavez, 2012). Pero a nivel local, las repercusiones resultan más problemáticas: nociones de temporalidad, espacialidad, vida y muerte sitúan a los cementerios excavados por el cura y a sus habitantes –las momias-, como componentes de una geografía viva y sagrada, que está en activa relación con los atacameños.

En efecto, Grebe e Hidalgo describen cómo el mundo sobrenatural atacameño identifica al menos cuatro “seres mitológicos principales”, dentro de los cuales están los tata-abuelos, “espíritus de los antepasados prehispánicos”, con quienes se mantiene una activa interacción “como si estuvieran vivos” (Grebe e Hidalgo, 1988, p. 88). Se trata de entidades que guardan un cierto poder, peligroso para los humanos, frente al que es necesario tomar resguardos, o de lo contrario es posible enfermar e incluso morir. Por oposición, el museo instala una temporalidad lineal, no sólo disputando la interpretación del pasado, sino que irrumpiendo en el equilibrio de un paisaje normado por una dualidad propiamente andina. Pese a la asimilación de este discurso histórico que reconoce a estas momias como parte de una ancestralidad compartida, en la actualidad continúan vigentes otras lógicas, que reconocen a éstas y otras entidades como agentes activos en una red temporal y espacial bastante más compleja y desanclada de la moderna racionalidad occidental (Martínez, 2010; Ayala, 2007; Pavez, 2012).

Aproximaciones académicas a la materialidad no-prehispánica.

Los procesos de modernización antes referidos y su impacto en la población local, han sido sobre todo objeto de estudio de la antropología y la historiografía. Sin embargo, en los últimos años la arqueología chilena ha comenzado a observar algunos procesos derivados de la expansión capitalista en el norte de Chile, como el desarrollo de la minería a escala industrial. Desde un enfoque centrado en los vestigios materiales abandonados de las primeras industrias mineras del área, se han propuesto líneas de evidencia y análisis alternativas a las historiográficas y antropológicas (García-Albarido, Bravo, Lorca y Rivera, 2008; Rees, Silva y Vilches, 2010; Rivera, Tagle, Lorca y Pascual, 2007; Vilches, Rees y Silva, 2008). Al alero de esta naciente arqueología industrial, los recientes trabajos arqueológicos desarrollados por Vilches y equipo en el interior de la región de Antofagasta (Vilches et al., 2012; Vilches et al., 2014a; Vilches et al., 2014b, Vilches y Morales, 2016; Labra, 2017; Araneda, 2017) se han enfocado en abordar algunas actividades económicas desarrolladas localmente durante la época de expansión capitalista en San Pedro de Atacama, buscando evaluar los modos en que la población indígena atacameña enfrentó los nuevos imperativos económicos. En específico, se habla de la arriería, la minería de sal y la minería de azufre y la explotación de llareta, actividades desarrolladas en territorio atacameño, con mano de obra atacameña, pero que estuvieron promovidas y administradas, en su mayoría, por empresarios capitalistas foráneos. Bajo una escala de análisis asociada con el patrón de asentamiento, y la otra asociada con el patrón de uso y consumo de objetos, se ha buscado caracterizar e interrelacionar estas actividades en su contexto pasado y presente.

La explotación de sal y azufre en los sectores aludidos da cuenta de un panorama muy particular: en tanto que ambas actividades atestiguan la implantación de patrones de producción industriales en áreas de tradicional dominio indígena, se observa también la presencia material con impronta indígena, por ejemplo, en las técnicas constructivas empleadas en los asentamientos mineros. En éstos se observa la coexistencia de patrones constructivos plenamente industriales como los campamentos SACIEL (azufre) y Crisanta (sal), mientras que otros más pequeños, donde las explotaciones tuvieron escalas semi industriales y/o artesanales, mantuvieron una mayor impronta indígena (Vilches, 2016). La explotación de azufre abordada a través del estudio de asentamientos azufreros próximos a San Pedro de Atacama, emplazados sobre los 4.000 msnm, revela variabilidad en la magnitud de las explotaciones, el grado de estandarización de las construcciones y en la funcionalidad de estos campamentos mineros. Se detectaron áreas de acopio del azufre, plantas de procesamiento del material, pabellones habitacionales y áreas de basurales, las que presentan predominancia de objetos de factura industrial, la mayoría asociados al ámbito doméstico, y en menor medida al ámbito productivo (Vilches, 2015; Labra, 2017). Por su parte, el registro arqueológico asociado a la extracción de sal en el valle de la Luna corresponde a 17 asentamientos mineros que son básicamente estructuras arquitectónicas, plataformas de acopio y carga de material, área de extracción del mineral, y basurales. El relevamiento y análisis de estos datos, en contraste con la información proveniente de fuentes orales y documentales dio cuenta que el rol que tuvieron la minería de la sal y el azufre en el área no fue demasiado importante. En el caso de la explotación de sal, se trató de un fenómeno más bien circunscrito y puntual,

que absorbió a una acotada cantidad de mano de obra, gran parte de la cual no era de San Pedro de Atacama (Vilches et al., 2014b). La industria azufrera por su parte, debido a su emplazamiento a gran altura geográfica, funcionó con mano de obra principalmente indígena, mucho más aclimatada a las exigencias del ambiente, sobre todo de pastores de puna, quienes se incorporaron a esta industria de manera flexible, trabajando temporalmente, a la par que también actuaron como mano de obra en la explotación de llareta, pues ambos recursos –llareta y azufre- se distribuyen en torno al mismo piso ecológico, y para esta época comienzan a interconectarse a través de una red de caminos que permitió su extracción y traslado.

La arriería se desplegó articulando antiguas rutas de tráfico interregional, para garantizar el tráfico de ganado desde las pampas argentinas hasta los campamentos mineros de la pampa chilena, bajo la gestión de firmas importadoras de ganado como “Abaroa” o “Patrón Costa”. Con respecto al registro material, se ha relevado la arquitectura asociada a esta actividad, que en San Pedro de Atacama está asociada a tres tipos de asentamientos: los conjuntos habitacionales donde residieron personas vinculadas económicamente al tráfico de ganado; el complejo remesero, que corresponde a grandes canchones asociados a estructuras cuadrangulares y pequeñas casas; y casas del pueblo de San Pedro en uso durante la época de las remesas. El este registro da cuenta que “la época de las remesas” posee un rol importante en la conformación identitaria de los atacameños (Vilches et al., 2014a). Otro tipo de abordaje para esta actividad ha relevado la importancia de las vías de circulación empleadas por el tráfico arriero y remesero, aportando una mirada de estos espacios internodales como ámbitos donde se despliegan formas específicas de habitar el espacio (Araneda, 2017).

En términos generales, podemos apreciar que el proceso de expansión capitalista en San Pedro de Atacama presenta un correlato material que contrasta con el discurso de esta sociedad sobre su pasado, el cual apela principalmente a la temporalidad y materialidad prehispánica para construir una memoria, patrimonio e identidad, subordinando e invisibilizando este periodo (Ayala, 2008; Vilches et al., 2014a). Este anclaje omite abiertamente el proceso de modernización vivido, lo que además de evidenciar que la construcción del pasado a través del discurso y la memoria oral y colectiva son procesos selectivos y dinámicos de negociación contingente y permanente con distintas esferas de la realidad actual, abre la puerta a cotejar cómo estos discursos contrastan con la evidencia material del pasado reciente, que coexiste de manera dinámica con los habitantes de San Pedro de Atacama, y que es tan constitutivo de su experiencia cotidiana como el aludido pasado prehispánico (Vilches et al., 2012).

El registro fotográfico como objeto de estudio arqueológico

Además de los antiguos asentamientos capitalistas, y de los artefactos de uso cotidiano introducidos por la modernidad, otro conjunto material que remite al periodo en estudio, y que circula en el área atacameña es el registro fotográfico (González, 2014). Desde hace al menos dos décadas se viene reconociendo a las fotografías como dispositivos sujetos a un potencial análisis arqueológico, en tanto que se releva precisamente su dimensión de objeto, explorando no sólo el aspecto iconográfico como fuente de información, sino también su impronta material como ámbito de observación de procesos sociales de producción, circulación, entre otros (Edwards, 2008). Pese a ello,

son muy escasos los trabajos que se han desarrollado en Chile desde la propia disciplina arqueológica para estudiar este tipo de registro (Fiore y Varela, 2007). En cambio, el análisis material de las fotografías ha sido parcialmente incorporado como una herramienta de trabajo por otras disciplinas, principalmente la estética (Alvarado, 2002), la antropología (Bajas, 2016) y la historia (Palma, 2014). En estos trabajos, particular atención han recibido los conjuntos fotográficos de poblaciones indígenas de la zona sur de Chile, especialmente las fueguinas, en tanto que el caso mapuche ha sido también revisado. Este tipo de registro se inserta dentro de lo que se ha llamado “fotografía étnica”, caracterizada por el afán de registrar lo que se consideraba como “costumbres y tradiciones indígenas” (Alvarado, 2000). Se trató de capturas ideadas por los fotógrafos, que transmiten un imaginario de cierta “pureza étnica”, logrado a partir de la supresión de todos los elementos que pudieran no coincidir con este ideal: se elimina de la imagen cualquier aspecto que denote modernidad –como por ejemplo el vestuario-, a la par que se acentúa los elementos que –según el fotógrafo- reforzarían la etnicidad (Alvarado, 2000; Palma, 2014). Sin embargo, paradójicamente, un examen atento a este tipo de composiciones fotográficas revela enseguida que este afán por retratar lo auténtico se vale de muchos recursos artificiales, externos a la realidad del retratado (por ejemplo: escenografía, vestimenta, joyería, entre otros).

Esta situación, que no es exclusiva del territorio nacional -pues se observa de manera general en contextos con componente étnico (Alvarado y Mason, 2001)-, pareciera no presentarse con la misma intensidad en la zona norte de Chile, donde la llamada “escena étnica” no constituye un referente iconográfico significativo, en tanto que los indígenas pobladores de estas regiones tampoco parecen ser sujetos de interés para los fotógrafos de los siglos XIX y XX (Alvarado, Mege, Bajas y Moller, 2012). Esta particular situación ha sido explicada en función del acontecer político y cultural derivado de la anexión de los territorios correspondientes a Perú y a Bolivia tras la Guerra de Pacífico. Las áreas incorporadas denotaban una raigambre indígena andina, asociada a su vez a las naciones señaladas. Una vez anexados estos territorios, las poblaciones residentes se ven sometidas a la presión de “chilenizarse”, con lo que resulta lógica la invisibilización de lo indígena (Bajas, 2016). En este aspecto, se observa que al igual que ocurre con la arqueología, “la fotografía ha sido usada como un elemento más en la construcción de los idearios nacionales, así como en la constitución de imaginarios sociales” (Bajas, 2016, p. 50). La misma antropóloga señala que como contraparte a esta ausencia de “lo indígena”, se visualiza en cambio a sujetos adscritos a la institucionalidad chilena, particularmente en documentos administrativos que utilizan fotografías tipo carnet, así como fotografías de procesos educacionales.

Observamos entonces que, por contraste al imaginario de lo *atacameño* instituido desde la arqueología y la antropología, donde se enfatiza en la temporalidad y materialidad prehispánicas, reforzando la identidad étnica e invisibilizando los procesos de modernidad, que el registro fotográfico mostraría lo contrario, pues aquí lo que se invisibiliza es justamente el carácter indígena del territorio.

III. MARCO TEÓRICO

El mundo material como ámbito de inscripción institucional

Según Collingwood-Selby, la historia comprendida como el orden de los acontecimientos, los hechos, lo que sucede o ha sucedido, construida por la historiografía como aquella disciplina que esgrime un saber que es capaz de representar estos acontecimientos, nos enfrenta al problema de la mediación, donde se ponen en acción:

“operaciones, procedimientos, técnicas, mecanismos, implicados en los procesos de percepción, representación, comprensión, registro, inscripción, archivación, articulación, clasificación, explicación, interpretación, comunicación (difusión) de los hechos o acontecimientos” (Collingwood-Selby 2009, p. 13).

Por sobre el deseo de no olvidar que motiva a la elaboración de la historia y el trabajo de la historiografía, se constata entonces la existencia de una distancia irreductible entre los acontecimientos y sus representaciones, y también una entre los mecanismos que administran lo que del pasado puede ser inscrito de lo que realmente es inscrito: la administración del olvido. Pero sobre estas discontinuidades la modernidad despliega su propia agenda:

“las superficies de inscripción parecen ofrecerse aquí exclusivamente como superficies de inscripción institucional; las superficies de inscripción de la modernidad parecen identificarse con estas instituciones: la nación, sus teatros de memoria, su historiografía, sus museos, sus escuelas” (Collingwood-Selby 2009, p. 53).

Como podemos observar, una estrecha relación existe entre las elaboraciones temporales de nuestra sociedad y la manipulación del mundo material. La administración nacional de los hitos materiales constituye un eje clave en la elaboración y difusión de los discursos históricos y nacionales. El carácter contingente de estas elaboraciones redundante también en una selección y valoración diferencial de las superficies materiales, los soportes que permiten la inscripción. En el caso chileno, en términos sintéticos, podríamos observar la transición desde una orientación marcadamente monumentalista, consolidada con la pronunciación de la Ley de Monumentos Nacionales en 1925¹ hacia una perspectiva que a inicios de los años 90' amplía considerablemente el espectro de elementos contemplados. En efecto, dentro de las primeras décadas de funcionamiento de esta institución, fueron declarados monumentos principalmente iglesias, fuertes y edificios públicos. Mientras que en la actualidad son declarados monumentos toda clase de bienes muebles, como por ejemplo: “(...) documentos de archivos, películas, bibliotecas, murales, funiculares, bombas, locomotoras, trolebuses, naves (...)” (Boccaro y Ayala 2011, p. 213). La noción misma de monumento posee desde sus inicios una connotación temporal: como observa

¹ Esta Ley promulga la creación del Consejo de Monumentos Nacionales (CNM), institución estatal encargada de declarar, definir, proteger, conservar y poner en valor el patrimonio cultural de Chile

Riegl (1903) a inicios del siglo XX, el valor de los monumentos se establece sobre todo por su potencial conmemorativo. Pero el concepto de monumento y sus usos como dispositivo de interés para la consolidación de determinados proyectos nacionales con el tiempo pareciera ir quedando desplazado por el de patrimonio, que lo incorpora, a la vez que observa una transición hacia nuevos campos que exceden lo exclusivamente material. En Chile, desde el Consejo de Monumentos Nacionales se plantea que patrimonio cultural alude a un conjunto de bienes materiales e inmateriales que “constituyen un legado o herencia que se traspaasa de una generación a otra y que opera como testimonio de la existencia de nuestros antepasados, de sus prácticas y formas de vida” (Consejo de Monumentos Nacionales, 2018). En esta transición, además de resituar en la agenda una serie de conceptos antropológicos (formas de vida, prácticas, etc.), engarza también el “presente” dentro de su definición. Para Groys (2008), este tipo de transiciones forma parte de la naturaleza misma de la archivística, de su evolución. Pero contrario a lo que pretende ilustrar la anterior referencia alusiva a patrimonio cultural, antes que ilustrar y/o graficar pasado, presente o identidad, éste se funda sobre una segregación radical:

“Es el archivo el que ofrece la condición previa para que pueda existir en absoluto algo así como la historia, pues sólo cuando el archivo está disponible puede llevarse a cabo esa comparación de lo nuevo con lo antiguo, que produce la historia como tal. El archivo es una máquina de producción de recuerdos, una máquina que fabrica historia a partir del material de la realidad que no ha sido recopilado” (Groys, 2008, p.14).

Como vemos, por contraparte a esta dimensión de lo pasado –recuerdos, historia– contenida en el archivo, queda la *realidad*, que no sería más que todo aquello que no ha sido recopilado por el archivo. Entendida así, la realidad sería el ámbito que ha quedado fuera de los procesos de producción del relato histórico y de adscripciones temporales; si a partir de la elaboración del archivo y la historia es que se construyen nuestras nociones de pasado y presente, lo que está más allá de ellos podría difícilmente inscribirse en las categorías temporales antes referidas.

Como observamos en las secciones anteriores, en el área atacameña se constata una marcada influencia nacional sobre las elaboraciones temporales locales. Para ello ha sido fundamental la administración experta del material arqueológico asociado al territorio en cuestión, y los consiguientes procesos de difusión y exhibición, que potencian una idea de pasado atacameño en estrecha relación con la temporalidad prehispánica. Pero más allá de estas construcciones temporales institucionales, este trabajo se propone acceder a elaboraciones temporales alternativas, marginales al relato histórico, que sin embargo son factibles de observar a partir del mundo material asociado.

Objetos y temporalidad en perspectiva de la arqueología simétrica

Debido a que la pregunta que guía este estudio sitúa el problema justamente en una dimensión liminal respecto al archivo, se vuelve necesario desarrollar una perspectiva de trabajo que permita abordar la temporalidad bajo un enfoque que posibilite observar, aunque sea muy parcialmente, más allá de la segregación dual que impone la construcción histórica institucional. En San Pedro de Atacama, el siglo XX se presenta como un periodo de problemática adscripción temporal, pues si bien remite a una época cronológicamente pretérita, se encuentra en indisoluble conexión con la cotidianeidad de los actuales habitantes del territorio: se trata de un periodo de tiempo que podría ser asimilado simultáneamente a lo pasado y a lo presente, tanto como a ninguna de estas dos categorías. Debido a esto es que se propone abordar la temporalidad como una red de relaciones en constante reactualización (Vilches et al., 2012); en efecto, una visión dicotómica que opone pasado y presente nos cierra de plano la posibilidad de comprender el tiempo más allá de un continuo lineal. El estudio del pasado reciente nos muestra que existe una presencia discontinua del pasado, donde resulta difícil –y muchas veces imposible- reducir a categorías *pasado* y *presente* procesos y eventos de la vida social. Los objetos, por ser dispositivos que condensan múltiples temporalidades, nos enfrentan a esta discontinuidad, a la vez que nos permiten observar cómo distintas temporalidades se superponen simultáneamente.

Lo central de la propuesta simétrica en arqueología (González-Ruibal, 2007) proviene justamente de la crítica al dualismo instaurado con la modernidad, que opone tres dimensiones fundamentales: naturaleza-cultura, sujeto-objeto y pasado-presente (Latour, 2007[1991]). Estas escisiones se encuentran en los cimientos de la filosofía y las ciencias sociales modernas, con lo que cualquier explicación sobre la realidad estará mediada por estas dicotomías.

En su obra *Nunca Fuimos Modernos*, Bruno Latour (2007[1991]) cuestiona la moderna oposición entre la sociedad y los elementos naturales y materiales del mundo, proveyendo una nueva noción de lo social como producto de relaciones y asociaciones entre humanos y elementos no-humanos, como la naturaleza y los objetos. Lo social pasa de ser un atributo propio de las personas, a ser el resultado de la interacción entre las personas y las cosas, sin que haya predominio ni supremacía de lo humano por sobre lo no humano. Con esto, el mundo material adquiere un nuevo protagonismo al momento de explicar los fenómenos sociales: mundo material, naturaleza, objetos, y paisaje ya no se inscriben en un estatus siempre subordinado a la agencia e intencionalidad humana.

Derivada de las anteriores proposiciones, la arqueología simétrica plantea que el mundo social se genera a partir de relaciones simétricas entre los humanos y los no humanos. Esto supone ubicarlos en un mismo estatus, superando la dualidad sujeto-objeto, ya que más que opuestos, ambos son inseparables. En un plano más radical, es posible afirmar que los humanos son humanos, entre otras cosas, porque se relacionan con objetos: porque crean, usan y poseen objetos. El mundo social que experimentamos es el resultado de asociaciones entre sujetos y objetos, que pueden ser contingentes o estables. Estas conforman ensamblajes de híbridos, sobre los cuales recae la agencia, cualidad tradicionalmente atribuida a los sujetos, pero que ahora se concibe como fruto de estas asociaciones.

Bajo el enfoque simétrico, las cosas no son sólo materializaciones de significados sociales, ni marcos para la acción humana, sino que se encuentran insertas en un indisoluble entramado naturaleza-sociedad, donde no existe la posibilidad de reducir a personas y cosas a las categorías esenciales propias del pensamiento moderno (Webmoor, 2007). El tiempo, por su parte, constreñido también al dualismo moderno bajo la oposición pasado-presente, se postula aquí como una dimensión compleja que se filtra y se superpone permanentemente en distintas capas. El pasado no ha dejado de existir, por el contrario, se expresa en el presente a través de los objetos, que influyen en la gente del presente, estableciendo puentes de continuidad entre distintos momentos. Es más, las asociaciones o ensamblajes entre los colectivos humanos y no humanos se producen aun cuando estas entidades se hallen distantes espacio-temporalmente; la creación de nuevos objetos, por ejemplo, implica la reunión de logros provenientes de diversos tiempos y lugares (Witmore, 2007).

Existe una continuidad material entre el pasado y el presente, pero esta continuidad no es unilineal, sino más bien la manifestación simultánea de pasados múltiples. A partir de esta idea, se presenta la posibilidad de abordar la dimensión temporal del problema de estudio planteado ya que son los objetos una manera de observar lo pretérito sin necesariamente comprenderlo en función de una linealidad.

Artefactos de uso cotidiano como constitutivos de la experiencia humana.

Para profundizar en aquella dimensión de los objetos que los concibe como activos agentes en la construcción de las distintas esferas de lo social, es necesario enfocar también lo que Daniel Miller llama *la humildad de los objetos* (2005), que alude justamente a la invisibilidad de éstos, su capacidad para parecer triviales y quedar fuera del foco de nuestra atención, ausentes de nuestra conciencia. Sobre esta cualidad radica en gran medida la importancia que poseen los innumerables artefactos presentes cotidianamente en nuestra vida, ya que no obstante pasen desapercibidos, posibilitan o imposibilitan nuestras acciones, conductas y expectativas, sin que seamos capaces de advertirlo. González-Ruibal (2003) hace notar que existe una triple discriminación por parte de los arqueólogos hacia el valor simbólico (mnemotécnico, identitario e histórico) de los objetos, existiendo una supremacía de lo inmueble sobre lo mueble, de lo que está en uso por sobre lo que se encuentra fuera de uso, y de lo duradero sobre lo efímero. Sin embargo, hasta los objetos más insignificantes, incluso los que se encuentran en contextos de descarte, poseen un papel importante en la gestión de la memoria como marcadores mnemotécnicos y en la construcción de la identidad, pues los símbolos que contienen o representan pueden seguir activos, aunque conscientemente no lo percibamos. Todo nuestro mundo material, desde el más insignificante de los objetos, tiene el potencial de influir en nosotros y en nuestras prácticas. Aunque no seamos capaces de notarlo, estamos permanentemente negociando con ellos nuestra realidad. Un enfoque que ponga en relieve la *biografía social* de los objetos (Kopytoff, 1986) permite visibilizar la historia de vida ignorada de estos dispositivos, poner en relación algunos procesos que atraviesan éstos a lo largo de su historia -elaboración, uso, circulación y descarte, entre otros- con el contexto cultural en el que están inmersos. A partir de esto es posible reconstruir las trayectorias reales que atraviesan diferentes tipos de objetos y explorar la manera en que éstos se vinculan con las personas a través del tiempo.

El tipo de relación que las personas establecen con los objetos es indicativa del valor que se otorga a la cultura material en una sociedad determinada, mientras que las actitudes de una sociedad hacia los objetos de su pasado nos introducen a comprender cómo se está negociando -en el presente- tal pasado. Como arqueólogos podemos aproximarnos a estas actitudes observando la gestión que hacen las personas de estos objetos, ya que este manejo construye una determinada narrativa del pasado. Existe así una agencia sobre el pasado, donde la manipulación de los objetos permite controlar el recuerdo: es posible enajenar el pasado o domesticarlo para determinados fines, con el objeto de negociar la identidad social (González-Ruibal, 2003; González-Ruibal, 2012). Las actitudes referidas resultan del cruce de varios elementos: el valor que se le otorga a los objetos, la existencia de vínculos afectivos hacia ellos, la presencia de marcadores mnemotécnicos o identitarios en estos, etc. A partir del estudio de un contexto similar al nuestro, González-Ruibal (2003) propone la existencia de tres grandes tipos de actitudes respecto a la cultura material, que considero pueden resultar útiles -en tanto indicadores- para abordar el último siglo en San Pedro de Atacama, ya que ambos contextos tratan con el tránsito cultural de una sociedad con lógicas no capitalistas o pre capitalistas -campesina en el caso Español, e indígena campesina en el caso Atacameño- a una sociedad capitalista. Estas actitudes son la *actitud conservativa*, *actitud no conservativa*, y *actitud conservadora* (González-Ruibal, 2003).

La *actitud conservativa* está asociada al mundo rural y pre capitalista, donde hay una muy baja tasa de descarte de objetos, y alta reutilización. En estos contextos existen vínculos afectivos con los objetos, que muchas veces son producidos por los mismos propietarios. Esta actitud está motivada por razones de tipo funcional, económico, pero también afectivo. Por oposición, la *actitud no-conservativa* se introduce con la modernidad y el capitalismo y se caracteriza por la producción estandarizada de objetos, donde resulta difícil establecer vínculos afectivos con ellos, siendo desechados con mucha más facilidad. Ambas actitudes son constatadas a través del estudio de la materialidad descartada en los contextos campesinos abandonados, lo que da cuenta de la situación de transición entre una lógica no capitalista a una capitalista. La tercera actitud, la *conservadora*, es propuesta por el autor, pero no constatada *in situ*, ya que se desarrolla en contextos modernos y posmodernos, plenamente capitalistas, y se manifiesta a través del coleccionismo de objetos, donde priman las intenciones simbólicas, que tienen como fin conectar con el pasado, a razón de encontrar una seguridad ontológica en los referentes que esa idea de pasado trasmite (González-Ruibal, 2003). En el caso atacameño, sería factible encontrar más de una actitud, dependiendo de contextos específicos, pues a pesar de que las lógicas capitalistas se encuentran insertas en el área, éstas actualmente coexisten con lógicas campesinas y andinas, lo que acaso dé cuenta de distintos modos de valoración y gestión de la cultura material.

A partir de lo recién expuesto encontramos las herramientas teóricas para introducirnos al pasado reciente a través de los objetos: por una parte, bajo el entendido que la cultura material siempre está significativamente constituida, ya sea de manera consciente o inconsciente (Hodder, 1982). Además de estar significativamente constituida, la cultura material posee la capacidad de influir en la vida de las personas, sin que éstas sean capaces de percatarse (Miller, 2005). Esta invisibilidad es la que genera profundas disonancias entre el plano discursivo, contenido por ejemplo en la memoria oral de una

sociedad, con la realidad material que esa sociedad vivencia. La invisibilidad discursiva del pasado reciente en San Pedro de Atacama contrasta con la presencia material de ese mismo pasado (Vilches et al., 2012; Vilches et al., 2014a).

Esta aparente contradicción no es más que la expresión simultánea de imperceptibles procesos de negociación, transacciones y concesiones incesantes entre los sujetos que relatan el pasado -y las instituciones que los respaldan-, y otro tipo de objetos que también manifiestan ese pasado. El pasado atacameño tal como lo conocemos es el resultado de una serie de procesos de investigación, interpretación, archivación y difusión, elaborados por la comunidad experta -arqueólogos, historiadores, antropólogos-, y amparados en la institucionalidad estatal, a la vez que apropiados parcialmente por la propia comunidad local.

Pero más allá de esta dimensión institucional del pasado, reconocemos la existencia de otros ámbitos de inscripción subalternos, que coexisten en espacios más locales. Esperamos aproximarnos a ellos a partir de un enfoque centrado en la cultura material, pero también enriquecido con la oralidad. En una sociedad que convive con un pasado reciente a través de la cultura material y la tradición oral, el camino más efectivo para aproximarnos a cómo se expresan e interrelacionan diferentes categorías de inscripción histórica se desprende del cruce de los discursos sobre el pasado (la oralidad), los objetos que provienen de éste, sus características materiales, su ubicación espacial, y la gestión que las personas hacen de estos objetos. Sobre la base de estos cruces, podremos aproximarnos a comprender la influencia de este pasado en el presente y viceversa, de manera más democrática y compleja.

IV. MATERIAL Y MÉTODO

1. Material

La muestra pertinente para esta investigación constituye un *corpus* de objetos asociados al proceso de expansión capitalista desarrollado en San Pedro de Atacama durante el siglo XX. Estos son apropiados en tanto están ligados a actividades descontinuadas en el presente, pero que permanecen aún en contextos sistémicos, es decir, se encuentran en circulación en el área de estudio. Este *corpus* material consta de dos tipos de objetos: por un lado, fotografías asociadas al periodo de expansión capitalista, es decir, cuyo contenido sea relacionable con la arriería, la explotación de llareta, la explotación de azufre, la explotación de sal, y con otras temáticas representativas de la época, como la actividad agropastoril, y fotografías del pueblo de San Pedro de Atacama y la ciudad de Calama entre los años 1880 a 1980. Por otro lado, consta de artefactos relacionados con el proceso de expansión capitalista en San Pedro de Atacama; esta relación es establecida si los objetos fueron utilizados para alguna de las cuatro actividades económicas en estudio, si pertenecieron a algún trabajador de estas actividades, pero también se establece más ampliamente, por ejemplo, si estuvieron en uso durante la época en estudio. Pese a la eminente intención pretérita de estos tres criterios de selección de artefactos, varios de los que fueron seleccionados son multifuncionales, y no exclusivos de estas industrias descontinuadas.

Artefactos y fotografías fueron recopilados en el área de Atacama en tres ámbitos:

- (1) **Ámbito institucional:** incluye entidades orientadas a la conservación, exposición y difusión de elementos con un valor cultural, natural y/o científico relevante. En este caso se trabajó con instituciones locales y regionales enfocadas en el patrimonio natural y cultural del área atacameña.
- (2) **Ámbito comercial:** comprende los recintos de tipo comercial del pueblo de San Pedro de Atacama, como restaurantes, pubs, agencias turísticas, cafeterías, hotelería, entre otros. Muchos de estos recintos, como parte de su ornamentación, exponen objetos del periodo que nos interesa.
- (3) **Ámbito doméstico o familiar:** corresponde a las familias atacameñas.

Esta segregación por ámbitos permitirá aislar y comparar diferentes esferas o formas de archivación y/o inscripción histórica del periodo en estudio.

2. Metodología

Para llevar a cabo los objetivos propuestos, se trabajó en tres instancias: conformación de la muestra; registro de los datos, y análisis.

2.1. Conformación de la muestra

La conformación de la muestra se efectuó en cuatro campañas de terreno realizadas entre los años 2014 y 2015, en San Pedro de Atacama, con un total aproximado de 7 semanas de trabajo. Las dos primeras campañas estuvieron destinadas a la conformación del corpus fotográfico, mientras que las dos restantes se orientaron al registro del corpus artefactual, y sólo marginalmente al fotográfico. Ambos conjuntos de objetos pudieron ser observados y estudiados en cada uno de los ámbitos en estudio: institucional, comercial y familiar.

(a) Ámbito institucional

El ámbito institucional, en términos comparativos, fue el que permitió un trabajo más expedito tanto en el acceso a los materiales de nuestro interés, como en su registro. Dentro de este ámbito fueron contempladas cuatro instituciones: Museo Arqueológico R. P. Gustavo Le Paige SJ (ex IIAM, Instituto de Investigaciones y Museo Gustavo Le Paige)², dependiente de la Universidad Católica del Norte, en San Pedro de Atacama, el Museo de Historia Natural y Cultural del Desierto de Atacama (ex Museo de Historia Natural y Cultural de Calama), el Museo Indígena y Atacameño del Alto Loa, en el pueblo de Lasana y finalmente la Asociación Indígena Valle de la Luna, en los alrededores de San Pedro de Atacama.

El Museo Arqueológico R. P. Gustavo Le Paige SJ fue fundado en 1957 por el sacerdote Gustavo Le Paige; desde sus inicios tuvo una orientación centrada en la prehistoria, destacando entre sus piezas más emblemáticas una gran colección de momias atacameñas de data prehispánica. En décadas posteriores, en el marco de un proyecto Fondart a cargo del antropólogo Hans Gundermann, se conformó una colección etnográfica, compuesta por piezas compradas a atacameños, especialmente de la localidad de Socaire, ubicada al sur este del Salar de Atacama. Para la conformación de la actual muestra en estudio fueron contempladas esta colección y la colección fotográfica “Archivo Le Paige”, que contiene fotografías tomadas por Gustavo Le Paige, fotografías relacionadas con las actividades de este sacerdote, y también fotografías donadas al museo por comuneros del pueblo de San Pedro y alrededores.

El Museo de Historia Natural y Cultural del Desierto de Atacama y el Museo Indígena y Atacameño del Alto Loa son instituciones privadas fundadas y dirigidas por el señor Osvaldo Rojas, atacameño oriundo de la localidad de Lasana, quien de manera autodidacta se introdujo en el ámbito de la museografía. Entre los objetos que conservan y exponen estos museos encontramos material geológico, zoológico, entomológico, paleontológico, arqueológico y también etnográfico, histórico y fotográfico. Parte de

² En la actualidad este museo no se encuentra abierto al público debido a la puesta en marcha de un proyecto destinado a la demolición del antiguo edificio del museo y construcción de uno nuevo, pero a fines del año 2017 fue inaugurado un Depósito Arqueológico Museable abierto al público en un Recinto Transitorio emplazado en las afueras del pueblo de San Pedro de Atacama.

estas piezas fue adquirida por el señor Rojas a lo largo de su vida, y otra parte fue donada al museo por diferentes particulares. De estas instituciones fue contemplado parte del material histórico en exposición, y una selección de fotografías. Los archivos fotográficos de este museo se componen de donaciones de amigos y cercanos al señor Rojas, principalmente de Reinaldo Lagos, profesor universitario aficionado al folclor y la etnología de la zona, y de Justo Ballesteros Ávila, ex Alcalde de Calama.

La última institución contemplada dentro del ámbito institucional es la Asociación Indígena Valle de la Luna, organización a cargo de la explotación turística de este santuario de la naturaleza ubicado dentro de la reserva nacional Los Flamencos. En el Valle de la Luna, esta asociación ha implementado un circuito turístico enfocado en la contemplación del paisaje natural, particularmente de algunas formaciones geológicas como la cordillera de la Domeyko y cavernas, entre otros hitos. Pero también se aborda parte de la historia de la minería de la sal, incorporando las ruinas de algunos asentamientos mineros distribuidos en el "Valle" como parte de los puntos de interés recomendados para los turistas. Durante el desarrollo de mi trabajo de campo, esta organización estaba presidida por el atacameño Manuel Cortés, quien señaló que la Asociación posee un archivo fotográfico que se encuentra disperso en poder de ex presidentes de la asociación, lo que en definitiva impidió mi acceso. El único objeto registrado es un artefacto emplazado en el circuito turístico creado en el Valle de la Luna, cuyo acceso es efectivamente público.

(b) Ámbito comercial

En el ámbito comercial, la prospección efectuada en el área central del pueblo de San Pedro de Atacama arrojó la presencia de 6 recintos con artefactos y/o fotografías de interés. El registro fue efectivamente realizado en sólo cuatro de ellos, debido a que en los otros dos casos los propietarios no lo consintieron abiertamente, a pesar de que tampoco expresaron una negativa explícita. Se efectuó también una prospección dirigida hacia el Hotel El Mirador, en la ciudad de Calama, del que se tenía antecedentes sobre la presencia de fotografías antiguas de la región de Antofagasta, sin embargo, la administración del hotel señaló que estas fotografías corresponden a parte de una colección familiar mayor, que posee derechos de propiedad, por lo que rehusaron permitirme efectuar su registro. Al margen de esta prospección se identificaron tres hostales en San Pedro de Atacama con artefactos de mi interés, que fueron incluidos en la muestra, y adscritos al ámbito comercial. Esta adscripción resulta sin embargo problemática debido a que su identificación se logró a través del trabajo etnográfico dentro del ámbito familiar, porque estos hostales son de propiedad de familias atacameñas, quienes los han habilitado al interior de sus casas o en construcciones anexas a éstas. Dicha situación entrega indicios de la difuminación del límite entre ambos ámbitos, cuestión que será desarrollada en profundidad más adelante.

(c) Ámbito familiar

El ámbito familiar se abordó inicialmente a través de un listado aproximado de 60 atacameños, elaborado por dos antropólogos residentes en el área a partir de sus redes de conocidos. Se privilegió establecer el primer contacto personalmente, pero por razones de tiempo, distancia o por no lograr encontrar a las personas, algunas

aproximaciones fueron vía telefónica. En un reducido número de casos, no se logró contactar a las personas.

Como resultado de este *rapport*, encontramos 19 informantes que afirmaron poseer objetos y/o fotografías, y estar dispuestos a colaborar, y en estos casos se llevó a cabo el registro. Otros cuatro informantes afirmaron en una primera instancia poseer objetos que finalmente no fueron registrados, ya sea porque luego señalaron no haberlos encontrado, por arrepentirse de participar de la investigación, o por no haber logrado fijar una instancia oportuna para el registro.

2.2. Registro de datos:

Esta etapa se enfocó en relevar un *corpus* de datos que permitiera: (1) identificar los principales rasgos físicos de cada objeto, (2) determinar el proceso de elaboración de estos objetos, así como su funcionalidad, (3) determinar la biografía social de los mismos y, (4) comprender la relación entre estos objetos y la población atacameña actual. Para ello se registró cada objeto mediante fichas (ver Anexos 1 y 2: "Ficha de registro de objetos" y "Ficha de registro fotográfico") destinadas a relevar los siguientes rasgos:

- 1) Características físicas: dimensiones, materia prima, técnica, tipo de manufactura (artesanal/industrial), presencia de inscripciones, estado de conservación, integridad, presencia de alteraciones y/o modificaciones a la forma original.
- 2) Contexto espacial en que se insertan estos objetos: tipo de recinto en que se encuentra el objeto, ubicación dentro del recinto o fuera del recinto, unidad dentro del recinto, tipo de superficie de apoyo, ubicación en la superficie, relación con otros elementos del espacio y visibilidad.
- 3) Biografía social o historia de uso del objeto: historia de propiedad de éste y la relación entre el objeto y el proceso de expansión capitalista. Esta información fue obtenida a través de entrevistas semi-estructuradas a los propietarios y/o informantes de los objetos.
- 4) En el caso del registro fotográfico, además de los datos mencionados anteriormente, se abordó el contenido iconográfico de las fotografías, a través de tres ítems (ver Anexo 2): asociación a alguna de las actividades económicas en estudio; identificación de los principales elementos retratados y presencia/ausencia de personas.

2.3. Implicancias de la metodología de trabajo

La metodología de trabajo mixta desplegada en el estudio realizado conllevó una serie de dificultades asociadas a la observación y registro simultáneo de información material y etnográfica. Ambas esferas poseen ritmos, densidades y complejidades particulares, que para ser abordadas requieren el despliegue de diferentes prácticas y énfasis por parte de quien investiga, entre ellas: el dedicar tiempo a establecer vínculos con la

comunidad atacameña, la intensidad o profundidad con que se aborda a cada informante, la atención prestada a consignar la oralidad y el contexto en el que se desarrollan las interacciones con los informantes, versus la amplitud y representatividad al conformar la muestra artefactual, y la consignación en detalle de sus rasgos materiales y espaciales.

Todos estos requerimientos debieron ser adaptados a mis posibilidades y limitaciones, lo que implicó una constante evaluación y negociación entre lo particular de cada contexto de registro y la necesidad de construir una muestra en lo posible representativa de la realidad en estudio. De este ejercicio puedo desprender tres hitos significativos de mi trabajo de campo que dan la contextura a la muestra que pasaremos a analizar: en primer lugar el establecimiento del *rapport* con los habitantes del San Pedro de Atacama, en segundo lugar la reevaluación del motor de búsqueda y selección de artefactos, y en tercer lugar las dificultades experimentadas para registrar en detalle los contextos en estudio.

(a) Establecimiento del *rapport*

Tal como ya he señalado, mi estadía en el área atacameña fue bastante circunscrita temporalmente, lo que sumado a que no poseía vínculos previos con la población de San Pedro de Atacama, naturalmente significó una aproximación limitada a la realidad local. Lo anterior redundó en el establecimiento de vínculos de carácter formal, en los que la confianza de los informantes fue poco significativa. Posiblemente debido a lo anterior algunos informantes declinaron participar, mientras que otros se mostraron muy cautos en cuanto a la información revelada en las entrevistas. Además, como se verá más adelante, algunos informantes no me permitieron el acceso al interior de sus viviendas, por lo que el registro de objetos y/o fotografías fue efectuado en el patio, en tanto que eran los informantes quienes seleccionaron y me entregaron los artefactos del interior.

Esta situación de desconfianza inicial fue parcialmente subsanada con el avance de mi trabajo de campo, y en la medida que retornaba a cada informante la información que me aportaron en un principio: en algunos casos se comprometió el retorno de las fotos impresas, en otros la imagen del artefacto registrado acompañado de una ficha descriptiva que consigna las características principales del registro efectuado, así como el relato que aportaron ellos mismos sobre la historia del objeto/fotografía, con lo que las confianzas fueron gradualmente en aumento, lo que no implicó necesariamente volver a efectuar registro de objetos.

(b) Motores de búsqueda y registro de artefactos

Al comenzar el trabajo etnográfico señalé a los posibles informantes mi interés en fotografías y/o artefactos relacionados con las cuatro estrategias económicas en estudio: arriería, minería de sal y de azufre y extracción de llareta. Este abordaje rápidamente se me evidenció como demasiado específico, ya que tuvo poco éxito: en la mayoría de los casos los informantes señalaron no poseer fotografías y/o artefactos. Esta negativa empero, estuvo acompañada de una espontánea indicación sobre otros atacameños que podrían conservar objetos o “conocimientos” acerca de las industrias señaladas, por haber trabajado en ellas o por ser descendientes de quienes allí trabajaron, lo que ocurrió especialmente para el caso de la arriería y de la minería de

sal. Dado que muchas veces la primera respuesta fue una rápida negativa, se amplió el tema de consulta, preguntando por fotografías y objetos “antiguos”. Este término -“lo antiguo”- resultó mucho más estimulante, incitando a hacer un esfuerzo por pensar, recordar y evaluar de qué objetos “antiguos” son propietarios. En este contexto, dado que el motor de búsqueda fue ampliado, el universo de posibles artefactos y fotografías a registrar creció, perdiendo especificidad en cuando a la temática, a la vez que ganando en cuanto a la posibilidad de contemplar nuevas facetas de la temporalidad en estudio.

(c) Consignación de las variables en estudio

La calidad del registro efectuado varió considerablemente en función de los contextos en que se llevó a cabo el mismo. Dentro de los factores con más incidencia en este punto se encuentra el tiempo dedicado a caracterizar cada artefacto materialmente y a la disposición de los informantes a entablar un diálogo en profundidad. Las características materiales de difícil consignación para el caso de los objetos son “huellas de uso”, “manufactura”, “presencia de modificaciones”. Las huellas de uso fueron complejas de evaluar debido a lo expeditivo del registro que realicé, ya que no siempre tuve suficiente tiempo para observar con detalle cada objeto. Manufactura y presencia de modificaciones también presentaron alguna complejidad, pues para algunos artefactos no me fue posible establecer si se trata de factura industrial, artesanal o semi artesanal, ni si algunas características de los objetos son originales o fueron plasmadas con posterioridad. Con respecto a la ubicación espacial, como ya referí, no siempre fue posible observar los objetos en su ubicación original, por lo que en algunos casos esta información se ignora. Algunas veces estos datos fueron consultados a los informantes, quienes solo proporcionaron información general y ambigua.

Otros datos aportados por los propietarios o informantes acerca de la historia de uso e historia de propiedad de los objetos deben ser considerados con cautela, pues existe un grado indeterminado de especulación respecto a esta información, particularmente cuando el entrevistado no es el propietario original. Esta especulación se evidencia en recurrentes contradicciones en que incurrir los informantes a lo largo de nuestras conversaciones. Finalmente, las categorías *visibilidad/invisibilidad* y *uso/desuso* resultaron las más complejas de determinar pues para ellas no existe una frontera absoluta; en gran medida depende quién es el observador y cuáles son sus criterios, cuestión que desarrollaré más adelante.

V. RESULTADOS

1. Características generales de la muestra

Como resultado se registró un total de 315 objetos, 140 de los cuales son fotografías y 175 artefactos. A pesar de que artefactos y fotografías manifiestan una presencia relativamente similar en la muestra en estudio (44% y 56% respectivamente), las fotografías constituyeron un universo mucho más escueto que el artefactual, particularmente en los ámbitos comercial y familiar. Por esta razón, casi todas las fotografías identificadas en estos dos ámbitos fueron registradas para este estudio, mientras que en el ámbito institucional, donde las fotografías fueron un tipo de objeto muy abundante, se realizó la selección de una muestra bastante pequeña en relación al total. Es por esto que, como podemos observar en la Tabla 1, las fotografías proceden mayormente del ámbito institucional (62%), y en menor medida de los ámbitos familiar (24%) y comercial (13%).

	Artefactos	%	Fotografías	%	Total
Ámbito institucional	46	26,2%	87	62,1%	133
Ámbito comercial	22	12,5%	19	13,5%	41
Ámbito familiar	107	60,5%	34	24,2%	141
Total	175	100%	140	100%	315

Tabla 1. Artefactos y fotografías según ámbito de procedencia.

A diferencia de las fotografías, en el caso artefactual fue necesario llevar a cabo un muestreo dirigido al momento de efectuar el registro, debido a su amplitud, especialmente en el ámbito familiar. En correspondencia con esta selección, la Tabla 1 nos permite apreciar que el registro artefactual se concentra en el ámbito familiar (60%), seguido del ámbito institucional (26%) y del comercial (12%). Dentro de lo comprendido por el registro artefactual encontramos un amplio espectro de elementos, de variada índole, que en términos muy generales podríamos agrupar como (1) artefactos de trabajo destinados a labores productivas, como maquinaria agrícola, variedad de pesas y romanas; (2) destinados a la construcción, como chuzos, palas, combos, carretillas, una adobera, entre otros; (3) ítems de uso doméstico como cocinas a leña, enseres de cocina, lámparas a parafina, máquinas de coser, planchas de fierro. Encontramos también una amplia gama de (4) aperos y artículos para montar como monturas, alforjas, espuelas, etc., así como (5) elementos destinados al transporte, entre ellos carretas, carros, camiones. Finalmente, se observan (6) documentos como certificados, cédulas de identidad, cuadernos, y en menor medida algunos (7) artefactos destinados a la entretención como vitrolas, un almanaque, una radio, etc.

Es importante señalar que alrededor del 47% de los artefactos contemplados en la muestra fue seleccionado por indicación directa de los informantes y/o propietarios en los ámbitos comercial y familiar, (segmento que podemos observar en la Tabla 2) mientras que el resto de los objetos se hizo parte del registro con un mayor grado de injerencia de mi parte, ya sea a través de la selección o sugerencia de nuevos objetos. Existe una fracción menor de artefactos (contenedores cerámicos y objetos de piedra) de posible data prehispánica sugeridos por algunos informantes, que por su procedencia no fueron contemplados en el actual registro. Se trata de artefactos que fueron “encontrados” por los informantes, y de los cuales no manejan mayor información.

Uso agrícola	Arados (n=2), tractor, rastrillo artesanal, yugo.
Herramientas en general	Combos (n=2), chuzo, palas (n=3), machete, tenazas de fragua, tenazas de herraje, llaves inglesas (n=2), taladro manual, lámpara a carburo.
Documentos	CI (n=2), Certificados de defunción (n=2), libreta de familia, contratos, otros (n=9).
Pesaje	Romanas de varilla (n=2), romana de colgar, roldana, pesa.
Alimentación	Cocinas a leña (n=2), vajilla enlozada, molino de maíz, molde de queso, lonchero.
Transporte	Camión, carretas, carretillas (n=2), carretón
Aperos	Montura, Rienda de caballo, soga, chinchas (n=2), yumillejo, rienda de caballo, herraduras (n=2), estribos (n=3), carona de cuero, morteros.
Uso doméstico	Máquinas de coser (n=3), lámparas a parafina (n=2), candado con llave.
Otros	Vitrola, camareta, puerta de algarrobo, pata de toro herrada, peinador, cantimplora, candado con llave, estatuilla Virgen de Guadalupe, soldadito de plomo, barrilitos de hojalata (n=4).

Tabla 2. Artefactos seleccionados por los informantes.

1.1. Distribución

Los ayllus en los que se registraron artefactos y/o fotografías son Conde Duque, Séquitor, Solcor, Checar, Coyo, Cúcuter, Quitar, Solor y Poconche. Con mayor intensidad fueron abordados los ayllus Conde Duque y Séquitor, situación que se tradujo en una mayor densidad de registro en ellos, lo que se refleja en la Figura 2; el primer caso debido a que fue allí donde se dirigió la prospección del ámbito comercial, a raíz de su carácter céntrico y conglomerante, mientras que Séquitor presentó mayor densidad en cuanto a las redes de contactos manejadas, por oposición a los ayllus en que no se registraron objetos (Tulor, Beter, Yaye, Larache y Catarpe).

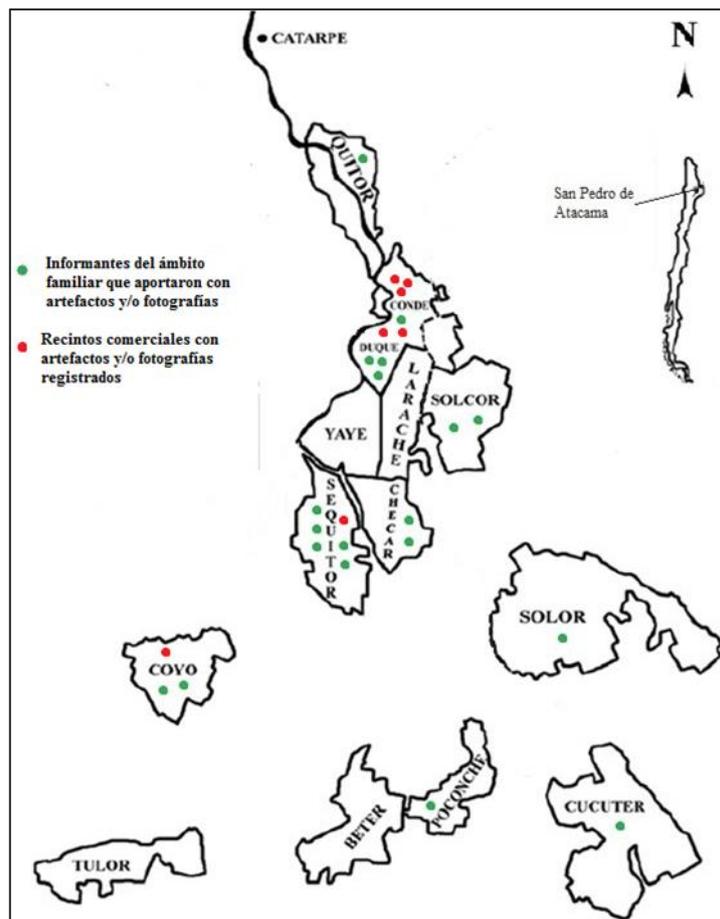


Figura 2. Mapa distribución objetos según ayllu de procedencia

1.2. Contexto actual de los objetos

Cada uno de los ámbitos en estudio manifestó características particulares en lo referente a la tenencia de los objetos de nuestro interés, lo que no implica que cada ámbito se nos presente de manera homogénea y uniforme. Como ya fue señalado, los ámbitos comercial y familiar constituyen en varios casos una misma esfera, donde la frontera de lo doméstico se muestra laxa y fluctuante, extendiéndose al espacio de lo comercial y turístico al tiempo que lo incorpora en sus dinámicas. Esta realidad nos lleva a esbozar la unidad doméstica atacameña como un espacio complejo y multifuncional, que además de desempeñar la función habitacional y las tradicionales actividades productivas como agricultura a pequeña escala y crianza de animales, incorpora en su dinámica al rubro comercial, al acondicionar en su interior recintos destinados a satisfacer la gran demanda de alojamiento generada por la industria turística en San Pedro de Atacama. No obstante lo anterior, para efectos de este análisis, la distinción impuesta entre lo familiar y lo comercial sigue siendo relevante, en tanto nos conduce a dos contextos de visibilidad de los objetos muy distintos, ya que únicamente el contexto comercial implica una plataforma de visibilidad y/o exposición pública y ajena a la esfera del parentesco, pues aunque pueda coexistir con el ámbito familiar, éste mantiene mayormente un estatus de privacidad. Lo que sí nos revela esta situación es que existe un dinámico flujo de objetos entre estos dos ámbitos.

a) Propietarios e historia de propiedad

En los ámbitos comercial y familiar, la cantidad de artefactos y/o fotografías registradas por cada propietario es bastante variable, y se relaciona principalmente con la cantidad de artefactos que cada uno de ellos posee. En el caso de algunos propietarios, se registró sólo uno o dos objetos, que es lo que ellos afirmaron poseer. En estos contextos, lo registrado corresponde a la totalidad de lo observado. Sin embargo, encontramos también situaciones opuestas donde los informantes conservan conjuntos considerables de artefactos y/o fotografías, que por lo cuantioso, resultaron muy difíciles de registrar cabalmente de manera individual. En estos contextos se efectuó una selección parcial del conjunto a la cual se aplicó cada ítem de la ficha de registro, mientras que el resto de los objetos se consignaron sólo de manera general.

Se inscriben aquí dos grandes categorías de propietarios: en primer lugar, aquellos informantes locales, es decir sampedrinos, que lo que conservan y muestran corresponde a un patrimonio artefactual/fotográfico familiar, que si no fue fabricado, adquirido, y/o usado por ellos mismos, sí lo fue por algún pariente próximo. En estos casos es relativamente viable identificar al menos un parte de la historia de propiedad de estos objetos, que por lo común pertenecieron a padres y/o abuelos de los informantes. Por otra parte, encontramos a los propietarios no locales, que se han radicado en San Pedro de Atacama durante las últimas décadas y que se han dedicado a adquirir objetos antiguos, icónicos del siglo XX, conformando colecciones particulares de artefactos que ingresan a una segunda vida útil, en la que no son requeridos por su valor funcional, sino por un valor estético y/o simbólico. Estos artefactos y fotografías no han sido usados –de acuerdo a su función original- por sus nuevos propietarios, razón por la cual su historia de vida original es en gran medida desconocida para éstos. Así como el nuevo propietario desconoce la historia de vida del objeto, éstos son igualmente

ajenos a la de su propietario: las fotografías conservadas no consignan imágenes de sus vivencias, ni retratan a sus padres o abuelos, mientras que los artefactos tampoco marcan momentos de la vida personal o familiar. En estos casos predomina la adquisición por compra o por donación o regalo, pero también se registra en menor medida el caso de artefactos que han sido “encontrados” o “recogidos”, por lo que sería deducible asignar a la vida de algunos de estos artefactos un periodo de abandono, constituyendo lo que llamaríamos *basura*.

Como cabría esperar, el ámbito familiar está casi totalmente compuesto por propietarios atacameños, mientras que en el ámbito comercial la situación es mixta, aunque priman los no atacameños. Por su parte el ámbito institucional podría asociarse mayormente a propietarios atacameños dado que tres de las cuatro instituciones tienen una administración con miembros de esta etnia. Pese a esta aparente supremacía atacameña en el ámbito institucional, debe considerarse que en términos de relevancia, legitimidad y visibilidad, el Museo Arqueológico Gustavo Le Paige posee una importancia superlativa en comparación a las otras tres instituciones.

b) Emplazamiento, visibilidad y uso

Ámbito comercial. Como ya pudimos observar, el ámbito comercial es el que presenta un menor número de artefactos y fotografías (ver Tabla 1), los que se concentran en el ayllu de Conde Duque, en el área central de San Pedro de Atacama (Figura 2), pero no únicamente aquí, pues su presencia se encuentra también en Séquitor y Coyo, ayllus al sur del área central del pueblo, fuera del núcleo urbano y comercial. Los recintos que contienen estos objetos son hostales, cafeterías y restaurantes. Estos dos últimos tipos de recinto se localizan íntegramente en el centro de San Pedro, su área más comercial, y son propiedad de chilenos alocados en la localidad hace por lo menos una década atrás, mientras que los hostales tienen una dispersión más periférica y su propiedad es mixta, porque atacameños también toman presencia aquí.

El registro fotográfico de este ámbito se compone de 19 fotografías, procedentes de dos cafeterías adyacentes a la plaza del pueblo; en ambos recintos las fotografías se encuentran expuestas, colgadas en las paredes interiores y enmarcadas. Todas ellas corresponden a reproducciones en blanco y negro o sepia, no registrándose fotografías originales ni tampoco imágenes en colores. Las tomas, que tienen como eje la región atacameña, retratan paisajes, campos de cultivo y labores agrícolas, pueblos e iglesias, automóviles antiguos, oficinas salitreras y el pueblo de San Pedro (ver Figura 3). Si bien varias de ellas comparten la presencia de personas, no se registran retratos ni tampoco capturas en espacios cerrados. Salvo el caso de una fotografía que corresponde a un recorte de prensa con la reseña al pie de la imagen sobre el lugar de toma y el año, el resto no contiene esa información, que es ignorada también por los dueños de estos dispositivos. Pese a ello, muchos de los lugares de toma podrían ser fácilmente identificados por un observador local.



Figura 3. Fotografías ámbito comercial.

En términos de contenido y representación, en este conjunto de fotografías es clara la ausencia de una impronta étnica, en tanto la presencia indígena existe como un dato marginal. Pese a que la presencia de atacameños en algunas imágenes es detectable, las tomas no acentúan, sino que por el contrario minimizan, su carácter indígena: en la primera imagen (Figura 3, izquierda arriba), que representa a un grupo de gente sobre un montón de pasto de cosecha, en fotógrafo elige un encuadre amplio, donde el paisaje de fondo capta la atención tanto como a las personas allí presentes, mientras que en la última imagen (Figura 3, derecha abajo) protagonizan la toma tanto la actividad de arar como los caballos y el arado artesanal sobre los que las personas se ubican. La ausencia del cariz étnico en este tipo de dispositivo es concordante con el conjunto artefactual registrado para mismo ámbito, como se verá más abajo.

Los artefactos por su parte (n=22) proceden de cinco recintos diferentes; de ellos cuatro son hostales y uno corresponde a un café. Es importante señalar que el grueso de estos procede de un solo recinto, que concentra 14 artefactos. Dentro de las unidades específicas en que ellos se emplazan predominan patios (n=12) y una cocina (n=7), mientras que el resto de ellos se distribuye entre una despensa (n=1), una habitación (n=1) y el mesón de atención del café (n=1). La mayor parte se encuentra en uso (n=13), desempeñando una función en correspondencia con la original: se trata de enseres enlozados que se encuentran en una cocina comedor de uso común (tazones, platos, entre otros) herramientas de trabajo distribuidas en el patio del hostel (palas, picotas,

entre otras) y un peinador “hechizo”³ que se encuentra en una de las habitaciones del hostel en cuestión. Una fracción menor (n=9) no se identifica en asociación con su función vernácula; son artefactos que en la mayoría de los casos (n=8) podrían asociarse a una función decorativa o estética, pero cuya vinculación no siempre podría ser del todo certera. Las imágenes de la Figura 4 ilustran bastante bien esta situación, ya que en tanto la romana expuesta sobre el mesón del café es un objeto claramente decorativo, los aperos que cuelgan de un árbol en el patio de un hostel, tienen en cambio escaso potencial de visibilidad, pasando fácilmente desapercibidos. El caso del peinador en la habitación del hostel presenta otro tipo de fluctuación ya que, si bien se encuentra cumpliendo su función original, por la manera en que su propietaria lo exalta, resulta evidente que también fue escogido y dispuesto por sus atributos estéticos, pero quizá primordialmente por ellos. Resulta necesario advertir que estos dos últimos contextos – hostel (aperos y peinador)– fueron ideados por atacameños, mientras que el primero – cafetería con romana- lo fue por una europea. Por último, hay un único artefacto al que no se le podría asignar siquiera una función decorativa; se trata de una jabonera enlozada que está guardada por su dueña, quien por temor a un robo la retiró del área de uso de los pasajeros de su hostel, y la mantiene en un lugar no informado.



Figura 4. Artefactos en ámbito comercial. Izquierda, romana con frutas en Cafetería.; Centro, peinador “hechizo” en hostel; Derecha, aperos de montar en hostel.

Los recintos de este ámbito en que no fue posible efectuar el registro debido a las razones antes señaladas, presentaban objetos misceláneos entre los que destacan los enlozados, botellas y frascos de vidrio, pesas similares a las de la Figura 4 (Izquierda), entre otras varias cosas. Pero es precisamente en el caso de estos recintos, cuyos propietarios son íntegramente foráneos, donde la función estética es predominante, no sólo por la incuestionable situación de visibilidad y abierta exposición de sus objetos, sino porque los artefactos están configurados unos en asociación con otros, componiendo muros, repisas y vitrinas que remiten a una temporalidad caduca, pero anclada evidentemente al siglo XX.

³ La propietaria añadió este término para caracterizar el peinador, aludiendo no sólo al carácter artesanal de su fabricación, sino también a que se trata de un intento precario de imitar este tipo de mobiliario, con maderas reutilizadas de baja calidad y falta de prolijidad general en la confección.

Ámbito institucional. Dentro de este ámbito fueron incluidos tres archivos fotográficos, pertenecientes a los tres museos en estudio; en ellos encontramos un panorama homogéneo en cuanto a visibilidad y emplazamiento, pues las tres instituciones mantienen sus colecciones fotográficas invisibles al público. Respecto al emplazamiento, existen dos tipos diferentes de locación: en el caso del Museo Arqueológico R. P. Gustavo Le Paige SJ las fotografías se localizan en depósitos, mientras que en el Museo Indígena y Atacameño del Alto Loa y en el Museo de Historia Natural y Cultural del Desierto de Atacama, los archivos fotográficos descansan en salas acondicionadas como bibliotecas de consulta especializada.

El registro artefactual de este ámbito procede de tres instituciones: el Museo de Historia Natural y Cultural del desierto de Atacama, el Museo Arqueológico R. P. Gustavo Le Paige SJ y la Asociación Indígena Valle de la Luna. A diferencia de las fotografías, que estaban invariablemente invisibles, los artefactos de esta esfera sí se encuentran en contexto de exposición en dos casos: en el Museo de Historia Natural y Cultural del Desierto de Atacama y en la Asociación Indígena Valle de la Luna. En el primero los artefactos se emplazan en dos áreas diferentes, al interior y al exterior del museo. En el exterior, un patio anexo al recinto alberga elementos de gran tamaño, fundamentalmente de maquinaria agrícola, pero también algunas carretas y carretillas. Se trata de una exposición delimitada por rejas de alambre, con una puerta peatonal que permite el acceso, posibilitando recorrer “un circuito” en torno a estos artefactos (ver Figura 5, izquierda). Al interior del museo se observa un salón dedicado a la historia reciente de la región, que contiene objetos del siglo XX y asociados a la industria salitrera. Encontramos una romana grande en un sector donde se pretende recrear la fachada de una pulpería antigua (ver Figura 5, derecha). Estos artefactos, que no tienen relación directa con las comunidades del área del Salar de Atacama, sí testifican el auge de la actividad agrícola en la región: toda la maquinaria agrícola (picadora y segadora de pasto y arados), al igual que la romana fueron donadas por Vicente Radic⁴ -de ascendencia croata-, y estuvo empleada en los alfalfares de Calama durante las primeras décadas del siglo XX, mientras que la gran carreta “calichera”, fue utilizada para el salitre pero también para repartir guano en el campo.

⁴ Una reseña de su vida se expone en un cuadro colgado al interior del museo: “Vicente Radich (sic) Cocas 1929-2009. Digno representante de antiguos agricultores de la ciudad de Calama. Nació el 7 de enero de 1929 en Calama, casado con la señora María Fredes y padre de 6 hijos, durante su vida laboral prestó servicios en Chuquicamata y en la Empresa de explosivos Dupont, sin embargo nunca estuvo desvinculado de sus actividades de campo, siempre ligado a la crianza de animales, la agricultura y su pasión por el ciclismo, miembro fundador del “Club de Huasos de Calama”, en el año 1954, en el año 1992 obtiene la distinción municipal “Orden al Mérito Ciudadano, en 1997 junto a un grupo de amigos fundan el grupo “Los Cumpleañeros”, quienes se dedican a compartir el campo y folclor chileno. Falleció en el año 2009 a los 78 años, quien fue un gran Calameño, conocedor de la historia de su ciudad, y de un gran personaje reconocido y querido en esta Tierra de Sol y Cobre”.



Figura 5. Artefactos expuestos en el Museo de Historia Natural y Cultural del Desierto de Atacama.

El Museo Arqueológico R. P. Gustavo Le Paige SJ, por su parte, no exhibe los artefactos registrados que corresponden a la colección etnográfica de esta institución. Esta colección, llamada “Artesanías Atacameñas”, contiene sobre todo artefactos de uso doméstico, de menor tamaño en relación a los expuestos en el museo de Calama. Son principalmente objetos textiles como talegas y costales, chuspas, llijllas, fajas y ponchos de confección artesanal local, y en muchos casos familiar. Una parte importante son monturas y aperos de montar; destaca también un conjunto de artefactos de metal, algunos de factura artesanal local como barriles y cantimploras de hojalata y marcas de ganado, y otros de factura no identificada, como planchas de fierro, ollas y chonchones. La mayoría de estos artefactos, que estuvieron en uso hasta el momento de ser adquiridos por el museo, remiten a los pueblos de Socaire, Camar, Peine y Rio Grande.

Finalmente, en la mina de sal Victoria, localizada dentro del circuito turístico administrado por la Asociación Indígena Valle de la Luna, encontramos el último artefacto procedente de este ámbito. Se trata de un compresor de grandes dimensiones, empleado en esta industria (ver Figura 6), ubicado junto a otros vestigios de la explotación minera (como chatarra, trozos de madera, metal, tela, entre otros). Este artefacto fue utilizado para hacer las perforaciones en las que se insertaban los explosivos, tras cuya detonación se extraía el mineral. Sin embargo, no cuenta con ninguna referencia *in situ* que permita contextualizarlo: se trata más bien de un objeto que quedó abandonado en el mismo sitio donde fuera utilizado, y que se ha incorporado sólo parcialmente al libreto turístico de Valle de la Luna, al ser citado en un panel explicativo emplazado en una sala informativa al inicio del circuito turístico general (ver Figura 6), cuyo texto reza: “las máquinas que vemos en las fotos han permanecido, cada una en el lugar donde cumplían sus funciones (...) La foto de la derecha corresponde a la mina Victoria, donde descansa esta maquinaria”.

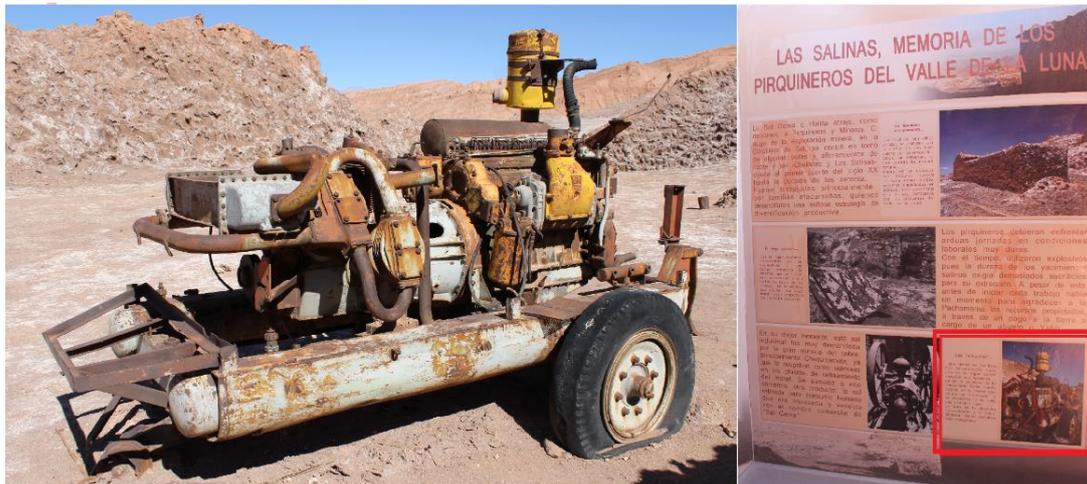


Figura 6. Compresor y panel informativo relacionados con la explotación de sal en el Valle de la Luna.

Ámbito familiar. Aquí encontramos el panorama más complejo y heterogéneo de todo el conjunto, donde una amplia gama de factores matiza el espectro de categorías con que se pretende describir al conjunto. Los artefactos registrados asociados a este ámbito se localizan en casas particulares, salvo una enfardadora de pasto que se ubica en un sitio eriazos⁵ en el ayllu de Beter. Su emplazamiento fue asociado a nueve unidades espaciales específicas dentro de las casas atacameñas, más el patio, que podría entenderse como una unidad espacial sin arquitectura (ver Gráfico 1); la mayoría de los artefactos se localizó en el patio (n=49), seguido de la unidad bodega o “cuarto” (n=24), que corresponde a construcciones total o parcialmente cerradas, generalmente aledañas a la vivienda propiamente tal, donde se almacenan objetos, pero donde también se realizan algunas actividades domésticas, como procesamiento de animales. La siguiente unidad que concentró mayor cantidad de objetos (n=10) corresponde a pieza o habitación, situada al interior de la vivienda. En menor medida encontramos artefactos en un área cuyo propietario denominó como “choza”, asociada a un sector del patio que se encuentra techado y delimitado lateralmente por muros levantados con latas y objetos apilados, que en otra época cumplió la función de cocina exterior⁶. En otra vivienda diferente, también encontramos un artefacto asociado a una unidad identificada como cocina exterior, construida con bloques de adobe y techada, pero no totalmente cerrada, ya que no cuenta con ventanas ni puertas. Living-comedor no constituyó un emplazamiento recurrente, ya que ha sido identificado sólo en una unidad doméstica conteniendo dos artefactos. El resto de las unidades identificadas corresponden a corral, ex establo, comedor exterior y cocina interior, y en cada una de ellas se localiza un artefacto. En el caso de los 13 artefactos restantes se desconoce el emplazamiento, pues los propietarios seleccionaron los artefactos previamente a la

⁵ De acuerdo a las formas locales de utilización del espacio, transversales a los pisos ecológicos andinos, este sector correspondería al *campo*, caracterizado por “la realización de actividades pastoriles”, un área intermedia entre la *chacra*, “espacio agrícola de melgas y terrazas,” y directamente asociado a los asentamientos poblacionales, y el *cerro*, sector de pastoreo de llamos y de caza, donde los asentamientos son totalmente transitorios (Castro y Martínez, 1996; Garrido 2017, comunicación personal).

⁶ En Atacama, la cocina exterior corresponde la cocina original; se la conserva por tradición y su uso es complementario a la cocina a gas, que en realidad es la segunda cocina. Hay alimentos y/o contextos que privilegian el uso de una y otra respectivamente (Garrido 2017, comunicación personal).

instancia de registro, no aportando datos precisos acerca de la locación. Se trata de cosas que ellos identificaron como de mi interés: documentos administrativos de una azufrera, un soldadito de plomo encontrado en un campamento azufrero abandonado, y dos artículos cuyo propietario identificó como las únicas cosas “antiguas” que poseía.

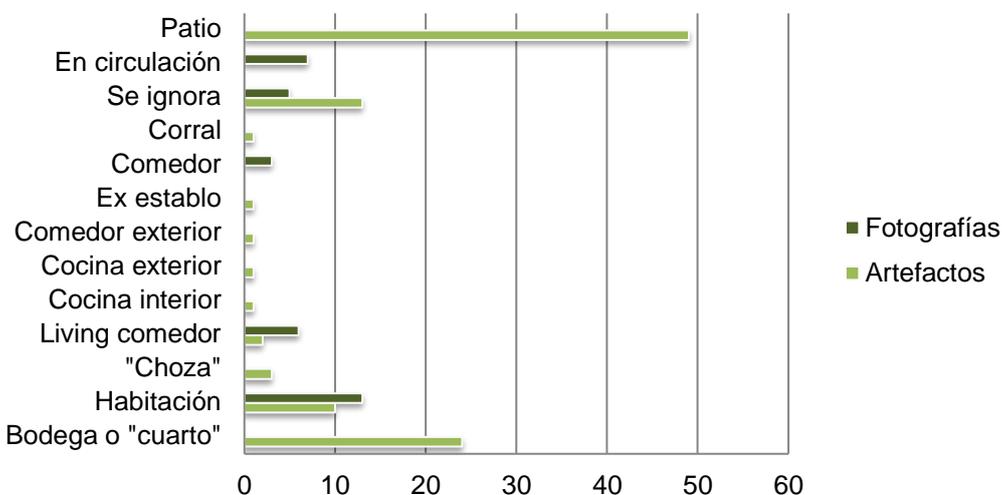


Gráfico 1. Emplazamiento de artefactos y fotografías.

No parece haber criterios definidos que permitan asociar tipo de artefactos a recintos específicos. Los artefactos emplazados en los recintos fuera del área habitacional propiamente tal –habitaciones, living comedor, cocina interior, comedor- no presentan asociaciones identificables con los distintos tipos de unidades en que se distribuyen – bodegas o cuartos, corrales, “choza”, “ex establo” salvo algunas las asociaciones funcionales: es así como encontramos una parte de los artefactos para procesamiento de alimentos generalmente en las cocinas, interiores o exteriores; las herramientas de trabajo –agrícola, construcción y otros ítems relacionados- por su parte, no se encuentran al interior de las áreas habitables de las casas, como habitaciones, living, comedor o cocina, sino que se presentan mayormente en el exterior, en patios y bodegas.

Las fotografías se presentan bastante más circunscritas en su emplazamiento: como podemos observar en el Gráfico 1, éstas se ubican invariablemente al interior de las viviendas, en las unidades habitación (n=13), living-comedor (n=6) y comedor (n=3). Siete fotografías no fueron adscritas a lugares concretos por parte de los informantes, pues según lo que se desprende de la información entregada por ellos, éstas se encuentran en activa circulación en cuanto a lugares y depositarios, pues dentro de una misma familia van pasando de mano en mano. Las cinco fotografías restantes son de un mismo propietario, quien no señaló su ubicación en la unidad doméstica. Respecto a la visibilidad de este registro, encontramos un 30% visible en áreas de living-comedor. Las fotografías invisibles constituyen el 70% de los casos; la mitad de ellas se ubica en la unidad habitación, y la otra mitad presenta emplazamiento no informado, pero siempre al interior de la vivienda. Hubo dos informantes que señalaron poseer conjuntos de fotografías “antiguas”, familiares, que por haber permanecido mucho tiempo en el exterior, a la intemperie, se deterioraron quedando totalmente dañadas. Uno de estos conjuntos estaría posiblemente asociado a la explotación de sal en el Valle de la Luna,

pues la informante y su familia vivieron y trabajaron allí. Este conjunto aparentemente “se olvidó” cuando la casa en la que se encontraba fue deshabitada (al menos temporalmente), y al volver por ellas ya estaban demasiado alteradas. El otro conjunto fotográfico, patrimonio de la familia de un industrial azufrero y pionero en el turismo local, por descuido de uno de los nietos del ya fallecido empresario, fue puesto en el patio de la vivienda durante un lapso de tiempo suficiente para que la lluvia lo dejara inutilizado.

Tal como se anunció anteriormente, *visibilidad* y *uso* son categorías de trabajo que para el caso de los artefactos han presentado una adscripción a lo menos compleja, donde los estatus de visibilidad, invisibilidad, uso y desuso constituyen cualidades relativas al observador, y mutables en función de la circunstancia. Para clasificar los objetos en función de su visibilidad, consideré invisibles los objetos emplazados en unidades de la vivienda consideradas de baja afluencia de gente, como por ejemplo bodegas y habitaciones, y también los objetos que indistintamente de la unidad en que se emplacen, se encuentran guardados dentro de otros soportes (por ejemplo, cajones, carpetas, cajas, etc.). Como *semivisibles* fueron considerados los objetos emplazados en unidades de las viviendas consideradas como de mayor afluencia de gente, como living, comedor o patio cuya visibilidad se encuentra obstruida parcialmente, lo que dificulta su apreciación. Los objetos *visibles* por su parte corresponden a objetos expuestos deliberadamente, y a objetos emplazados en áreas de mayor afluencia, cuya visibilidad no se encuentra obstruida, pero pese a lo cual pueden pasar muy desapercibidos para un observador. En consecuencia, de los 107 objetos registrados para el ámbito familiar, encontramos cerca de la mitad *invisibles* (n=51) y un acotado número *semivisibles* (n=15). Los objetos *visibles* (n=39) se encuentran en su mayoría en el patio (n=34), y de ellos 15 están expuestos, todos los que pertenecen a una misma familia, y se disponen formando una colección (ver Figura 7, izquierda). Este único contexto *curatorial* se compone de botellas de vidrio antiguas, una romana, barrenos, teteras de lata y enlozadas, bidones de agua y aceite, espuelas, frenos de algún animal, planchas de hierro, entre otras varias cosas. Se trata de los mismos objetos que se presentan en el resto de los contextos registrados, pero que aquí adquieren una nueva presencia. Pero este montaje no ha sido elaborado por un atacameño, sino por un *afuerino* casado con una atacameña, quien con un interés muy personal por las cosas antiguas, recolectó los objetos dispersos de la casa familiar atacameña y los reinstaló con el resultado que podemos apreciar en la imagen.



Figura 7. Conjuntos de artefactos en el ámbito familiar. Izquierda, colección de la familia Pirca Cabezas, Poconche. Derecha, objetos en el patio de doña Mirta Ramos, Coyo.

2. Biografía social

Reconstruida a partir de lo que cuentan los informantes y de las *marcas* que en ellos han inscrito el tiempo y el uso, sabemos que la biografía social de fotografías y artefactos siempre será una perspectiva parcial, fragmentaria y en gran medida contingente, puesto que se encuentra íntimamente ligada al contexto en que hoy se sitúa cada objeto. Estos fragmentos, recogidos y reorganizados bajo la óptica de mi trabajo, han conformado lo que podríamos llamar *trayectorias de vida* comunes, donde el punto de llegada es lo revisado en los ítems anteriores. A partir de allí, y en muy distinta medida según la naturaleza de cada objeto, ha sido posible identificar algunos *hitos* medulares relacionados con la fabricación, circulación y uso de estos dispositivos. Por su naturaleza, el registro fotográfico se nos presenta menos divergente que el artefactual, puesto que este último congrega artefactos de índole tan variada que se vuelve difícil de describir conjuntamente.

2.1. Fotografías

Autoría. La autoría de las imágenes del conjunto estudiado es un dato desconocido en alrededor del 70% de los casos. Los autores que con certeza se reconocen se inscriben dentro del ámbito institucional, particularmente en los museos Indígena y Atacameño del Alto Loa y Museo de Historia Natural y Cultural del Desierto de Atacama, recintos depositarios de la obra de Reinaldo Lagos, profesor universitario aficionado al folclore y la etnología de la zona, intereses que lo llevaron a retratar los pueblos atacameños durante las décadas de 1960 y 1970. En el segundo museo mencionado, encontramos además fotografías de Justo Ballesteros Ávila “destacado Calameño, minero, explorador de los recursos naturales de la zona, ex alcalde de Calama, dedicó su vida al servicio público, inició exploraciones en busca de petróleo, pasos camineros para la integración con Argentina, Colaborador del Museo de Historia Natural de Calama”.⁷ Es posible que gran parte de las fotografías registradas en el Museo Arqueológico R. P. Gustavo Le Paige SJ sean obra del sacerdote Le Paige, pero tal información no aparece consignada en el archivo, por lo que salvo dos imágenes tomadas por el fotógrafo Federico Waelder⁸, el resto es de autoría desconocida. Dentro del ámbito comercial hallamos 13 fotografías atribuidas a la “familia Yutronic” (Vilches et al., 2014a); estas imágenes son réplicas hechas en base a negativos prestados por la descendencia de dicha familia al dueño de uno de los cafés estudiados: se trata sobre todo de tomas de paisajes de la región atacameña y sus alrededores. En el ámbito familiar, por el contrario, casi la totalidad de las fotografías son de autor desconocido; algunos informantes presumen que las capturas fueron hechas por fotógrafos de oficio, itinerantes o bien sacadas en Antofagasta. Pese a que las imágenes son principalmente retratos familiares, por lo general se asume que la autoría de éstas no correspondería a las propias familias, que no habrían tenido acceso a cámaras fotográficas. Sólo cuatro imágenes de la familia

⁷ Breve reseña biográfica aportada por Osvaldo Rojas, director del Museo.

⁸ Fotógrafo de origen alemán residente en Antofagasta, que trabajó como colaborador en el diario “El Mercurio de Calama” durante la década del 70’.

Siáres de San Pedro de Atacama, son atribuidas por su propietaria “probablemente a Abaroa”⁹.

Lugar de toma. En 102 casos fue posible identificar el lugar de toma de las fotografías, ya sea gracias a información aportada por el dueño o informante de la foto, o porque estuviera escrito en la fotografía misma, como se puede apreciar en la Figura 8. La mayoría de las fotografías (n=56) fueron tomadas en el pueblo de San Pedro de Atacama, incluyendo sus ayllus. Los ayllus identificados fueron Conde Duque, Quito, Séquitur, Catarpe, Coyo y Solcor. En localidades cercanas a San Pedro (Guatin, Machuca, Rio Grande, Puripica y pueblos del área del Salar de Atacama) fueron tomadas 26 fotografías. En Calama y alrededores fueron tomadas 12 fotografías, mientras que en Antofagasta sólo 2. En Estación Polapi¹⁰, cerca de Ollague, fueron tomadas 4 fotografías. Dos fotografías están registradas como pertenecientes a Salitreras, una de ellas en la oficina Pedro de Valdivia, mientras que la otra no tiene la referencia exacta. En el resto de las fotografías (n=38) no fue posible identificar el lugar de toma.

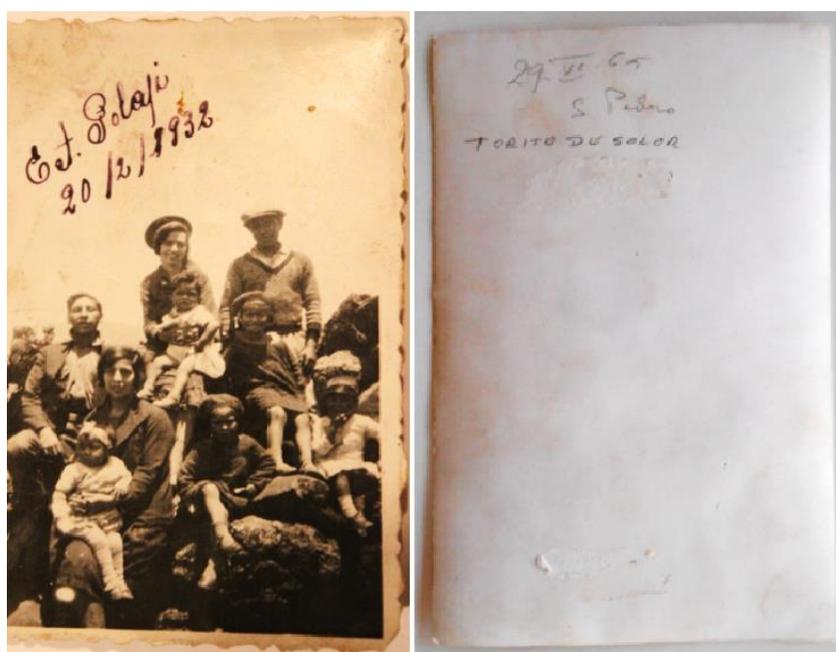


Figura 8. Lugar de toma inscrito en las fotografías. Derecha, Museo de Historia Natural y Cultural del Desierto de Atacama; Izquierda, Museo Arqueológico R.P. Gustavo Le Paige.

Año de toma. En la gran mayoría de los casos (n=84) no fue posible identificar el año de toma. En el resto, la información fue aportada por el dueño o informante de la foto en el momento del registro de los datos, entregándose una fecha estimativa. En un escueto número de casos la fotografía tenía anotado en su reverso o anverso la fecha exacta de toma. Para fines de este análisis, la fecha de toma se agrupó según décadas, como se muestra en la Tabla 3. Las fotografías que poseían año de toma exacto provienen

⁹ Se trata de Eduardo Abaroa, comerciante y empresario boliviano, nacido en San Pedro de Atacama en 1838, es recordado como héroe de dicha república por su participación en la Guerra del Pacífico. Estuvo ligado al negocio de importación de ganado argentino.

¹⁰ Estación desmantelada que era parte del recorrido del Ferrocarril Antofagasta Bolivia (FAB), donde se cargaba llareta y azufre. Se encontraba entre Estación San Pedro y Estación Ascotán.

mayoritariamente de museos (n=26), en particular de los museos Indígena y Atacameño del Alto Loa y de Historia Natural y Cultural de Calama. La mayoría de ellas corresponde a la obra de Reinaldo Lagos, que se concentra en la década de 1970, que como podemos apreciar es el lapso temporal con más fotografías (n=18). La década de 1950 es el siguiente rango temporal donde se concentra el conjunto, que proviene mayormente del Museo Arqueológico R. P. Gustavo Le Paige SJ (n=7) y en menor medida del Museo de Historia Natural y Cultural del Desierto de Atacama (n=3) y del ámbito familiar (n=2). Las décadas de 1930 y 1940 concentran imágenes procedentes sobre todo del ámbito familiar (n=11), aunque en cinco de ellas la fecha de toma es estimativa, aproximada por el informante. En los extremos del siglo encontramos la menor cantidad de imágenes: las décadas de 1910 y 1980 se encuentran ausentes del registro, mientras que en la década de 1990 encontramos sólo una fotografía. En el ámbito comercial las fotografías no registran año de toma, lo que refuerza la idea de que en este tipo de contexto los dispositivos materiales son seleccionados por su dimensión estética, cuando esta proyecta un referente de lo antiguo. A pesar de que las fotografías de este ámbito son reproducciones modernas, lo antiguo se visibilizaría en el color, pues como se precisará más adelante, todas ellas son en blanco y negro o sepia.

Año de toma	N	Porcentaje
1900-1909	4	2,8%
1910-1919	0	0%
1920-1929	3	2,1%
1930-1939	6	4,2%
1940-1949	7	5%
1950-1959	12	8,5%
1969-1969	5	3,5%
1970-1979	18	12,8%
1980-1989	0	0%
1990-1999	1	0,7%
Desconocido	84	60%
Total	140	100%

Tabla 3. Año de toma fotografías.

Formato de la imagen. Como es posible apreciar en la Tabla 4, el conjunto se presenta bastante homogéneo en cuanto a tamaño, color y soporte de la imagen, caracterizándose por presentar mayoritariamente tamaño mediano (72%), color blanco y negro (91%) y soporte de papel (90%). Se trata de un conjunto artefactual sencillo en cuanto a características materiales, reportándose ausente, por ejemplo, el uso de recursos alegóricos como coloreado de las imágenes o elementos geométricos adicionales a la imagen misma. De igual modo, el formato *Carte de Visite* está ausente, mientras que se ha registrado una presencia marginal de fotografías en formato *Tarjeta Postal*¹¹ (n=6). Estas seis fotografías proceden del ámbito doméstico y todo indicaría que son originales: se trata en su mayoría de retratos, individuales y colectivos de miembros del grupo familiar. Sin embargo, salvo en un caso, estos dispositivos no

¹¹La *Tarjeta postal* corresponde a un medio de comunicación alternativo a la carta (más barato y con mensajes breves), con un formato estandarizado (incluso en sus dimensiones) que inmediatamente después de su creación (fines del siglo XIX en Europa) se populariza y ultramasifica. Debido al contenido visual que presenta, rápidamente se vuelve más popular por la imagen contenida, pasando incluso a ser objeto de interés de coleccionistas (Alvarado y Mason 2004; Guereña 2005).

estarían destinados a la circulación por correspondencia, ya que tres de ellos no presentan ningún tipo de inscripción en el reverso, y de las tres que sí presentan, hay dos que claramente no están destinadas a un interlocutor: una reza “mi retrato 1929” y la otra “6 de noviembre 1949 San Pedro de Atacama”.

Tras efectuar cruces entre estas variables se observan algunas asociaciones a destacar: todas las fotografías que presentan tamaño *muy grande* (n=9) se encuentran enmarcadas, lo que indicaría una doble intención de hacer visibles y notorias estas imágenes. Casi todas las fotografías que presentan este tamaño (n=7) son reproducciones, y con certeza 4 son ampliaciones. Todas las fotografías con tamaño *muy grande* son asociables a la arriería, representando temáticas como el “baile del Torito” y la Familia Abaroa. En el caso de las fotografías en color *sepia* (n=6), éstas son casi todas reproducciones, con tamaños *grande* (n=3) y *muy grande* (n=2), y en su mayoría (n=5) se encuentran enmarcadas y visibles en los ámbitos doméstico y comercial, con temáticas asociables a la arriería (n=3) y al salitre (n=2). Como vemos, pocas son las imágenes que cuentan con estas características visualmente hiperbólicas, y todas ellas nos remiten sólo a dos universos significantes: por una parte, escenas emblemáticas de trabajo arriero y su derivada folclórica en el baile “El Torito”, y el igualmente emblemático –pero más lejano- tópico del salitre.

		N	Porcentaje
Tamaño¹²	Chico	1	0,7%
	Mediano	101	72,1%
	Grande	29	20,7%
	Muy grande	9	6,4%
	Total	140	100%
Color	Blanco y negro	129	91,4%
	Colores	5	3,5%
	Sepia	6	5,4%
	Total	140	100%
Soporte	Papel fotográfico	126	90%
	Cartulina	6	4,2%
	Tarjeta postal	6	4,2%
	Retrato pintado	2	1,4%
	Total	140	100%
Bordes	Recto	91	65%
	Recortado a mano	3	2,1%
	Zigzag	43	30,7%
	Se ignora	3	2,1%
	Total	140	100%
Margen	Con margen	80	57,1%
	Sin margen	57	40,7%
	Se ignora	3	2,1%
	Total	140	100%

Tabla 4. Formato de la imagen.

¹² La clasificación en rangos de tamaño se efectuó con posterioridad a la toma de datos, dando lugar a las siguientes categorías: *Chico* (30-39mm); *Mediano* (40-159mm); *Grande* (160-300mm); *Muy Grande* (350-500mm)

Soporte del objeto-foto. Los soportes registrados corresponden a cinco tipos: archivador, caja, enmarque, bolsa plástica y sobre de papel. Como podemos observar en la Tabla 5, el soporte más utilizado corresponde al archivador, preferentemente en los museos. Otro soporte recurrentemente usado es la caja, que predomina en el Museo Arqueológico R. P. Gustavo Le Paige SJ. El archivador es el soporte en que se sitúan todas las fotografías de las instituciones administradas por el sr. Osvaldo Rojas, quien ha organizado y clasificado sus colecciones fotográficas en función de los fotógrafos y de los lugares de toma de las fotografías. Es así como todas las fotografías relacionadas con la ciudad de Calama, o con la actividad salitrera, por ejemplo, las encontramos en el Museo de Historia Natural y Cultural del Desierto de Atacama, mientras que las fotografías que retratan gentes y paisajes del Alto Loa y alrededores se encuentran en el Museo Indígena y Atacameño del Alto Loa. El soporte caja, empleado preferentemente en el Museo Arqueológico R. P. Gustavo Le Paige SJ, por el contrario, contiene fotografías sin clasificación ni referencias que permitan un análisis sistemático del conjunto: dentro de las cajas se encuentran incluso nuevos sub-soportes, como otras cajas y álbumes, así como reproducciones de una misma imagen repartidas entre distintas cajas. El enmarque, por su parte, es el soporte por excelencia del ámbito comercial, y es también utilizado predominantemente en el espacio doméstico. En este último encontramos presente también el empleo de bolsas plásticas y sobres de papel individuales para aquellas fotografías que no están expuestas, pero que desean ser conservadas con cuidado, así como para las fotografías que se encuentran en circulación dentro de los grupos familiares. Al parecer se trataría de una medida doméstica de “conservación” de estos objetos.

	Soporte	N	Porcentaje
Ámbito comercial	Enmarque	19	100%
	Total	19	100%
Ámbito familiar	Caja	1	2,9%
	Enmarque	12	35,2%
	Bolsa plástica	6	17,6%
	Sobre de papel	8	23,5%
	Marco de cartón	2	5,8%
	Carpeta	5	14,7%
	Total	34	100%
Ámbito institucional	Archivador	52	59,7%
	Caja	33	37,9%
	Enmarque	2	2,2%
	Total	87	100%

Tabla 5. Tipos de soporte del objeto foto según ámbito de procedencia.

A partir de la observación de la Tabla 5 se desprende que 33 fotografías se encuentran enmarcadas. En el ámbito comercial se registran 9 marcos. En el café Iko Iko hay un gran marco que contiene varias fotografías (todas en el mismo formato de impresión), mientras que los cuatro restantes tienen una fotografía cada uno, y no tienen vidrio. Esta ausencia de vidrio se debe a que las fotografías de estos cuatro marcos fueron recortadas de diarios, mientras que las fotografías que están en el marco con vidrio son fotografías análogas, mandadas a revelar por el propietario. La discriminación en el tratamiento de las fotografías nos hace patente la intención de cuidar algunas por sobre otras. En el café El Peregrino, en tanto, las cuatro fotografías expuestas se enmarcan en cuatro marcos iguales de madera con vidrio, pero de factura industrial.

Por otro lado, en el ámbito privado se registraron 8 marcos, 6 de madera, 2 de cartón (los únicos de este ámbito que no tienen vidrio) y 1 de plástico. Este último contiene dos de las fotografías registradas, mientras que los otros tienen una fotografía cada uno. Curiosamente las dos imágenes que se enmarcan en plástico son fotografías a color, lo que podría constituir un indicio de asociación entre materiales y técnicas más modernas (imágenes a color con marco plástico) versus otras más antiguas (imágenes en blanco y negro con marcos de madera). Finalmente, en el ámbito institucional encontramos dos marcos de madera con vidrios antirreflejo, con una fotografía cada uno, pero que temporalmente se encuentran fuera de exposición: una de ellas muestra ganado pastando en la ribera del río Loa, y está fechada en el año 1950, y la otra es un retrato oficial de la familia Abaroa, capturado en un espacio interior, con todos los sujetos vistiendo de manera elegante según la costumbre de la época.

Reproductibilidad. El conjunto fotográfico presenta 57 fotografías en las que no es posible determinar si se trata de originales o reproducciones posteriores de la imagen. Estas fotografías con estatus indeterminado corresponden en su totalidad al Museo Arqueológico R. P. Gustavo Le Paige SJ, ya que en esta institución no fue posible contar con informantes que aportaran datos sobre las fotografías, a diferencia de todos los otros lugares donde se efectuó el registro. Pese a ello, es presumible que en su gran mayoría sean originales. De las fotografías en que fue posible consignar el estatus, 40 corresponden a originales, mientras que 32 fotografías corresponden a reproducciones a partir de la original. De estas 32, 4 corresponden con certeza a ampliaciones.

*Conservación*¹³. En general el conjunto presenta buen estado de conservación. La mayor parte de las fotografías presentan *buena* conservación (n=121), mientras que una parte minoritaria presenta conservación *regular* (n=16) y *mala* (n=3). En términos de conservación según procedencia se observa una similar distribución en el conjunto general, teniendo el subconjunto procedente de los museos una conservación levemente mejor que otros subconjuntos.

¹³ El estado de conservación de las fotografías se clasificó en tres categorías de acuerdo a los siguientes criterios: *Buena* si la fotografía no presenta rasgos significativos de deterioro; *Regular* si la fotografía presenta leves rasgos de deterioro, y *Mala* si la fotografía presenta marcados rasgos de deterioro.

Huellas de uso. Únicamente 10 fotografías presentan estas alteraciones, que corresponden a roturas en la película fotográfica, manchas de líquidos y otros sedimentos, y desteñido, como se puede apreciar en las fotografías de la Figura 9. Si bien esto indicaría escasa manipulación del registro fotográfico en general, no es posible afirmarlo con demasiada certeza debido a la incierta tasa de reproductibilidad del conjunto estudiado.



Figura 9. Huellas de uso en fotografías. Museo Arqueológico R. P. Gustavo Le Paige SJ.

Anteriores propietarios. Con respecto a la historia de la propiedad de las fotografías, en la mayoría de los casos (42%), se desconoce si existieron anteriores propietarios (Tabla 6). Estas fotografías provienen del Museo Arqueológico R. P. Gustavo Le Paige SJ, ya que como se mencionó previamente, no fue posible contar con información cualitativa al respecto. En el resto del conjunto, donde fue posible contar con informantes que refirieran la historia de propiedad de las fotografías, observamos que el 17% registra un propietario anterior, el 37% registra dos propietarios, y sólo el 1,4% registra más de dos propietarios. Sin embargo, es necesario poner una nota de cautela en estos datos, ya que debido a la fácil reproductibilidad de la imagen fotográfica en varios e infinitos nuevos soportes, existe una historia de propiedad de la fotografía como objeto que es diferente a la historia de propiedad de la imagen fotográfica. A causa de esto, en una indeterminada cantidad de casos, no es posible dirimir si lo que ha circulado es el objeto foto o si es sólo la imagen fotográfica.

	N	Porcentaje
Se ignora	60	42,8%
1 propietario	25	17,8%
2 propietarios	53	37,8%
Más de 2 propietarios	2	1,4%
Total	140	100%

Tabla 6. Historia de propiedad fotografías.

Inscripciones. La presencia de marcas o inscripciones se observa asociada a 60 fotografías (ver Figura 10). De estas, 52 pertenecen a museos, 6 a fotografías familiares, y 2 al ámbito comercial. Las inscripciones corresponden a escritas a mano, escritas a máquina o computador, a la marca del papel fotográfico en que se imprimió la imagen, y a timbres de la casa fotográfica donde se efectuó el revelado. Las inscripciones en anverso (n=3) se encuentran en las fotografías de los ámbitos comercial e institucional. En el primer caso, se ubican en el margen de la fotografía (inferior en un caso y al costado derecho en el otro), pero no es posible identificar qué dicen. En el segundo caso, se encuentran escritas a mano sobre la fotografía, indicando lugar y fecha de toma de la fotografía. En el caso de las inscripciones en el reverso de las fotografías (n=57), buena parte corresponden a la fecha de captura de las imágenes. En algunas de las fotografías pertenecientes al Museo Indígena y Atacameño del Alto Loa se aprecia el uso de timbre para estampar el año de toma de la imagen, pero también para plasmar otras leyendas: algunas de las inscripciones ponen “El Mercurio de Calama” y “Emilio Mendoza Cruz” (ambas en la misma fotografía). Según relata el informante Osvaldo Rojas, Emilio Mendoza Cruz era quien revelaba las imágenes para Reinaldo Lagos. El timbre de “El Mercurio de Calama”, probablemente indique que la fotografía fue tomada para el diario, idea que se ve reforzada por un recorte de diario pegado en el reverso que reza “Los pueblos del interior se encuentran aislados por falta de locomoción adecuada”, inscripción que se condice con la imagen que muestra a personas viajando sobre un camión que carga llareta. Otro tipo frecuente de inscripción indica lugar y/o año de toma de la imagen, por ejemplo: “Río Loa, 1902, ‘Calama’”, “Plaza Calama”, “Est. Polapi. 20/2/1932”. Otras inscripciones detallan un poco más el contenido de la imagen, por ejemplo: “Campamento y gallada de la azufrera. 15-XI-1942”, “Fundadores de Calama ‘Abaroa’. Río Loa, 1902”. En el ámbito familiar circulan algunas pocas fotografías con dedicatorias en el reverso o donde se aportan datos sobre las personas fotografiadas.



Figura 10. Ejemplos de inscripciones asociadas a fotografías

Explicitando algunas trayectorias comunes

Como resulta fácil apreciar, gran parte de nuestro conjunto fotográfico presenta lugares oscuros, tanto en lo referente a las circunstancias de su producción como a las de su circulación a través del tiempo. Esta cuestión está particularmente marcada en las fotografías del ámbito comercial, que no registran año de toma, autoría, así como tampoco una relación muy clara respecto a su circulación, porque lo que en estos casos ha circulado es la imagen: escenas y paisajes de la región atacameña. Pero quedamos absolutamente ignorantes respecto a los dispositivos materiales sobre los que fueron plasmadas estas imágenes en su origen. Sin embargo, todos estos “silencios biográficos” no perturban de ningún modo la función estética a la que estas fotografías están destinadas: ser una impresión visual de un tiempo pasado.

El contexto de las fotografías de los museos, particularmente del Museo R. P. Gustavo Le Paige SJ, por el contrario, es más problemático. Incorporadas en los archivos como artefactos sobre los que se inscribe la historia -alguna parte de esta-, no deja de ser curiosa la falta de información en lo que respecta a sus biografías sociales. Si bien podría resultar comprensible la ausencia de registros relacionados con su historial de circulación, lo que resulta verdaderamente llamativo es la ausencia de datos que permitan comprender sus circunstancias de elaboración, al menos lo referente al autor, año y lugar de toma. Por sobre el incansable deseo occidental de trazar una historia lineal con referentes temporales y materiales absolutos, circulan estos objetos precisamente desanclados de esta exigencia. Lo anterior, sumado a la falta de prácticas de organización y conservación museográfica sobre estos dispositivos, apuntaría a especular que su potencial como archivo no ha sido plenamente considerado en el quehacer museográfico regional.

En el ámbito de lo familiar, las fotografías presentan un comportamiento heterogéneo en varios aspectos formales. Pero más allá de esto, parecen establecerse relaciones similares entre los distintos propietarios de este ámbito y sus fotografías: se trata de objetos con un gran valor familiar, pero cuya relevancia no se refleja necesariamente en su situación de exposición. No son muchas las fotografías que están visibles, pero las que no están expuestas se encuentran celosamente guardadas: incluso algunas de las fotografías expuestas son copias, cuyos originales se encuentran guardados. Pocas son las fotografías que registran en su mismo soporte material información como el año y lugar de toma, en tanto que la autoría es casi totalmente desconocida. Tanto la invisibilidad de este conjunto como la falta de información precisa respecto a las circunstancias de toma de las fotografías parece manifestar que ellas no están destinadas a cumplir una función estética como tampoco a inscribirse como archivos, fuentes de información, hitos temporales, ni siquiera en su dimensión familiar. Por supuesto que estos dispositivos cumplen una función rememorativa, en tanto evocan de una u otra manera una historia pasada, pero me parece se pueden vincular más estrechamente con otro tipo de funciones, relacionadas con su contenido iconográfico, que es lo que se pasará a revisar a continuación.

Las imágenes fotográficas.

Como ya se ha adelantado, en general existen bastantes similitudes en las capturas realizadas en los ámbitos comercial e institucional: se trata mayormente –pero no exclusivamente- de tomas que podrían agruparse en dos grandes categorías: *paisajes* y *actividades*. Los *paisajes* muestran hitos de la naturaleza, como volcanes, pero se trata también de paisajes culturales: pueblos, iglesias, calles, campos o terrazas de cultivos, entre otros. Las *actividades* se relacionan con el quehacer humano: agricultura, ganadería y pastoreo, transporte, y también con la escena festiva local: desfiles, bandas de música y bailes. Sin embargo, pese a estar presente en muchas de estas imágenes, el humano no es un aspecto central: se mantiene en segundos planos, o adquiere importancia en tanto ejemplifica o resalta los temas que el fotógrafo ha querido retratar. Una significativa distinción puede hacerse entonces respecto a las fotografías del ámbito familiar, donde la figura humana presenta una superlativa importancia. Se trata mayoritariamente de retratos de familia, individuales o grupales, donde él o los personajes representados son centrales en sí mismos. Me parece, además, que en este ámbito la fotografía adquiere importancia en tanto dispositivo de auto representación del retratado. La pose, la indumentaria y el entorno indican que no se trata de fotografías casuales ni espontáneas, sino instancias cuidadosamente elaboradas, donde no se desarrollan actividades ni se presentan otros elementos que distraigan la atención de la figura humana. Cuerpos erguidos, mirada a la cámara, talante serio. Se resalta la individualidad, la singularidad del retratado, quien viste correctamente, en algunos casos con atuendo *formal* o *elegante*. Se trata de una pose occidentalizada, donde en algunos casos se refuerza la vinculación con las instituciones chilenas, por ejemplo, en las fotografías de jóvenes vestidos de militares. Quizá el caso más patente de esta imagen occidentalizada se encuentra en una muy antigua fotografía, el retrato de cuatro mujeres con fuertes rasgos indígenas pero vestidas y peinadas a la usanza criolla (Figura 11). La fotografía fue tomada en una construcción de adobes con piso de tierra: sobre el muro de adobe se extendió un telón negro, que no alcanza a esconder del todo el real contexto rural de la captura.



Figura 11. Cuatro mujeres atacameñas. Ámbito familiar. Autor y año desconocido¹⁴.

La importancia de la vestimenta en el mundo atacameño es una cuestión que no debe ser subestimada. Un ejemplo de ello se encuentra en el marco del levantamiento indígena liderado en Atacama por Tomás Paniri en 1781. En una de las fuentes documentales se relata cómo dos capitanes indios de Paniri mandan a que las españolas y mestizas de Calama y alrededores:

“se pusiesen en traje de Yndias con Urcos y Alpargatas para quando viniesen su Capitan General Thomas (sic) Paniri y que de lo contrario morirían sin remedio produciendo que ya no había Dios a quien apelar ni María Santísima a quien interceder”. (Hidalgo, 1982, p. 218)

El caso de la rebelión podría visualizarse como una suerte de opuesto simétrico al de la fotografía: en la primera situación se viste a las mujeres hispanas a la usanza indígena, obligadas bajo pena de muerte, en lo que se configura como un emblema que reivindica el prestigio de lo indígena (Hidalgo, 1982, p. 218), en medio de la violenta situación colonial a la que están sometidos los indios. Mientras que en el segundo caso, las mujeres atacameñas se fotografían voluntariamente adoptando un traje hispanizado, quizá con la intención de identificarse con el segmento de población más exitoso dentro de esta nueva dinámica republicana, nacionalista y capitalista en la que están inmersas.

En términos de reproductibilidad y circulación, las imágenes más sensibles de ser reproducidas son las que grafican escenas agrícolas y tomas del pueblo de San Pedro de Atacama. Estas imágenes son características del ámbito comercial, pero también se registran a nivel institucional. La fotografía de Luis Barboza (ver Figura 12 izquierda) arando es casi un emblema local: es una fotografía que se registró en el Museo Arqueológico R. P. Gustavo Le Paige SJ, con un pie de foto que reza “Luis Barboza con su yunta en la siembra de maíz”. Probablemente sea obra del sacerdote, pero es una

¹⁴ La imagen presenta un filtro debido a que su propietario no autorizó su difusión pública.

imagen que ha sido reproducida en al menos tres publicaciones relativas a la historia atacameña, dos de las cuales son recopilaciones breves de historia local, impresas en formato rústico, mientras que la otra es el texto de Lautaro Núñez, “Vida y Cultura en el Oasis de San Pedro de Atacama”, publicado el año 2007, y que presenta un relato académico que aborda la vida humana en el Oasis desde la prehistoria hasta fines del siglo XX.

A nivel doméstico se desprende la existencia de una circulación intrafamiliar de las fotografías antiguas, porque existen fotografías antiguas en soportes nuevos, lo que es indicativo de una reproducción reciente. Estas fotografías son en su mayoría retratos individuales o colectivos. Las únicas imágenes que tienen una circulación interfamiliar, o que circulan entre el ámbito familiar y el institucional son capturas de los bailes religiosos, principalmente del baile “El Torito” (Figura 12, derecha arriba).



Figura 12. Imágenes con mayor reproductibilidad.

2.2. Artefactos

Fabricación. En relación a la manufactura de los artefactos, en primer término, cabe señalar que el conjunto no manifiesta una predominancia demasiado marcada de un tipo u otro, pues si bien prevalece la factura artesanal (48,8%), la factura industrial no es significativamente menor, constituyendo un 40,8% del registro. Cerca del 9% de los objetos es de factura no identificada.

Cierta asociación es posible apreciar entre los artefactos artesanalmente fabricados y las actividades agrícolas, pastoriles y ganaderas: todos los aperos y artículos de montar caballares y mulares (n=25) se inscriben en este ítem, así como las marcas del ganado (n=4), herraduras (n=2), tenazas de herraje (n=2) y barrilitos de hojalata (n=8) para transportar agua durante las jornadas de pastoreo y las travesías arrieras. Para

transportar y almacenar productos agrícolas se registran costales (n=4), una alforja, una talega y una carreta. Otros artefactos agrícolas menos frecuentes son un rastrillo artesanal, un yugo, un arado y una enfardadora de pasto.

Los artefactos de factura industrial se orientan mayormente a las actividades productivas y domésticas; si bien el componente agropastoril y ganadero se visibiliza a través de artefactos agrícolas como dos arados, un tractor, una segadora y picadora de pasto, y pastoriles como dos armas (fusil y carabina), encontramos más representadas otras facetas o requerimientos: 9 son pesas y romanas, 6 herramientas multiuso (picota, combo, barreno, llaves inglesas), 20 de uso doméstico (lámpara parafina, mechero pato, máquinas de coser, cocinas a leña, artefactos enlozados, molino de maíz, un candado con su llave, una radio); para ganado una roldana para pesar carne, un cuaderno, un talonario y un almanaque, y una vitrola y soldadito de plomo y compresor.

Materias primas. Dentro de las materias primas registradas encontramos presentes 16 tipos diferentes: metal, madera, papel, cuero, lana, fibra vegetal, plástico, textil sintético, goma, caucho, cartón, vidrio, hueso, tripas, yeso y adobe (ver Gráfico 2). El metal es el más abundante, encontrándose presente en 137 objetos, 80 de los cuales son íntegramente de esa materia prima. Destaca la escasa presencia de materias primas locales, a pesar del alto grado de factura artesanal de los artefactos. Sin embargo, dentro de éstas materialidades lo más relevado cualitativamente por los informantes dice relación con artefactos fabricados en maderas nativas, como algarrobo y chañar, hecho que ellos destacan y exaltan. Así como llama la atención la ausencia de materias primas locales, también lo hace la ausencia de materias primas sintéticas, que tienen menos de un 7% de presencia en el registro.

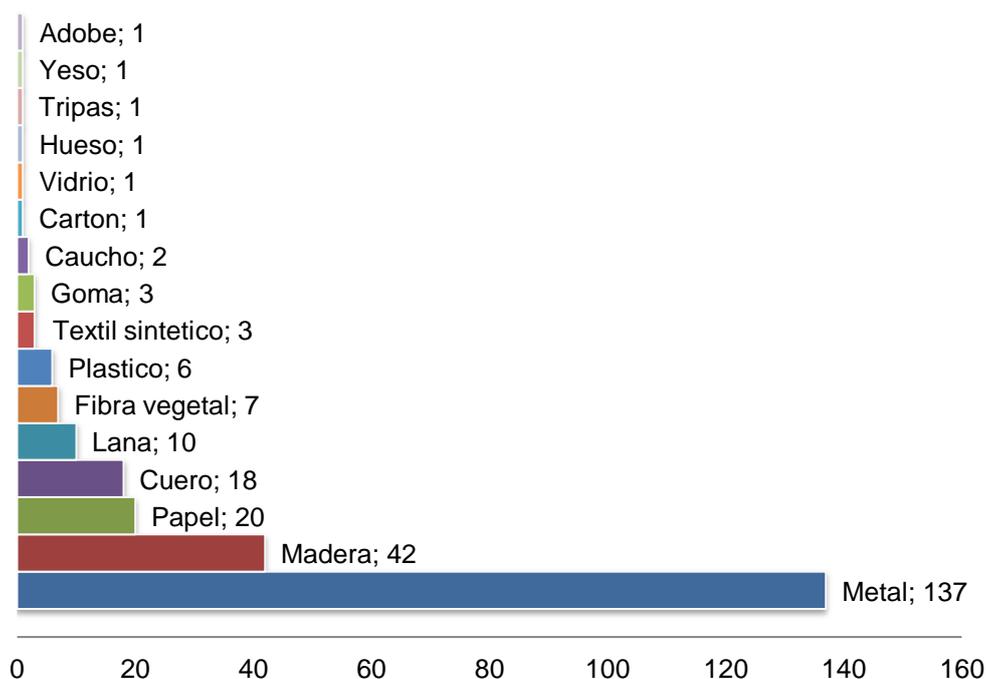


Gráfico 2. Materias primas presentes en los artefactos.

Procedencia. Resulta difícil identificar la procedencia de los artefactos, mucho más que de las fotografías, cuestión que nos está dando cuenta de una circulación más ambigua o ignota. A muy pocos artefactos ha sido posible adjudicar un origen certero: como ya se ha mencionado, una parte de los propietarios los ha adquirido con un fin expositivo, y es precisamente aquí donde se desconoce la *vida previa* de sus objetos. En el resto de los casos, con facilidad se pierde la pista sobre su origen: los objetos que en algún momento de su historia fueron adquiridos por compra, principalmente los de factura industrial, se asocian imprecisamente a Calama, “Chuqui”¹⁵, Antofagasta, Santiago, y en un caso a “la pulpería de los Yutronic”. Más claridad existe en el caso de los artefactos artesanalmente fabricados, pues en más de 20 casos se logra identificar al fabricante, quien usualmente es un familiar, aunque no siempre. En estos casos se mencionan como lugar de procedencia San Pedro de Atacama, Socaire, Machuca, Rio Grande Catua (Argentina) y las Salinas del Valle de la Luna.

Conservación. La mayor parte del registro artefactual presenta conservación regular (49%), seguida de buena conservación (41%), mientras que una fracción menor presenta mala conservación (9%). Dado que la materia prima por excelencia es el metal, dentro de los principales rasgos que desfavorecen la conservación del conjunto encontramos el óxido y las abolladuras presentes en muchos de estos artefactos.

Adquisición. Como se observa en el Gráfico 3, en términos comparativos, el registro artefactual presenta más tipos de adquisición diferente, primando la herencia, que proviene principalmente del ámbito familiar, pero también del comercial. En segundo lugar encontramos la compra, que se concentra en el ámbito institucional, pues como ya se ha referido, la colección etnográfica de esta institución fue adquirida vía compraventa a atacameños de los pueblos de Socaire y Rio Grande. En el ámbito comercial también encontramos artefactos adquiridos por este mecanismo, al igual que en el ámbito familiar, pero en este último se trata de casos aislados.

El registro fotográfico presenta significativas diferencias con el registro artefactual, ya que aquí prima como mecanismo de adquisición la donación, que proviene totalmente del ámbito institucional. Este conjunto no registra adquisición por compra, pero en cambio observamos la presencia de una nueva figura, el *préstamo*, que dice relación con dos aspectos relevantes de la naturaleza de este objeto: por una parte, algunas fotografías han sido prestadas para ser *copiada* la imagen, entonces, aunque la producción material de dicho objeto sea gestión directa de su actual propietario, el contenido iconográfico no es original, sino suministrado por otro agente. Por otra parte, este registro presenta una tenencia más controversial en el (ámbito familiar) ya que en algunos casos, no fue posible adscribir la pertenencia a un individuo, sino que se adscribe a la familia (nuclear y extendida), pero dicho estatus de propiedad se presenta de manera ambigua. En estos casos, la fotografía como dispositivo físico, ha transitado por la custodia de varios miembros de una familia, sin que quede claro cuántos, ni si estas custodias temporales son préstamos o cambios de propietario. Del mismo modo, es muy posible que algunas de las fotografías que han sido catalogadas como herencia, sean más bien apropiaciones de estos dispositivos por algún(os) miembro(s) de la familia.

¹⁵ Se refiere a la mina de cobre Chuquicamata.

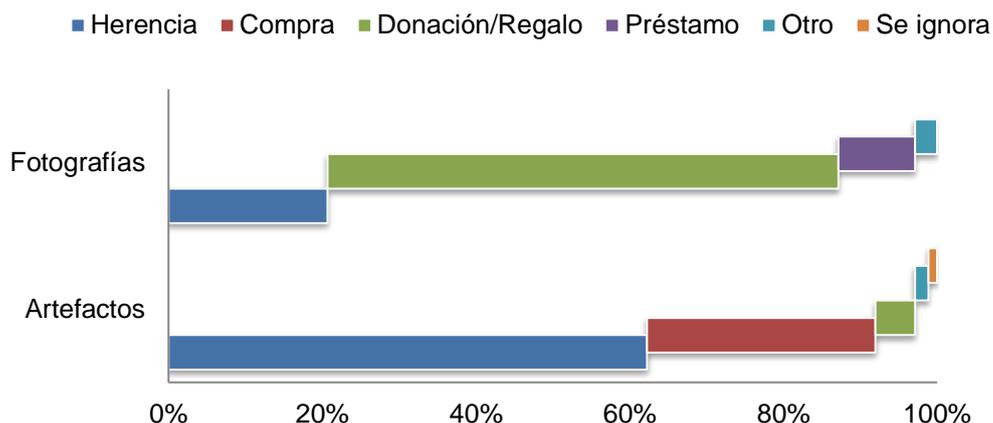


Gráfico 3. Tipos de adquisición.

3. Temáticas asociadas a fotografías y artefactos

Como se aprecia en el Gráfico 4, las cuatro industrias en estudio no manifiestan una presencia demasiado significativa dentro del registro material recabado: solo el 37% de las fotografías están relacionadas con alguna de estas actividades, mientras que para el caso de los artefactos, se trata del 38%. Además, resulta interesante observar que ambos registros manifiestan una presencia similar en relación a cada una de las temáticas; en ambos casos, arriería constituye la industria más representada, seguida bastante de lejos por las tres restantes. Observamos que la minería de sal presenta un registro fotográfico muy reducido, casi ausente, mientras que la extracción de llareta, por su parte, a pesar de que en términos fotográficos se logra visibilizar, en términos artefactuales se muestra muy tenuemente. Sin embargo, algunas de estas cifras deben ser tomadas con cautela; para el caso de la minería de sal, por ejemplo, existe el antecedente que la Asociación Indígena Valle de la Luna posee un archivo fotográfico que posiblemente retrate esta actividad, pero al que no fue posible acceder. Con relación a esta misma industria, existe el antecedente de que la descendencia de Esteban Tomic, empresario ligado a la minería de la sal, conserva maquinaria y otros artefactos usados en las minas, y se baraja la posibilidad de que éstos sean expuestos dentro del circuito turístico del Valle de la Luna, como muestra de las actividades desarrolladas en este lugar.

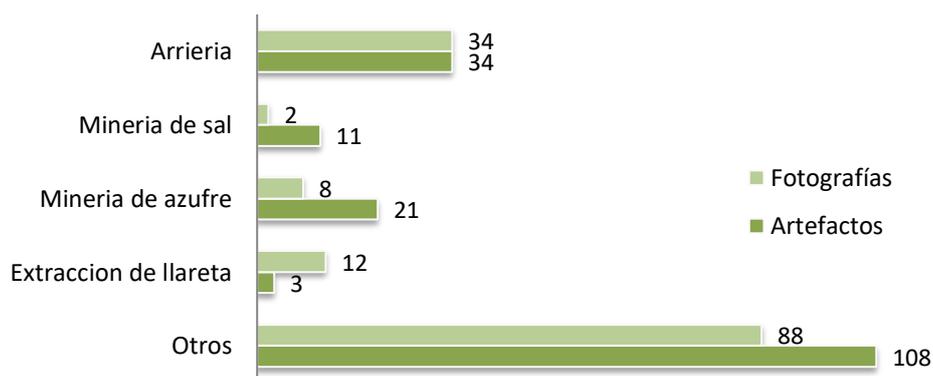


Gráfico 4. Temáticas asociadas a artefactos y fotografías.

Dentro de lo comprendido por la categoría *otros*, encontramos una amplitud de temas, que se hizo necesario incorporar a este registro en tanto constituyen otras esferas significativas de la temporalidad en estudio y de la cultura material atacameña, en muchos casos sugeridas por los propios informantes, destacándose fundamentalmente la actividad agropastoril, que sigue vigente. La predominancia de esta categoría ocurre en cada uno de los ámbitos en estudio, siendo especialmente notoria al interior del ámbito institucional, donde el 89% de los artefactos y el 63% de las fotografías se asocian a esta categoría. Ello se explica en parte, debido a que los objetos no cuentan con una reseña acabada acerca de su historia de vida y contexto de uso previo, por lo que en la mayoría de los casos no se contó con las referencias necesarias para asociar los objetos a temáticas más amplias que su funcionalidad específica. Por contraste, el ámbito familiar expresa una distribución algo más equitativa de las temáticas en estudio, especialmente en el caso del registro fotográfico, pero también en el artefactual.

El ámbito comercial, por su parte, presenta la ausencia total de registro asociado a la minería de sal y la extracción de llareta, mientras que el registro asociado a la arriería es bastante escaso, contando sólo con tres artefactos y una fotografía. Para el caso del registro material asociado a la extracción azufrera, encontramos una cantidad significativa de artefactos (n=12), principalmente implementos de cocina y herramientas, que luego de ser usadas en una azufrera, mantienen su vida útil en un hostel, nueva vocación económica de la misma familia administradora de la azufrera en cuestión.

3.1. Arriería

Los artefactos asociados a la arriería corresponden al 20% del registro (n=34). Como se aprecia en la Tabla 5, estos proceden principalmente del ámbito familiar (n=28), seguidos muy de lejos por los ámbitos comercial (n=3) e institucional (n=3).

	Artefactos	%	Fotografías	%
Ámbito institucional	3	8,8%	20	58,8%
Ámbito comercial	3	8,8%	1	2,9%
Ámbito familiar	28	82,3%	15	44,1%
Total	34	100%	34	100%

Tabla 5. Registro material arriería según ámbito de procedencia.

La adscripción de artefactos a esta temática (Figura 13) se realizó en base a dos criterios principales: si estos pertenecieron a algún arriero y si fueron empleados para alguna tarea vinculada a esta actividad. En el primer caso, encontramos 12 artefactos: una adobera, una vitrola, una máquina de coser, una pesa de toros y artículos para montar (n=8) como estribos, freno de caballo, argolla de amarre para animales, entre otros. En el segundo caso encontramos 19 artículos, que corresponden a barrilitos de hojalata para almacenar agua (n=3), artículos para montar (n=6), marcas de ganado (n=4), una roldana empleada para colgar a los toros al faenarlos, una romana, una enfardadora de pasto, y herramientas varias (n=3). Un tercer caso corresponde a artefactos que pertenecieron a personajes centrales dentro de la industria de internación de ganado vacuno: una carreta que fue propiedad de la firma Patrón Costa, y un yugo de Eduardo Álvarez, reconocido agente de la firma Durán, quien recibía las remesas de toros

procedentes del Noroeste Argentino en San Pedro de Atacama. Finalmente encontramos una pata de toro herrada, conservada por un atacameño “como recuerdo”

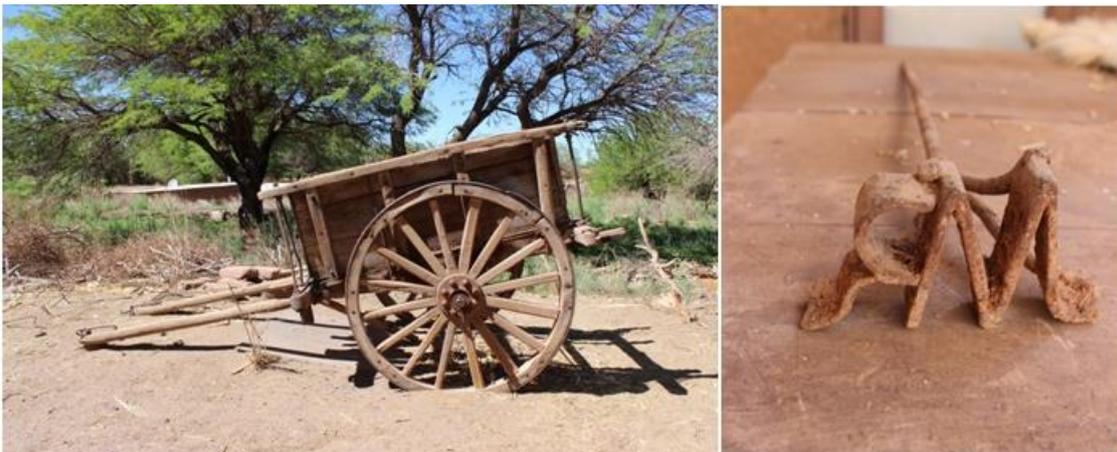


Figura 13. Izquierda: Carreta para el transporte de pasto y productos agrícolas que perteneció a Patrón Costa. Derecha: Marca de ganado con las iniciales MR (Manuel Reta).

El registro fotográfico por su parte presenta 34 fotografías asociadas a la arriería (ver Figura 14), que corresponde al 24,7% del conjunto. Esta asociación se realizó en base al contenido de la imagen, y también a lo que pudieron aportar los informantes. Encontramos entonces fotografías de toros (n=13), del baile “El Torito” (n=9), de la familia Abaroa (n=4), retratos de arrieros (n=4), de camiones utilizados para el transporte de toros (n=2), y finalmente una imagen de un alfalfal y otra donde aparecen aperos para montar. A diferencia del registro artefactual, donde el ámbito institucional tuvo una mínima presencia, en este caso es el ámbito mayoritario (n=20), seguido del ámbito familiar (n=15), mientras que el comercial se encuentra casi ausente (n=1).

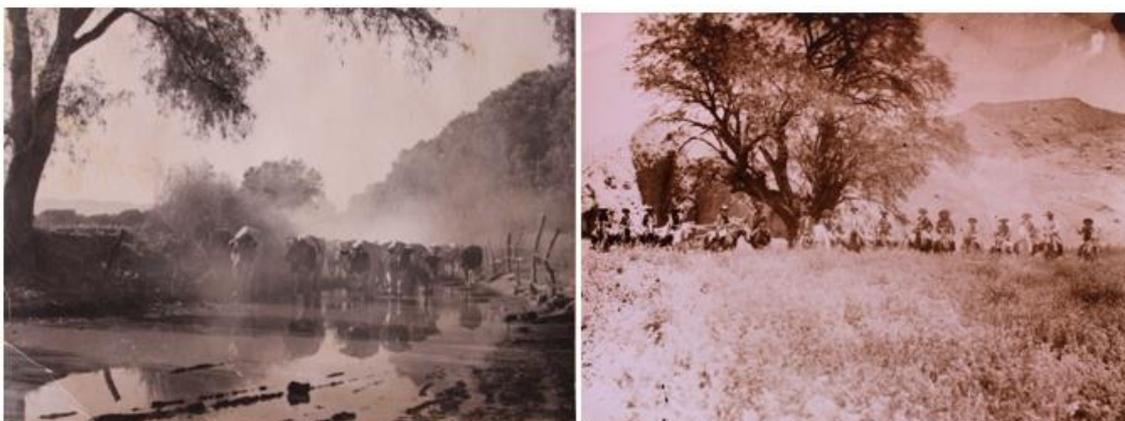


Figura 14. Izquierda: Entrada del ganado al “callejón de toros” camino al matadero de Calama. Autor: Reinaldo Lagos, año desconocido. Museo de Historia Natural y Cultural del Desierto de Atacama. Derecha: Arrieros en Catarpe, autor desconocido.

3.2. Minería de sal

Esta industria mostró una baja presencia material, tanto en lo artefactual como en lo fotográfico. Los artefactos asociados a esta actividad corresponden al 6,5% del conjunto (n=11), en tanto que las fotografías constituyen un 1,4% del total (n=2). Ambos conjuntos se encuentran ausentes del ámbito comercial, concentrándose casi totalmente en el familiar, salvo por un artefacto procedente del ámbito institucional.

	Artefactos	%	Fotografías	%
Ámbito institucional	1	9,01%	0	0%
Ámbito comercial	0	12,5%	0	0%
Ámbito familiar	10	90,9%	2	100%
Total	11	100%	2	100%

Tabla 6. Registro minería de sal según ámbito de procedencia.

Los artefactos asociados son en su mayoría implementos utilizados en las minas de sal, tanto para las actividades productivas, como las domésticas. En el primer caso encontramos un compresor empleado en la extracción del mineral, un combo, un chuzo y una carretilla. En el segundo caso encontramos un barril metálico usado para almacenar agua, una lámpara a carburo, una cocina a leña y una lonchera metálica. Algunos artefactos fueron asociados por pertenecer a personas involucradas en esta actividad, tal es el caso de una cédula de identidad, y un set de documentos pertenecientes al ya mencionado empresario Modesto Escalante. Finalmente encontramos un talonario de la producción diaria de cada obrero (ver Figura 15); si bien fue creado originalmente para el registro de esta información en una azufrera, fue reutilizado años más tarde en las faenas de la sal. La reutilización de este elemento probablemente fuera responsabilidad de Germán Tejerina, trabajador de Escalante, y quien aparece señalado en el talonario como capataz, pues este objeto fue hallado en la casa que perteneció a su hermana, Ana Tejerina.



Figura 15. Talonario azufreras Escondida y Estela.

Las fotografías corresponden a dos retratos, el primero de Modesto Escalante (Figura 16, izquierda), reconocido empresario local, quien dedicó parte de sus negocios a la extracción y procesamiento de este mineral, mientras que el segundo retrato es de un atacameño que trabajó en esta industria (Figura 16, derecha).



**Figura 16. Izquierda: Retrato Modesto Escalante.
Derecha: Retrato Anacleto Corante.**

3.3. Minería de azufre

La actividad azufrera fue asociada a 21 artefactos, en su mayoría vinculados a la azufrera Purico (n=13). Estos son de una sola propietaria, hija de uno de los dueños de la mencionada mina, quien los mantiene en uso en un hostel en el centro del pueblo de San Pedro. Se trata de un conjunto de enseres de cocina enlozados (platos, jarros, panera, ensaladeras) (Figura 17, izquierda), una jabonera enlozada, y herramientas de construcción (tres palas, un combo y una picota). Según su relato, las herramientas fueron bajadas de la azufrera cuando la familia terminó la explotación allí, mientras que los enseres de cocina fueron comprados en grandes cantidades por su padre o su tío en Santiago, para ser usados en Purico. Una parte de estos enseres no fue usada, y permaneció guardado en cajas por varios años. Esta informante señaló que a la muerte de su padre, y por expresa petición suya, quemó todas sus pertenencias, entre ellas muchos documentos relacionados con la azufrera. Dentro de las cosas que no quemó, además de la vajilla enlozada, había frazadas, que regaló, y también amón gelatina, un explosivo usado en la minería, que entregó al retén de carabineros.

Otro conjunto de artefactos corresponde a un set de documentos (n=7) que pertenecieron a Modesto Escalante, el ya mencionado empresario industrial atacameño. Entre ellos se encuentran los siguientes: (1) compraventa hectáreas en cerro Tumiza, (1) patente municipal azufreras cerro Tumiza, (3) Escritura de Saciél, (4, 5, 6, 7) Comunicaciones entre Modesto Escalante e IFMIA (Instituto de Fomento Minero de Antofagasta). Estos documentos se encuentran en poder de uno de sus nietos, quien los conserva en una carpeta, junto a otros archivos y fotografías.



Figura 17. Izquierda: Enseres asociados a la Azufrera Purico. Derecha: Soldadito de plomo encontrado en campamentos azufreros del volcán Putana.

Por último, dentro del registro artefactual asociado al azufre se registra el mismo talonario mencionado para la minería de sal, destinado a las azufreras Escondida y Estela (ver Figura 15), de Modesto Escalante, pero usado en realidad para cubrir este requerimiento en la extracción de sal en la década del 60'. Al margen de estos artefactos, relacionados de una u otra manera con las necesidades materiales de la actividad extractiva, registramos un soldadito de plomo, encontrado por su actual propietario en los campamentos mineros del volcán Putana (ver Figura 17, derecha).

El universo fotográfico, por su parte, se compone de ocho fotografías. Dos de ellas proceden del Museo de Historia Natural y Cultural del Desierto de Atacama, y tienen como autor a Justo Ballesteros Ávila. Estas dos fotografías fueron tomadas en azufreras no identificadas, y ambas retratan personas (ver Figura 18, izquierda). El resto se encuentra en el ámbito familiar, principalmente en manos de la familia Escalante (n=5), que registran a la única planta de procesamiento de azufre de San Pedro de Atacama (ver Figura 18, derecha), una azufrera no identificada, y el retrato de Modesto Escalante (Figura 16, izquierda). La única imagen de este ámbito que no proviene de la familia Escalante es de un camión usado para el flete de toros desde Argentina hasta Calama, y luego usado para el flete de azufre desde la planta de acopio en San Pedro hasta Calama en la década del 80'.



Figura 18. Izquierda: "Campamento y gallada azufrera". Autor: Justo Ballesteros Ávila, 1942. Museo de Historia Natural y Cultural del Desierto de Atacama. Derecha: "La planta". San Pedro de Atacama, 1944.

3.4. Explotación de llareta

Se trata de la más marginal e invisible de las cuatro industrias pesquisadas: Los artefactos y fotografías asociados a esta industria ha sido registrados solo en los ámbitos familiar e institucional, con ausencia total del ámbito comercial (ver Tabla 7).

	Artefactos	%	Fotografías	%
Ámbito institucional	1	33,3%	11	91,6%
Ámbito comercial	0	0%	0	0%
Ámbito familiar	2	66,6%	1	8,3%
Total	3	100%	12	100%

Tabla 7. Registro material asociado a la llareta según su ámbito de procedencia.

El registro artefactual se compone de dos cocinas a leña y a llareta (Figura 19), procedentes del ámbito familiar, y una romana utilizada para pesar llareta y otros productos agrícolas, registrada en el Museo de Historia Natural y Cultural del Desierto de Atacama (ver Figura 5, izquierda). La cocina de marca SANTEE fue comprada de segunda mano en Calama por su actual dueña, mientras que la otra fue fabricada artesanalmente para ser usada en las minas de sal por encargo de la familia Ramos, propietarios de una mina. Ninguna de estas cocinas se encuentra en uso actualmente, pero resulta interesante el hecho de que en los dos casos las cocinas son conservadas por mujeres, quienes guardan además varias otras cocinas que usaron a lo largo de sus vidas, como cocinas a parafina, cocinas a gas, etc.



Figura 19. Cocinas a llareta.

Las fotografías asociadas a esta actividad (n=12) constituyen el 8,5% del conjunto fotográfico, y salvo un caso, todas provienen del ámbito institucional (ver Tabla 7), de los museos Indígena y Atacameño del Alto Loa y Museo de Historia Natural y Cultural del Desierto de Atacama, donde predominan las imágenes de camiones llareteros, cargados o sin carga, y algunas tomas captadas en Estación Polapi, donde se efectuaba la carga de llareta al ferrocarril (Figura 20).



Figura 20. Izquierda: “Un aro en el trayecto a Calama”, autor: Reinaldo Lagos. Museo Indígena y Atacameño del Alto Loa. Derecha: “Estación Polapi 20/2/1932”. Autor: Justo Ballesteros Ávila. Museo de Historia Natural y Cultural del Desierto de Atacama.

3.5. Otras temáticas

Como vimos, pese a establecer un motor de búsqueda específico, las temáticas en que inscribimos artefactos y fotografías registrados en el área de San Pedro de Atacama exceden con mucho las actividades económicas potenciadas a raíz de la expansión del capitalismo. El amplio panorama temático, abarcado en este estudio bajo la categoría *otros*, se vuelve un interesante punto de contraste para evaluar la presencia y visibilidad del componente capitalista, en tanto permite situar dicho proceso expansivo en un universo complejo de actividades e hitos del pasado reciente atacameño. En la Tabla 8 observamos que los artefactos asociados a otras temáticas se concentran en los ámbitos familiar (55,5%) e institucional (37,9%), mientras que las fotografías lo hacen en el ámbito institucional (62,5%).

	Artefactos	%	Fotografías	%
Ámbito institucional	41	37,9%	55	62,5%
Ámbito comercial	7	6,4%	18	20,4%
Ámbito familiar	60	55,5%	15	17,0%
Total	108	100%	88	100%

Tabla 8. Artefactos y fotografías asociados a la temática *otros* según procedencia.

Debido al alto porcentaje de artefactos y fotografías que caben dentro de esta categoría, y para lograr describir y comprender este subconjunto de elementos, es que buscando asociaciones y recurrencias entre ellos, hice un intento por agruparlos en nuevas categorías, tarea que resultó infructuosa debido a la heterogeneidad del registro. Salvo la actividad agropastoril, que se nos presenta como una temática cuyos límites y contenido parecen estar bien definidos, tanto para los informantes como para mí, el resto de los elementos, particularmente los artefactos, se hacen parte de un todo confuso, muy difícil de clasificar. La actividad agropastoril tiene en común con las cuatro industrias en estudio el obedecer a la esfera de las actividades orientadas a la producción y la subsistencia, pero que además nos remonta a otro modo de vida que presenta relativa continuidad hasta nuestros días.

Es una temática que podemos encontrar retratada en las fotografías (n=16), y también representada a través de una amplia gama de artefactos (n=32), como maquinaria agrícola, ítems destinados al procesamiento, transporte y almacenamiento de productos agrícolas como una enfardadora de pasto, molinos y morteros, carretas, costales y talegas, etc. (Figura 21). Se trata ante todo de una actividad cuyo universo artefactual es coincidente en gran medida con el que asociamos a la arriería, en tanto esta última repercutió significativamente sobre las prácticas agrícolas del siglo pasado, al reorientar la producción hacia el monocultivo de alfalfa, por lo que varios de estos objetos fueron clasificados de manera mixta.



Figura 21. Izquierda: Arado. Derecha: Talega empleada para almacenar granos.

En menor medida encontramos algunos artefactos auxiliares a las labores de pastoreo de animales, como barrilitos metálicos para el transporte de agua para el consumo humano en sectores donde no hay disponibilidad de este recurso y lámparas a parafina. Es muy probable que estos dos tipos de artefacto, por su gran versatilidad se hayan visto involucrados en la mayoría de las actividades que requirieran movilidad de la población, como por ejemplo la minería y la extracción llaretera. Se registra también una tijera esquilera y un molde artesanal para fabricación de queso (Ver Figura 22).



Figura 22. Izquierda: Tijera esquilera. Derecha: molde para la fabricación artesanal de quesos.

Dentro de los documentos contemplados en la muestra hallamos también uno vinculado con la temática pastoril; se trata de un contrato denominado "Convenio Personal", establecido entre dos locatarios, que estipula la entrega de 26 ovejas a una de las partes a la otra, para su tenencia por un año. Se estipulan condiciones de mantención por parte de la propietaria original de las ovejas, "la traquilada (sic) será por cuenta de la dueña (...), como además el baño antisárbico, como también queda el compromiso de dar pasto a los animales cada vez que lo requiera en especial en el Invierno". Se estipula también que cada seis meses se repartirá la multiplicación de ese ganado, y que el contrato puede ser renovable "si la circunstancia lo requiere". Este objeto, que no tiene valor legal alguno, podría ser un indicio del creciente valor que va teniendo la documentación como tecnología simbólica para la legitimación de acuerdos consuetudinarios, que anteriormente fueran sólo de palabra.

Las fotografías asociadas a esta temática se encuentran principalmente en el ámbito institucional (87,5%), y en menor medida en el comercial (12,5%), en tanto se encuentran ausentes en el ámbito familiar. Estas representan sobre todo el espectro de lo agrícola, a través de imágenes que muestran el arado (ver Figura 23, derecha), y algunas imágenes de paisajes en que se observan áreas cultivadas y montones de pasto de cosecha (ver Figura 3 derecha arriba e izquierda abajo). En relación a lo pastoril encontramos nuevamente una menor presencia, que nos muestra más que nada escenas de pastoreo de ganado ovino (ver Figura 23, izquierda). Resulta significativo observar que la presencia de ganado tradicional andino –llamas y alpacas- se encuentra totalmente ausente de nuestro registro fotográfico, y aparentemente ocurre lo mismo en el registro artefactual, pues no es posible establecer claras asociaciones entre los objetos y estos camélidos. Por ejemplo, la textilería artesanal registrada (n=7) en tres casos está fabricada con lana de ovejas, y en el resto de ellos no se cuenta con información que permita determinarlo.

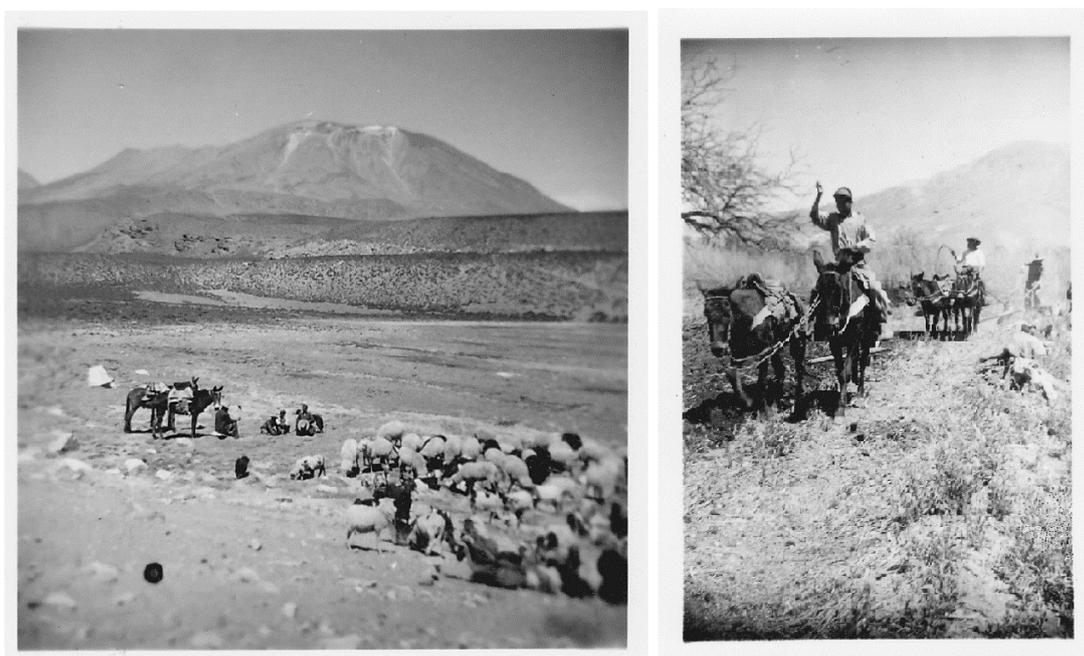


Figura 23. Izquierda: Pastoreo de ganado ovino, autor desconocido, 1956. Museo Arqueológico R. P. Gustavo Le Paige. Derecha: "Luis Barboza con su yunta en la siembra de maíz". Museo Arqueológico R. P. Gustavo Le Paige.

Como ya lo mencioné, el resto del conjunto no parece adscribirse a temáticas transversales a ambos tipos de registro material. Los artefactos marginales a las cinco categorías referidas nos remiten sobre todo a la cotidianidad atacameña: son principalmente herramientas de trabajo de amplio espectro, ítems de uso doméstico, documentos, vestimenta y algunos que podríamos adscribir a la esfera de la entretención. En el ámbito familiar y en algunas instancias del comercial, me parece que estos artefactos antes de aludir a aspectos de la vida atacameña en términos generales -a un modo de vida compartido por una *comunidad* atacameña- estarían dando cuenta más bien de hitos familiares, artefactos asociados a los antepasados directos, que guardan algún tipo de valor simbólico, emotivo o rememorativo, o al menos así es como se plantea en las entrevistas: las máquinas de coser, por ejemplo, no son presentadas como vestigios de una actividad cotidiana. Antes que aludir a la necesidad compartida por muchas familias atacameñas de fabricar el propio vestuario, están conectadas sobre todo con el recuerdo de la madre, y de lo “hábil que ella era”.

Las fotografías por su parte nos trasladan al paisaje natural, cultural y social del oasis y sus poblados aledaños: encontramos imágenes que nos muestran lugares de relevancia dentro del pueblo de San Pedro de Atacama, como la plaza, algunas de sus calles principales, la iglesia, clubes sociales como el Club deportivo Huracán y el Club de tiro al blanco de Quítor. Se registran también capturas de los alrededores del oasis, de cerros y volcanes y de iglesias de otros pueblos atacameños (Ver Figura 24).

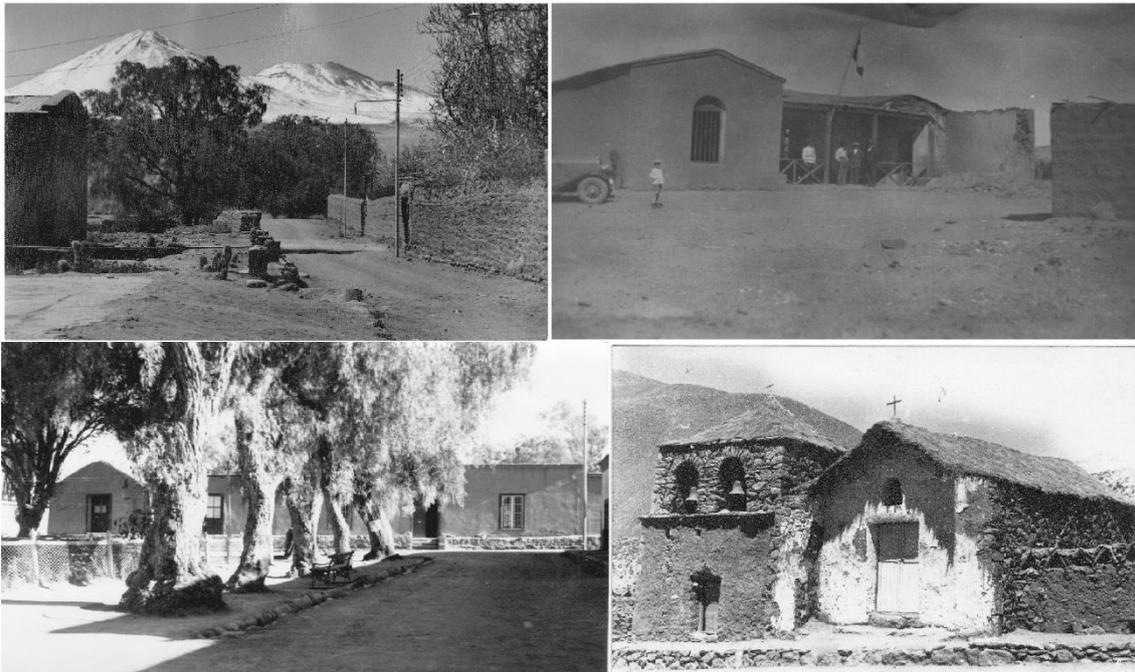


Figura 24. Arriba izquierda: Calle Gustavo Le Paige y al fondo volcán Licancabur. Derecha arriba: Club de tiro al blanco de Quítor. Abajo izquierda: Plaza de San Pedro de Atacama. Abajo derecha: Iglesia de Machuca.

Una parte del conjunto de objetos nos traslada a la esfera festiva y religiosa, que también está representada en las fotografías (ver Figura 25) y en algunos artefactos. Encontramos imágenes de bailes religiosos, como el baile “Catimbano”, que se suma al ya mencionado baile “El torito”, propio de algunos ayllus de San Pedro. Como complemento al baile propiamente tal, encontramos la fotografía de una banda musical que posa a la cámara de Reinaldo Lagos con sus instrumentos (zampoñas y tambores) a la vez que brindan, posiblemente en un momento festivo. Esta imagen (Figura 25, derecha) es la única toma a color dentro del ámbito institucional. Por último, en el Museo Arqueológico R. P. Gustavo Le Paige, encontramos la fotografía de un desfile con motivo del congreso de arqueología en el año 1963.



Figura 25. Izquierda: Baile Catimbano. Derecha: Banda de música, autor: Reinaldo Lagos, 1993. Museo Indígena y Atacameño del Alto Loa.

Entre los artefactos que nos remiten a la esfera festiva hallamos dos prendas de vestir, dos chalets procedentes de la localidad de Río Grande, pero originarios de Bolivia, y usados como ropa festiva femenina en carnavales, que fueron vendidos al Museo Arqueológico R. P. Gustavo Le Paige SJ, y hoy componen la “Colección Etnográfica” de esta institución. En el ámbito familiar se registran también dos vitrolas, ligadas a la música y a la celebración, pero por los testimonios recabados, no queda claro si estos dispositivos se integraron a la esfera festiva andina comunitaria, o si fueron usados en círculos más íntimos, quizá sólo familiarmente. El último objeto que está asociado a lo festivo es una camareta de bronce que pertenece al señor Carmelo Miranda, del ayllu de Séquitor, quien señala: “Es un instrumento para minería. Se usaba con pólvora. Se llena de pólvora, después se tapa con barro y por un hoyito se mete una mecha y se prende. También se usaba en las fiestas para hacer fuegos artificiales. En todas las fiestas se usaba una camareta”. El cree que fue usada unos 70 años atrás: “En San Pedro había hartas camaretas, y había gente especializada en su manejo, porque todos eran mineros, pero casi todos sabían manipularla.” La minería es una actividad que se manifiesta no únicamente en la explotación azufrera y salina, pues así como esta camareta, otros pocos objetos también nos remiten a ella de manera más o menos vaga: por ejemplo, en el ayllu de Cúcuter, Manuel Salvatierra presenta una carretilla usada por su bisabuelo en la minería de plata en el “Cerro Cuchara”.

Algunas fotografías observadas en los ámbitos familiar y comercial nos remontan igualmente a la extracción minera, esta vez de salitre. A pesar de que no se puede encontrar un vínculo inmediato con los artefactos y fotografías aquí consignados, parece importante hacer constar que los mulares, cuya presencia en los registros fotográfico y artefactual es tremendamente significativa, fueron los animales empleados por excelencia en la carga del mineral de plata en los albores del siglo XX, debido a que su resistencia es mucho mayor que la de los caballos.

Los artefactos fabricados con maderas locales, particularmente algarrobo y chañar ocupan de igual modo un lugar singular dentro del conjunto registrado (ver Figura 26). Para tiempos coloniales, Martínez advierte la relevancia económica de estos recursos, pero enfatiza sobre todo la importancia de ellos como significantes de lo sagrado (Martínez, 1998). En efecto, uno de los informantes que aportó con objetos, me solicitó abiertamente el registro de un dispositivo muy peculiar: se trata de una puerta de algarrobo fuera de uso, almacenada en el patio de una casa. Trabajada artesanalmente, esta puerta fue la única herencia que la bisabuela de mi informante dejó a su hija no reconocida –la abuela del informante en cuestión-. Con más de un siglo de vida, y pese a encontrarse en desuso, esta puerta es uno de los poquísimos objetos cuyo registro se indicó inmediatamente como trascendente y necesario por parte de los informantes atacameños.



Figura 26. Izquierda, Puerta de algarrobo; Derecha, artefactos de molienda en maderas nativas.

Otro de estos objetos fue la estatuilla de la Virgen de Guadalupe, registro igualmente solicitado por una informante, quien aportó cuantiosas referencias sobre ella a la vez que desplegaba un set de objetos asociados, su propio conjunto artefactual, ropa y regalos (ver Figura 27).



Figura 27. Virgen de Guadalupe y objetos asociados.

4. Actitudes hacia la cultura material atacameña

Luego de la revisión de los principales resultados obtenidos a través de este estudio, presentados desagregadamente en las secciones anteriores, a partir de ahora intentaré desarrollar un abordaje más integrativo, buscando aproximarnos a las cuestiones centrales de este estudio: las relaciones entre la cultura material y la gente en Atacama, y la incidencia de estas relaciones en la elaboración de una temporalidad relativa al siglo XX. El periodo de tiempo comprendido en este estudio nos habla precisamente de un cambio significativo en la forma de relación entre las personas y los objetos. Por una parte, la apertura a un nuevo mercado de productos foráneos y la posibilidad de adquirirlos transformó a los atacameños en consumidores de todo un nuevo universo de bienes de factura industrial, que vinieron a reemplazar antiguas tecnologías y/o materias primas, y a instaurar nuevas necesidades entre la población local. La llegada de estas mercancías introduce cambios en la vestimenta, en el transporte, en la vivienda, en la alimentación, entre otras cosas. Por otro lado, con el avance de la diversificación de la base económica local, poco a poco se incorporó un nuevo patrón de gestión de la cultura material, que paulatinamente y con el transcurrir de las generaciones, se va asimilando mucho al occidental, donde la tasa de adquisición y descarte de bienes de uso y consumo es muy alta. Ambas situaciones, que nos hablan de la consolidación de una lógica eminentemente capitalista, son posibles de observar a través del análisis de los objetos en estudio. Sin embargo, a través de esta misma observación detectamos también la pervivencia de otros patrones de gestión de la cultura material, que vuelven compleja la lectura acerca de la relación que los atacameños establecen actualmente con los objetos, y en particular con los de su pasado.

La instalación de una industria turística internacional, que reordena las relaciones económicas locales, se suma a la introducción de políticas públicas orientadas a generar una nueva relación entre el Estado, el capital y las comunidades indígenas en Chile (Ayala, 2014). La conjunción de estos dos últimos factores en los últimos 30 años ha generado un panorama óptimo para el desarrollo etnoturístico, poniendo a las comunidades atacameñas, particularmente las de San Pedro de Atacama y sus ayllus, frente a la posibilidad de explotar económicamente su herencia cultural andina (Ayala, 2007). El pasado entonces se vuelve capitalizable, si es que logra amoldarse a un patrón de autenticidad predefinido y alimentado indirectamente por los insumos aportados desde la antropología y la arqueología locales (Benavides, 2004; Marila, 2011).

Esta realidad, que vuelve poliédrica la relación de los atacameños con su pasado, tiene evidentemente un correlato material, que abordaré a través del concepto de *actitud* aplicado por González Ruibal en Galicia. Puesto que estas nociones se aplican con pertinencia a tipos de sociedades específicas, me parece meritorio diferenciar estas *actitudes* en función del origen de sus propietarios o administradores, porque para el área en estudio, una diferencia importante saltó a la vista entre los foráneos y los locales, siendo los primeros fundamentalmente adscritos a los ámbitos definidos como comercial e institucional. En estos dos ámbitos las lógicas que guían la relación de objetos son ante todo simbólicas, en tanto que los factores abiertamente productivos no se observan. Este rasgo es justamente la característica esencial de la actitud conservadora definida por González Ruibal, en la que “priman, o son únicas, las intenciones simbólicas” (González Ruibal, 2003, p. 420). En los dos ámbitos referidos, la tenencia y manipulación de los objetos obedece precisamente a intenciones simbólicas, aunque bajo diferentes lógicas: en el ámbito institucional, los museos responden plenamente a las características de una esfera moderna y capitalista, donde la conservación de ciertos ítems del mundo material obedece al ímpetu museográfico por inscribir, organizar y conservar los elementos culturales de la denominada “cultura atacameña”, categoría que introduce una noción de desarrollo lineal y organizado de la vida en el oasis. La incorporación de los artefactos propios de la era industrial a los museos es por supuesto relativamente reciente. Le Paige no incorporó la dimensión material del mundo cotidiano atacameño en su trabajo, como sí lo hizo más tarde la etnología local al recolectar y musealizar objetos de uso cotidiano, respondiendo a la idea ya instalada de continuidad milenaria en el oasis. A pesar de ello, hay una administración diferencial del pasado al que apelan estos objetos y el prehispánico: estos ítems de data más reciente no se encuentran en exhibición, como tampoco lo hacen las fotografías, que ni siquiera cuentan con un inventario ni con soportes que garanticen una conservación apropiada a una institución museológica. Pareciera entonces que un atisbo de preocupación por parte de las redes expertas induce incorporarlos a los depósitos del museo, pero no a sus plataformas de exhibición y difusión. Por el contrario, los museos gestionados por el sr. Osvaldo Rojas en Calama y Alto Loa, presentan un énfasis casi absoluto en la exhibición de los objetos, que no han sido incorporados a través del trabajo sistemático de las redes expertas, sino sobre todo a través de donaciones de particulares. Lo primero y lo segundo son indicios de una orientación más pública y menos académica de estas instituciones.

Mientras en los museos nuestros artefactos y fotografías se instalan para llenar el casillero del *siglo XX* en la cronología lineal occidental, en los recintos comerciales de San Pedro de Atacama ellos se instalan marcando una temporalidad inespecífica, pero que se ensambla con una evidente intención de *antigüedad*: por esta misma inespecificidad, pueden convivir sin mayor conflicto escenarios como el que muestra la Figura 28 (izquierda), donde una pared forrada en telares de impronta andina es el telón de fondo para la exhibición de una carretilla, arados, las patas de una antigua máquina de coser y dos ollas de barro. Si bien estas últimas pueden considerarse como elementos tradicionales, son los artefactos más nuevos de toda la composición, junto con dos cuelgas de pájaros confeccionados en mimbre, elemento característico de la artesanía chilota, que cuelgan de la ventana interior del recinto. Dentro de este set de asociaciones, lo artesanal está igualmente ligado a la idea de *antigüedad*. Los objetos representados en este *mix artefactual* están cumpliendo una función eminentemente ornamental, emplazados buscando alcanzar el máximo de visibilidad posible, y en evidente *arreglo* o *curaduría*, donde el uso original de cada una de estas piezas está discontinuado. Otros restaurantes de la calle Caracoles presentan intencionalidades similares, aunque la configuración de los artefactos resulta por lo general menos sobrecargada de ítems alusivos a orígenes tan diversos (ver Figura 28, derecha).



Figura 28. Artefactos ubicados en Restaurantes de la concurrida calle Caracoles, San Pedro de Atacama. Izquierda: Restaurant “Las delicias de Carmen”. Derecha: Restaurant “La Casona”.

La presencia de enseres enlozados es recurrente en los recintos de este ámbito, mostrándose por lo general agrupados entre ellos, exaltando su similitud estética. Algo similar ocurre con las botellas de vidrio, que se visualizan frecuentemente asociadas entre sí. Dentro del mismo ámbito comercial, pero en el rubro de los hostales, se identifica una situación de exposición menos radical de los objetos, pese a que su intención sigue manifestándose primordialmente decorativa. Dado que el espacio en que se distribuyen es más amplio, bien pueden pasar desapercibidos para un pasajero poco observador. Escasos son los contextos en que los objetos antiguos de estos ámbitos se encuentran en uso, pero en estos casos, se trata de recintos administrados por atacameños, o familias residentes desde antaño en la zona.

Tal como vimos en los resultados, en el caso de la población atacameña- vinculada sobre todo al ámbito familiar-, se constata un crisol de lógicas y actitudes entremezcladas, que dificultan su lectura por la ambigüedad con que se presentan. Un aspecto central en este punto se relaciona con la información negativa reportada, vale decir, con las ausencias: aquellos relatos, sujetos, artefactos y fotografías no registrados, las personas que se negaron a participar por recelo o desconfianza, o quienes afirmaron no tener nada que aportar a mi estudio -no tener ni recuerdos ni objetos. También se vincula con las personas que no pude contactar, informantes a quienes insistentemente busqué, pero con los que no pude relacionarme efectivamente. Con respecto a la ausencia de artefactos, me parece que obedece a tres razones fundamentales: en primer lugar, desconfianza o recelo por mostrar, porque intuyo que incluso dentro de las familias que me permitieron registrar sus objetos y fotografías, hubo algunos, más celosamente conservados, a los que no me permitieron el acceso. La segunda razón de su ausencia la atribuyo a su propia invisibilidad, a esa *humildad* que los emplaza fuera del foco de lo plenamente consciente, o que los sitúa en un espacio tan cotidiano, tan vívido, que los vuelve irrelevantes. La última razón, que nos introduce directamente al problema de la gestión de la cultura material, podríamos relacionarla con la actitud no conservadora, es decir a tipos de *actitudes*, dice relación con el botar, deshacerse de los objetos. Estaríamos frente a la *actitud no conservadora*, donde la indiferencia hacia los objetos del pasado –propio, familiar o comunal- ocasiona inevitablemente una pérdida material tanto de los objetos antiguos, de los padres y abuelos como de las viviendas tradicionales.

Es interesante destacar que los objetos del ámbito familiar se despliegan en una red de relaciones mucho más rica y compleja que en los otros ámbitos, donde convergen multitud de lógicas de vinculación entre las gentes y su cultura material. La *actitud conservativa*, predominante en un número no menor de viviendas/propietarios, convive en una ambivalente tensión con su opuesta, la *no conservativa*, al conjugarse tres factores: las relaciones familiares, el uso del espacio y la vivienda, y la prevalencia de la gestión que hacen ciertos grupos etéreos por sobre otros. Los tres se encuentran íntimamente imbricados, dando lugar a algunos patrones significativos. En primera instancia, es posible afirmar que los jóvenes son quienes se presentan como más desconocedores de la propiedad familiar de objetos antiguos, mientras que los mayores, por oposición, son quienes guardan este conocimiento. Pero también existen excepciones: “Triste me pilló la tarde” (ver Figura 29) es un camión que lleva décadas en desuso, y ha despertado el interés de unos cuantos coleccionistas de autos que se han ofrecido a comprarlo, pero su actual dueño, un joven atacameño, se rehúsa a venderlo. Es un regalo que le hizo su abuelo cuando era niño, y la familia conserva un conjunto de anécdotas e historias en torno a él, que recuerdan tanto al abuelo ya fallecido, como a la vida en el pueblo de San Pedro durante las primeras décadas del siglo XX.



Figura 29. "Triste me pilló la tarde", Solor.

En segunda instancia, se observa que en las viviendas más antiguas hay una cantidad exponencialmente superior de objetos que en las viviendas nuevas, en las pequeñas casas de las poblaciones, o en las viviendas completamente remodeladas. En estos casos, todo indica que las familias propietarias se han visto en la disyuntiva de enfrentarse al traslado o abandono del abundante set de cultura material acumulado a través del tiempo en las casas atacameñas, y por lo general ha triunfado el abandono por sobre el traslado. En estos casos, un discreto número de objetos ha sido seleccionado y trasladado, mantenido específicamente como "recuerdo" o como elemento a conservar. Puestos frente a la necesidad de elegir, estos atacameños han privilegiado conservar objetos de manufactura compleja, tales como máquinas de coser, vitrolas, una cámara fotográfica, un refrigerador, documentos, y principalmente fotografías originales. Por el contrario, las casas antiguas que permanecen habitadas en la cotidianidad están asociadas invariablemente a una actitud conservativa, donde se acumulan significativas cantidades de objetos, almacenados en bodegas, en rumbas en el patio; muchos de ellos son guardados sin uso, pero algunos son usados y reutilizados. Aquí no hay selección alguna y todo permanece, y los objetos con valor práctico o afectivo se distribuyen sin aparente privilegio frente al resto (ver Figura 30).

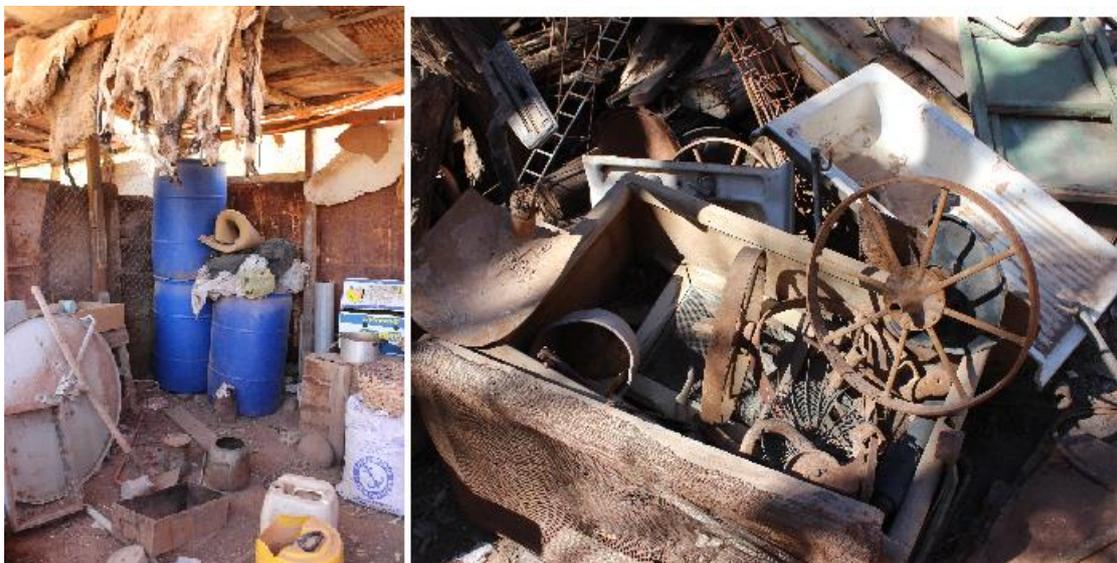


Figura 30. Actitud conservativa: distribución de objetos en bodega y patio de viviendas atacameñas.

Ciertos atacameños y no atacameños residentes han desarrollado conductas similares al coleccionismo moderno, aquel que junta, almacena y ordena, para sí o para otros, conjuntos de objetos desagregados, que son organizados por similitud estética o materia prima, antes que por cualquier otro criterio, imitando los patrones de organización y exhibición de objetos del ámbito comercial (Figura 31). Esta conducta se observa en los casos de apertura de la vivienda tradicional al rubro turístico (Figura 31, izquierda abajo), donde se incorporan las incipientes exhibiciones de artefactos, pero también en recintos que funcionan sólo como viviendas, donde se presentan bajo una configuración que combina patrones de exhibición pero que funcionan como criterios de organización de artefactos sin fines estéticos necesariamente, pues se encuentran en lugares marginales, con poco tránsito de personas (Figura 31, izquierda arriba). Lo frecuente es que se trate de elementos con poco o nulo valor afectivo, donde al igual que en los contextos *conservadores* identificados más arriba, la historia de vida del objeto es desconocida, identificándose únicamente su funcionalidad, pese a que con seguridad otros miembros de la familia participaron de la función original. Al igual que ocurre en el ámbito comercial, estos artefactos que transitan hacia una función estética, por lo general son enlozados, pero también están las botellas de vidrio y latas antiguas.



Figura 31. Colección de enlozados. Izquierda arriba y abajo: ámbito familiar. Centro y derecha: ámbito comercial.

VI. DISCUSIÓN

1. Construyendo el pasado reciente en Atacama

En la presente sección buscaré aproximarme a una vista panorámica que permita visibilizar el pasado atacameño en el periodo comprendido entre fines del siglo XIX y fines del siglo XX. Se trata de un periodo de transición hacia un modo de vida con un componente “capitalista” cada vez mayor, que se inicia con la instalación del capitalismo minero industrial en la región, y se intensifica con la instalación de la localidad atacameña en el circuito del turismo internacional, explotado intensivamente durante todo el año. Somos testigo de un continuo proceso de acomodación a una dinámica económica sumamente invasiva, que para otorgar un pasar económico relativamente exitoso, exige una continua dislocación de las pautas previas de inserción a la economía regional, nacional y global, proceso que nos deja entrever un mosaico de decisiones y alternativas sostenidas por los atacameños para enfrentarse a los imperativos de este sistema. La manera en que este proceso ha sido sorteado por las comunidades atacameñas construye trayectorias disímiles, con una complejidad enorme que nos enfrenta a evaluar incluso la *otredad* o *etnicidad* de una comunidad instituida oficialmente como indígena, pero que convive diariamente con un creciente segmento de población no local (Gundermann, 2004).

Reconstruir el pasado en función de cada una de estas múltiples trayectorias económicas resulta tarea imposible, en tanto que cada una de ellas se funda sobre retrospectivas *sui generis*, que no permiten siquiera la generación de un relato más o menos coherente y aprehensible. Más de un siglo de fuga de población hacia las urbes y centros mineros de la región, habitando un paisaje plenamente mercantil, ocupando viviendas construidas en serie y enfrentando al mundo que advierte cada día que ser es tener, es un estado de las cosas cuyo alcance no se pretende negar (Gundermann, 2004; Valenzuela, 2006). Si bien el segmento de población que cabe dentro de esta descripción, que por no habitar en el oasis o no hacerlo de manera permanente, no fue abordado en este estudio, pero cuya presencia es continuamente percibida a través de las recurrentes menciones que hacen de ellos los atacameños residentes en San Pedro y sus ayllus. Sin obviar este estado de las cosas, se constata también un continuo transicional que nos sitúa paralelamente en un mundo atacameño que vive una realidad diferente. Se trata de la esfera de las relaciones domésticas, el ámbito de lo íntimo y familiar, que atestigua un muestrario de relaciones donde podemos observar un entramado de gentes, historias, artefactos y fotografías, lugares, viviendas y un sinfín de mínimos hitos que dibujan una topografía que construye un paisaje de conexiones multitemporales inexactas, con un referente cronológico laxo.

Los artefactos de uso cotidiano y la arquitectura resultaron ser efectivamente, instancias materiales que permiten evidenciar un abanico de prácticas que articulan diferentes temporalidades coexistiendo al presente, y que dificultan grandemente el inscribir la historia atacameña en clave lineal o progresiva, ya que mientras algunas personas, familias y/o generaciones pueden asimilarse a lo neoliberal, otras ponen en relación lógicas y prácticas modernas, capitalistas o neoliberales, con otras tradicionales andinas y agropastoriles, en tanto que la idea de un paisaje natural sagrado y animado, deliberadamente agente dentro del mundo atacameño es una cuestión vigente entre un

número incierto de atacameños. Con la misma facilidad es enfrentada la subsistencia, cada vez que se ponen en acción prácticas y estrategias económicas simultáneas, que implican la explotación de diferentes recursos así como el traslado de población hacia diferentes áreas, cuestión que parece no haber variado en siglos (Martínez, 1994). Algunos ejemplos de esto serán revisados en las dos secciones siguientes.

1.1. Artefactos: algunas trayectorias significativas.

Más o menos visibles, más en la intimidad o en la externalidad atacameña, por sus recurrentes formas, funciones o historias asociadas, los objetos proyectan el traslape de un conjunto de elementos de fabricación artesanal, producidos familiarmente o adquiridos localmente, con otros de fabricación masiva, adquiridos en polos urbanos, principalmente Calama, Antofagasta o Chuquicamata, muchos de ellos incorporados como objetos “de segunda mano”. La gran mayoría de estos objetos están relacionados directa o indirectamente con actividades productivas o con la satisfacción de necesidades más o menos básicas. Recurrente es la presencia de *reemplazos*, que inscriben una relación cronológica con los objetos sustituidos cuando la tecnología es exitosa y se incorpora dócilmente. El ejemplo más claro de ello es en el transporte, donde los mulares, fundamentales agentes en la movilidad y carga, que asociados a las carretas o carros de tiro son indiscutibles protagonistas de las primeras explotaciones mineras y llareteras de la zona. A partir de los años treinta, sin embargo, comienzan a ser reemplazados por los pequeños camiones Ford que son traídos por los nacientes empresarios, que en el contexto capitalista se abocan a la tarea de intermediarios, transportando azufre, llareta y toros- por ejemplo-, hacia los focos urbanos. Entre ellos se destaca Alberto Terrazas y su flota de camiones, que conectó las localidades de San Pedro de Atacama y Ollague con Calama. La familia Urdangarín tuvo también una flota de camiones, que transportaba los mencionados recursos hacia Chuquicamata. Informantes señalan que parte de los camiones que fueron adquiridos por los atacameños corresponden a estas flotas, cuando en épocas de menor auge fueron vendidos por los intermediarios/empresarios con el compromiso de que los nuevos dueños continuaran en el negocio del “flete”, el cual murió paulatinamente, primero con la extinción de la llareta y luego con el cese de la compra de azufre por parte de Chuquicamata. Un informante, al recordar el periodo en que se dedicó al “flete” de toros para Urdangarín, afirma “el trabajo era de gitano, un tiempo acá, un tiempo allá”. El *acá* es Chile, más específicamente Calama, desde donde partían en viaje hacia Argentina, descansando en el pueblo de Toconao, y amaneciendo 24 horas más tarde en Olacapato, pequeño caserío de la provincia de Salta, para regresar nuevamente a Calama, donde un agente de Abaroa les hacía el pago por los recursos transportados.

Mulas, carretas y camiones son elementos con frecuente presencia también en las fotografías (ver Figura 32), y con una adscripción amplia a distintas actividades: ganado, agricultura, minería, llareta, azufre, transporte de mercaderías, de personas, etc. Son probablemente una temática en sí misma (Richard, Moraga y Saavedra, 2016), ya que además de la ubicuidad de su función, en nuestro caso, nos permiten establecer vínculos de coexistencia y continuidad entre una industria y otra, y revelando la constante readaptación de la población a nuevas circunstancias: del transporte de ganado los camiones pasan al transporte de azufre; el transporte de llareta es simultáneo al transporte de personas; las mulas que acompañan a los arrieros son también usadas para sacar el mineral de Caracoles, de Chuquicamata, etc. Si bien los medios de

transporte presentan una evolución tecnológica a lo largo del periodo de tiempo en estudio, en el que hombres a pie y carretas tiradas por mulares son sucedidos por el ferrocarril y más tarde por camiones, la memoria oral nos indica que la aparición de los más tardíos no implicó necesariamente la supresión de los más tempranos. Algunos testimonios dan cuenta de la fabricación de carretas hasta décadas recientes, mientras que otros testimonios afirman que para el caso de la arriería, cada vez que en invierno por causa de las nieves se interrumpía el tráfico de vehículos y del ferrocarril, los arrieros a pie y a mula eran requeridos, siendo ellos quienes a pesar de las duras condiciones ambientales, continuaban proveyendo de ganado a los centros urbanos.



Figura 32. Izquierda: Carreta. 1970. Autor Reinaldo Lagos. Museo Indígena y Atacameño del Alto Loa. Derecha: Cirilo González (arriero) y su mula. Año desconocido.

Las prácticas desarrolladas por el mundo atacameño del oasis para enfrentar esta serie de exigencias, habilita la emergencia de un paisaje social que pone en coexistencia lógicas andinas, con otras modernas, pero también con soluciones que engarzan ambas, generando novedosos ensamblajes, que a través del análisis material realizado en este trabajo se hicieron visibles. Dentro de este nuevo paisaje social, el pasado vendría armándose y rearmándose a partir de la fluida reproducción y creación de estrategias para vivir en medio del contexto actual, dando sentido a lo que antes parecía inconexo.

Un ejemplo de ello lo encontramos ligado al significativo quiebre que marcó la extinción de la llareta. Un informante señala “el término de la llareta coincidió con el gas licuado”. Más que coincidencia se trata de una consecuencia, pero lo que obliga es a la modificación de un hábito tremendamente arraigado, que se relaciona con el cocinar. Masivamente aceptada en Atacama, la cocina a leña, o más exactamente a llareta, fue adquirida al igual que los camiones, de segunda mano, de lo que “se daba de baja en Chuqui” o en Calama, pero también fue *hechiza* por los propios atacameños. Al igual que las máquinas de coser, su uso se asocia con una dimensión plenamente femenina que viene a ser reemplazada por nuevas tecnologías como las cocinas a parafina o a gas (Ver Figura 33), pero que no tienen una aceptación equiparable a la de sus antecesoras, que se siguieron usando pese a la extinción de su combustible fundamental, y sobre todo a que no son plenamente compatibles con el tipo de recinto de cocina moderna, que se dimensiona para las actuales cocinas a gas.



Figura 33. Cocinas en desuso, almacenadas en patios y bodegas. Izquierda: cocina a gas y cocinillas a parafina. Derecha: cocina a llareta confeccionada en las salinas del Valle de la Luna por un fabricante de cocinas y minero, conocido como “el Huaso Cornejo”, y sobre ella una cocina a gas.

Así como las máquinas de coser adquiridas por las bisabuelas, abuelas y madres, estas cocinas también están ligadas a figuras femeninas específicas, y al igual que ellas, son cariñosamente conservadas, pese a que no parece demasiado probable su reutilización. Pero en el ayllu de Solor, en una construcción semi cerrada de adobe, madera y brea, en el patio de la casa de uno de mis informantes, dos cocinas de fierro se localizan apenas visibles entre pilas de cajas y objetos amontonados: una SANTEE perteneció a su abuela, a quien según sus propias palabras “le gustaba mucho estar en esa pieza” y por supuesto cocinar ahí, en lugar de hacerlo *adentro* de la casa. La otra cocina, la de su madre, aún sigue en uso, porque según ella “su horno es muy bueno”. Esta fue fabricada por un tío suyo, a quien se le atribuye la confección de varios otros ítems de fierro repartidos en el terreno de la casa.

Más porfiadamente aún, y por la sola casualidad de alargar y alargar una visita que debía ser matutina, encontré a la señora Felipa Martínez cocinando en brasas en el suelo (Ver Figura 34), en un recinto semi cerrado emplazado al fondo del sinnúmero de construcciones que componen su vivienda, pese a que en el comedor exterior, espacio central de quehaceres domésticos, había dos cocinas a gas modernas, y aún más, pese a que las tres cocinillas de la Figura 33 (izquierda), eran suyas. La tecnología entonces fue probada y re-probada, demostrando que no se trata de una negación a adquirir las nuevas ofertas del mercado, sino que ellas sencillamente no se acoplan tan cabalmente a las necesidades. Exactamente lo mismo ocurre con esta ambigua cocina exterior, recinto que tanto aquí (ver Figura 34) como en Solor podría pasar perfectamente desapercibido.



Figura 34. Señora Martínez Felipa Reta cocinando.

A pesar de la insistencia atacameña por aferrarse a estas tecnologías que los han acompañado exitosamente quizá por siglos, el devenir sepulta otras que han sido igualmente bien asimiladas, y cuya discontinuidad irremediable es profundamente sentida. Las fraguas (Figura 35), que han permitido a los atacameños la independencia de ser fabricantes y reparadores de toda clase de instrumentos, han visto su fin por la falta de combustible que les permita operar. Al respecto, Mario Ramos lamenta la actual imposibilidad que enfrenta para adquirir el carbón de piedra; muchos instrumentos se juntan alrededor del lugar donde está instalada su fragua, sin posibilidad de ser reparados, entre ellos un arado triangular fabricado otrora por él mismo, para trabajar en sus melgas. Heredado el fuelle de su padre, quien lo comprara, funcionó en varias casas antes de ser trasladado aquí, donde con adobes se le construyó una base y se puso en operación. Aún se mantiene intacta, pues a pesar de todo, don Mario guarda la esperanza de poder volver a ponerla en funcionamiento. En Solor, la familia Romero Ramos también conserva una fragua en desuso, que fuera del abuelo: “alrededor de la fragua se juntaban otros soleños a conversar con un vaso de aloja mientras arreglaban herramientas. La fragua prestaba servicio comunitario”.



Figura 35. Fraguas. Izquierda: fuelle, mesa y yunque de la fragua de Mario Ramos, Chekar. Derecha: partes de fragua de familia Romero Ramos, Solor.

Por su parte, los artefactos de factura industrial incorporados durante esta expansión capitalista, y que perduran hasta la actualidad, son adoptados de una forma culturalmente específica: observamos que estos nuevos objetos se desempeñan más o menos de la misma forma que los artesanales. Son tecnologías poco específicas en términos de sus funciones, lo que permite que funcionen exitosamente en distintos contextos y a través del tiempo. Estos dispositivos son seleccionados en tanto se adaptan a las necesidades locales y que por su ubicuidad tienen el potencial de seguir activos hasta el día de hoy.

1.2. Arquitectura: *“para encontrar las cosas antiguas hay que buscar en las casas antiguas”*

Como tan certeramente me indicó una informante, parece ser que quienes conservan las viviendas atacameñas tradicionales más o menos intactas, poco modernizadas, organizadas bajo esa distribución aparentemente tan caótica de construcciones separadas espacialmente, pero funcionalmente interdependientes, viven en una suerte de *islas de tiempo*, donde si no fuera por ciertos electrodomésticos indispensables y una amplia aceptación de los utensilios plásticos, podrían hacernos retornar a casi cualquier década del siglo XX, y no sólo por el orden de lo material, sino porque sus habitantes parecen también transitar a otro ritmo, otro tiempo, en otras actividades. El cultivo de habas y otros alimentos, el pastoreo en circuitos cortos de cabras y ovejas, la conducta de reutilizar al máximo todos los recursos con que se cuenta y botar muy poco, la reparación y autoconstrucción de las casas, entre otras cosas, muestran a un conjunto de individuos que han optado por mantener o retornar a un modo de vida menos moderno.

La vivienda atacameña tradicional es una categoría de estudio en sí misma, que sostiene aún hoy una manera de vivir muy propia, donde diversas actividades productivas en pequeña escala permiten una relativa independencia. En ella convive la gente con camélidos, ovinos y caprinos, aves de corral y los cultivos fundamentales. En ella también hay lugar para toda clase de actividades auxiliares: el faenamamiento de animales y procesamiento de sus cueros, almacenamiento de granos y otros alimentos, instancias para almacenar objetos en desuso, cachureos, para dejar la basura y otro sinfín de cosas. En la configuración espacial y simbólica de estas viviendas, un hito significativo son los árboles de algarrobo y chañar, que se encuentran invariablemente presentes en todas ellas, y en torno a los cuales parecieran haberse distribuido las construcciones. Ocupan espacios centrales en los patios, como cierres de los sitios, y sus frutos se distribuyen en el suelo, hasta que son recogidos para molerlos y hacer harina. Para su molienda se emplean molinos fabricados con sus mismas maderas, que también son una presencia infaltable en cualquier patio. Muchas veces dos o más de ellos se encuentran repartidos en diferentes áreas del terreno, y aunque parecieran encontrarse en desuso, una parte de ellos sigue en funcionamiento. La construcción estructural de las casas, pilares, vigas y techumbres se hace en estas maderas, que son continuamente elogiadas por los atacameños, por su gran resistencia.

A partir del registro de artefactos y fotografías efectuado en el ámbito doméstico, y de las consiguientes observaciones etnográficas, pude constatar que hay ciertas configuraciones de orden y distribución que resultaron tremendamente distintas en la práctica, de lo que yo esperaba. Dentro de ellas, el principal desajuste entre mis nociones y las atacameñas tiene que ver con la definición de un *adentro* y un *afuera* de la vivienda. En mi casa, así como en la mayoría de las casas chilenas el *adentro* constituye un espacio completamente cerrado y aislado del exterior, donde se desenvuelven la mayoría de las actividades cotidianas como cocinar, comer, asearse, descansar y dormir, efectuar trabajos menores, y pasar el tiempo libre. El *fuera*, por el contrario, está constituido por el patio o jardín, donde crece vegetación, se almacenan algunos objetos de mayor tamaño o que no son requeridos continuamente en la casa, y donde ocasionalmente, según acompañe el clima, se usa como una extensión del comedor o como zona de reposo.

En cambio, con sus construcciones desagregadas, las casas atacameñas parecen no tener intención alguna de constituirse como un espacio cerrado y aislado del exterior, sino que por el contrario, revelan un continuo de espacios más o menos cerrados, donde un número significativamente mayor de actividades tiene lugar. Pareciera no existir tampoco una valoración superlativa de lo que hay al interior en desmedro de lo exterior. Pese a ello, las áreas de cocina y comedor, que pueden ser cerradas o semi cerradas, guardan un valor simbólico y social, quizá por ser o haber sido, espacios de reunión social y también de presencia femenina. Terremotos, lluvias o el simple deseo de agrandar o modernizar las viviendas, han introducido una coexistencia en la que tradicionales materiales de construcción, el adobe, la paja, la brea y las vigas de chañar y algarrobo conviven con vecinas construcciones en bloques de cemento y calamina, en los que habitan los miembros más jóvenes de la familia, mientras que los recintos antiguos son relegados a los más ancianos o a los parientes que visitan la casa para carnaval u otras fiestas. Es común que cocinas y baños nuevos también se encuentren albergados en nuevas construcciones, pero ello no quita que las cocinas antiguas logren perder su presencia, aunque sea solo para que en ella pase el tiempo una abuela o una madre. Pese a que ya no existe, una fotografía y un candado reseñan lo que fuera la cocina de la fallecida señora Ana Tejerina, en el ayllu de Séquitor, desarmada en una remodelación de la casa acontecida luego de su muerte (Ver Figura 36). Es su sobrina quien conserva estos dos objetos, sobre todo el candado y su llave, usado en la antigua cocina de la casa y “que guarda como un tesoro”.

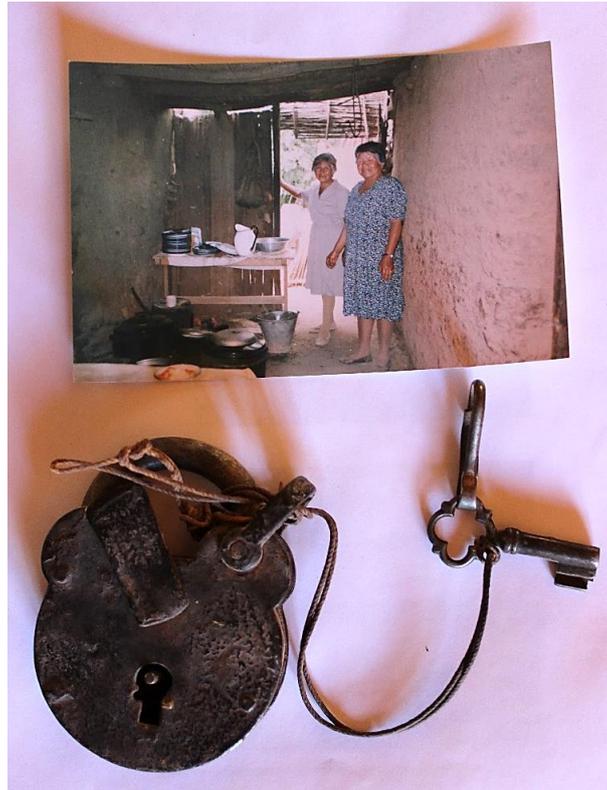


Figura 36. Fotografía de la cocina de doña Ana Tejerina, y candado usado en la puerta de este recinto.

Pese a que las construcciones en materiales modernos se han extendido parcialmente entre las casas atacameñas, fui testigo de que prácticas como la autoconstrucción en adobes son recursos aún vigentes en Atacama. No se trata de una variante del boom *etnoecológico* instaurado por la industria turística, sino más bien de una práctica realizada en lo muy íntimo de su vivienda, por doña Felipa, para agregar más piezas a su casa. La técnica del adobe la aprendió de su padre, y la adobera que utiliza para fabricar los ladrillos la heredó también de él, y no ha dejado jamás de estar en uso, desde que su padre la fabricó. Estas casas que se autoconstruyen, y que sostienen muchas de las actividades sociales y económicas necesarias para la vida atacameña, una suerte de *casas productivas*, paulatinamente han incorporado en su interior una nueva vocación económica instaurada por el creciente negocio turístico: en muchas de ellas se han acondicionado hostales para recibir a la enorme masa de turistas que cada año llena el pueblo. Tanto en los ayllus más retirados como en el centro del pueblo, esta incorporación se da aparentemente sin mucho que sacrificar, pues el resto del aparataje productivo sigue operando más o menos intacto. Este nuevo rubro comercial logra coexistir en aparente armonía con una veta productiva más agropastoril.

A partir de lo anterior, logramos constatar la existencia de una particular manera de ocupar el espacio de la vivienda doméstica, que de alguna manera retrata la puesta en práctica de estrategias económicas de raigambres diversas, pero que además evidencia la actualización de prácticas vinculadas con una manera diferente de relacionarse con el espacio, de habitar, construir y subsistir. Todos estos aspectos convergentes en la vivienda atacameña no son casuales: como señala Mircea Eliade (1967), la casa no es un objeto ni una máquina de vivir, es el universo que el hombre construye, imitando el orden universal. Ampliamente documentados, los sacrificios andinos de animales en las

casas le añaden a éstas un alma, dotándolas de vida, reproduciendo la creación del mundo e instituyendo el espacio como sagrado. También en los Andes, por ejemplo, hay registros de que ciertos lugares como las casas están íntimamente relacionados con el pasado, y son usados para registrar y mantener el recuerdo (Muñoz, 2014).

1.3. Los contenidos del pasado reciente

En términos de contenido, para el siglo XX se observa la emergencia de algunos referentes temáticos más o menos comunes, que se inscriben en soportes materiales pero también en la oralidad. La entrada académica a este periodo, en términos de *historia*, pone en sucesión una serie de acontecimientos y procesos, articulados en torno a la dimensión económica como eje motriz de transformaciones sociales, culturales, materiales, etc. Pero en el ámbito extraacadémico el panorama es asistemático y mucho más volátil. Al explorar la presencia de las actividades relacionadas con el capitalismo en la región de Antofagasta, por ejemplo, se puede constatar que la industria no se visibiliza como tópico propiamente tal, sino que aparece de manera tangencial a través de unas pocas referencias a la minería salitrera y cuprífera de Chuquicamata, los grandes motores económicos de la región. La industria local, explorada específicamente en este estudio, tampoco alcanza un grado de notoriedad significativo. Los asentamientos mineros azufreros y salineros no despiertan interés, consolidándose cada vez más como ruinas en un proceso de continua descomposición, casi invisibles (Vilches, 2016). No existe un relato colectivo asociado a este tipo de actividades, y salvo casos particulares, no despiertan un interés especial como tema de conversación. Pero en cambio, las mercancías modernas adquiridas, fruto de las innovaciones tecnológicas de la época, son marcadores temáticos que atestiguan la expansión capitalista como proceso, no de manera recursiva, pero sí tácitamente. Las cocinas, los camiones, arados, tractores, las máquinas de coser son comunes a casi todas las familias atacameñas, y tienen todos una trayectoria similar: adquiridos durante este periodo y valorados por la ubicuidad de sus funciones, tremendamente útiles, pasan a ser patrimonios familiares quizá como emblemas tangibles y positivos de la modernidad, que se conservan aunque ya no se usan. Se hace lo posible por evitar su deterioro acelerado, pero tampoco se insiste demasiado en ello: su dimensión estética no es lo trascendente, y se asume sin complicaciones el efecto del tiempo sobre ellos. Exhibirlos tampoco cuenta, porque su emplazamiento no es relevante, basta con saber que están guardados en algún lugar de la casa. Estos pocos artefactos dejan de ser mercancías en el sentido estricto, porque los dueños no están dispuestos a permitirles entrar en las redes de intercambio nuevamente. Observamos entonces cómo el impacto de esta modernidad es manejado por los propios atacameños, que seccionan lo vivido, seleccionando una narrativa asociada a la innovación tecnológica antes que a la subordinación económica que impone la industria.

Una intención similar parece imprimirse sobre la arriería, un tópico ineludible de los relatos del pasado reciente. La historia oral atacameña se focaliza en la figura del arriero, personaje que es ancestro común de muchas familias locales. El arriero es un sujeto valeroso, permanentemente enfrentado a los peligros asociados al cruce de la cordillera, e incluso a la muerte. Es además un personaje que pone en contacto a la comunidad con la gente trasandina, reforzando vínculos familiares, comerciales, tradicionales. Pero en lo que respecta a las relaciones entre los arrieros y sus patrones, por ejemplo, es muy poco lo que se cuenta (Vilches et al., 2014a). La retórica excluye

nuevamente la subordinación económica y todo lo que ello implicó, pero el mundo material vuelve evidente lo que se está omitiendo: las fotografías muestran los monocultivos de alfalfa cubriendo todo el territorio cultivable, tanto como la opulencia de los primeros capitalistas que controlan la importación ganadera y que se apropian de la tierra agrícola del oasis (ver Figura 37). Trascendiendo la esfera familiar, la arriería se ha fijado en la festividad comunal a través del baile El Torito, una ficción donde se recrea parte del trabajo arriero.



Figura 37. Primeros capitalistas de Calama que hacen fortuna con la internación de ganado vacuno. Izquierda: familia Abaroa. Derecha: Alfalfares. Museo de Historia Natural y Cultural del Desierto de Atacama.

1.4. Formas de administración del pasado

A partir del análisis de las relaciones entre las personas residentes en San Pedro de Atacama y los objetos introducidos con y durante la expansión del capitalismo industrial en el área, se configura un territorio tremendamente complejo, donde la coexistencia de una multiplicidad de agentes se encuentra en permanente disputa por la autoría, hegemonía y posibilidad de enunciación de este periodo. La atribución de investigar, construir y enunciar el pasado de otros, esgrimida por disciplinas como la antropología, la arqueología y la historiografía, y su amplia aceptación en nuestro país, introduce legitimidad a trayectorias culturales que históricamente han quedado marginadas, a la vez que resitúa en un ámbito de marginalidad a estas mismas, al adjudicarse el conocimiento verdadero, el único válido de los pasados de otros (Ayala, 2014). Es así como el Museo R. P. Gustavo Le Paige SJ instala no sólo una vitrina de objetos desenterrados, sino una figura de autoridad en torno a la ancestralidad local, y su principal gestor se transforma también en una autoridad no sólo religiosa, sino una mucho más compleja e influyente (Pavez, 2012). En tanto que esta identidad atacameña es aislada y definida en torno a referentes materiales prehispánicos, y a prácticas productivas, sociales y religiosas de corte andino y campesino, pierden presencia los referentes materiales y las prácticas que se inscriben en el área de los movimientos, los reemplazos, las adquisiciones y las mutaciones. Con la llegada de la CONADI (Corporación Nacional de Desarrollo Indígena) y la puesta en marcha de la Ley Indígena (1993), la necesidad de incorporar estas narrativas expertas sobre el pasado se volvió apremiante, mientras que la instalación del turismo de corte étnico hizo lo propio al instalar una estética autóctona. Se configura entonces un contenido y una forma del pasado atacameño que exige ser asimilada para garantizar una cuota de visibilidad a nivel nacional, y de poder y capital económico a nivel local. Pero esta asimilación es

tremendamente problemática, y pareciera nunca cuajar del todo: además de la tensa relación entre la comunidad indígena atacameña y el ex IIAM, y las múltiples polémicas que ello ha desatado (Ayala, 2008), otro ejemplo se puede observar en la gestión que ha hecho la Asociación Indígena Valle de la Luna con respecto al circuito turístico instalado en dicho lugar. Mientras que abordar museológica y turísticamente la historia geológica de la zona no presenta ningún tipo de conflicto, hacerlo con alguno de los asentamientos vinculados con la explotación salina ha desencadenado un curioso conflicto interno en la Asociación, y particularmente entre dos de las familias más reconocidamente vinculadas a la minería de la sal, dificultando, e incluso suspendiendo temporalmente, la musealización de una de ellas.

Esta administración del pasado en clave moderna convive con otra en clave neoliberal, que explota intensivamente la “imagen” de un pasado y una etnicidad. Diseñada por la industria turística de vanguardia, a través de la arquitectura y la exposición de ciertos objetos, esta “imagen” tampoco es cabalmente incorporada por los atacameños que buscan hacer del turismo una fuente de ingresos. Ellos más bien incorporan elementos de la industria boliviana de lo étnico en conjunto con una noción de rusticidad similar a la instaurada en el área del Valle del Elqui, en la IV región de Chile, a la par que las construcciones incorporan también elementos más modernos como baldosas de cerámica y ventanas de aluminio, entre otras (Salazar y Bushell, 2013).

Mientras esto acontece en el plano de lo público, de lo visible y lo argumentable, otras memorias, pasados o patrimonios se desarrollan en los límites de la enunciación, pero no por ello se encuentran menos exentos de tensiones. Una parte de ellas que apenas si se verbaliza, se relaciona con ciertos componentes de la temporalidad andina y el paisaje sagrado emplazados en el subsuelo del pueblo y los ayllus. Allí se reconoce la presencia de entierros, cantaritos o “cacharros de los antiguos”, que inspiran una ambigua mezcla de temor, de deseo de que permanezcan donde están, y por otro lado de la conciencia de deber poner en aviso de ellos a instancias patrimoniales hegemónicas.

Otra parte de estas tensiones transcurre al interior de las propias familias atacameñas, que se disputan la posesión de fotografías, mobiliario, artefactos de los antepasados y por supuesto de terrenos y viviendas. Más allá de presumibles intereses económicos involucrados en la disputa de estos últimos, existe también una veta rememorativa asociada a algunos de estos bienes, donde ciertos dispositivos incitan el deseo de ser poseídos porque representan un vínculo con los padres y madres y abuelos y abuelas que han fallecido. Historias, hazañas y cualidades de los antepasados parecen ser mágicamente evocados, traídos al presente por la contemplación y manipulación de alguna fotografía y ciertos objetos muy personales de los antepasados. Historias de robos, ocultamientos y compras “en vida”, rodean a los artefactos y fotografías que los propios atacameños consideran como heredados de los padres y los abuelos. Objetos que “se perdieron” levantan suspicacias entre familiares, y objetos “prestados” se encuentran en un continuo pasar de mano en mano. Todo ello nos invita a atestiguar la existencia de una activa y potente dimensión de lo que podríamos llamar “patrimonios familiares”, que se encuentra en un espacio intermedio entre una dinámica comunitaria y una lógica individual, que no se circunscribe al territorio del oasis atacameño, sino que despliega redes extraterritoriales, donde participan también los parientes migrados a las ciudades. Así como posibilitan la activación de vínculos de tipo afectivo o identitario con

los antepasados recientes, los objetos también estarían poniendo en acción otro tipo de significados culturales, con proyecciones temporales de larga data, donde destaca la abundante presencia de algarrobos y chañares en la arquitectura, la fabricación de objetos, alimentos, y la presencia misma de estos árboles en el paisaje.

Como vemos, el pasado reciente de impronta industrial no ha conseguido situarse cabalmente en el ámbito de la *historia* local, pero es esperable que dentro de poco esta situación cambie: el respaldo y la objetivación académica del periodo y los procesos asociados inevitablemente contribuyen a aumentar su visibilidad y legitimidad histórica, facilitando la elaboración de apropiaciones discursivas locales.

2. Sobre las categorías de análisis: algunas reflexiones

Más allá de los resultados referidos en las secciones anteriores, me parece necesario hacer explícitas algunas observaciones desprendidas del trabajo realizado. Se trata de resultados que no fueron directamente perseguidos, pero que tienen gran importancia en tanto que permiten precisar o comprender relaciones o asociaciones entre ciertos aspectos de la cultura material atacameña y algunas categorías de análisis empleadas de manera general en mi trabajo.

La observación del espacio doméstico atacameño mostró significativos *desajustes* entre lo observado y las nociones de lo público y lo privado, de lo doméstico, lo económico y también lo familiar y lo comunitario, que con mucha frecuencia leemos como categorías opuestas o excluyentes. Pero al contrario, la esfera doméstica atacameña puede ser concebida como un ámbito de integración antes que de segmentación de estas categorías: los procesos de construcción, reconstrucción y remodelaciones que experimentan las viviendas atacameñas dejan ver no sólo una armonía con un remanente agropecuario de auto subsistencia, sino también una apertura a las demandas del turismo internacional. *Doméstica, familiar, productiva y pública* son categorías que podrían describir muy bien una casa atacameña, pero aún más, me parece que la distinción *familiar* versus *comunitario* también flaquea parcialmente cuando ponemos nuestra atención en algunos ítems del registro material recabado. Por ejemplo, cuando un informante habla de la fragua de su abuelo -que ya no es más que los cimientos de una mesa- su relato enfatiza sobre todo el carácter comunitario de ésta; es más, ciertas características de su emplazamiento, como la amplitud del área que la circunda, y su cercanía a un amplio portón que conecta con la calle parecieran confirmar de alguna manera la intención comunitaria de ésta, pero además el hecho de que en torno a ella “se reunieran los soleños a compartir un vaso de aloja”. Otro caso que apunta en esta misma dirección se puede observar en torno a la figura de la Virgen de Guadalupe y su oratorio. Emplazado en la entrada de la vivienda de la señora Mercedes Paniagua, el oratorio fue construido comunitariamente por los habitantes del ayllu de Séquitor. En teoría su uso es comunitario, de igual modo que la Virgen no pertenece a la señora Mercedes; se trata de hitos que se sobreponen a la dimensión de las modernas propiedades privadas, pero también a la dimensión de las propiedades comunitarias colectivas, e incluso más, porque la figura de la Virgen no alcanza siquiera a situarse en el plano de los objetos que puedan estar sujetos a la propiedad en el sentido de pertenencia, ni individual ni colectiva: doña Mercedes afirma ser “esclava” de dicha Virgen.

Continuando con el tema de la propiedad de los objetos, pero situándonos ahora en el territorio de los ya referidos patrimonios familiares, me parece que se esboza una situación de activa circulación a la que estarían sometidos algunos objetos, altamente deseados, como por ejemplo las fotografías. La dificultad para establecer relaciones de propiedad y pertenencia entre artefactos asociados a familias extendidas, podría reforzar la idea de la existencia de redes de patrimonios familiares, entendiendo el concepto patrimonio en su doble acepción, como el acervo de bienes anclados en una relación de pertenencia y como tecnología simbólica (Muriel 2008). Estas “redes”, que pueden extenderse a Calama, Antofagasta o más lejos, se encuentran sin embargo en una permanente tensión, en tanto que son también muchos los atacameños que adoptan un modo de vida plenamente capitalista, que desea monetizar las propiedades y/o viviendas heredadas.

Por otro lado, pensando en un análisis temporal sobre el uso y desuso de los objetos, parece necesario insistir en la idea de que en ciertos contextos, la continuidad o discontinuidad en el uso de tecnologías o innovaciones materiales no necesariamente obedece a trayectorias simples y unidireccionales, y podría estar motivada no sólo por razones de tipo práctico o económico, sino que ser también consecuencia de otro tipo de condiciones, como observamos en el presente caso, donde están operando también disputas de tipo simbólico por el control de identidades, que obligan a la elaboración de prácticas materiales contingentes.

VII. CONCLUSIONES

Este trabajo se interrogó sobre la relación de los objetos de uso cotidiano en la elaboración del pasado reciente de una comunidad con una historia india marcada por varios siglos de administración colonial y dos procesos de incorporación republicana en entre los siglos XVII y XX. Se ha considerado como pasado reciente al periodo inaugurado con la instalación del capitalismo extractivo a escala industrial en el área extracomunitaria, pero inmediatamente circundante a esta comunidad, con la que se mantenían significativas relaciones económicas comerciales. Como características más relevantes del periodo están el redireccionamiento de las estrategias económicas y la nacionalización chilena de la población india, que condujeron en conjunto a que por primera vez esta comunidad se integrara prácticamente a una república, pero a costa de la invisibilización del componente indígena, que fue asimilado a lo campesino. El hito que cierra este periodo es la integración de esta comunidad al mundo global, a través de su incorporación en las redes de turismo internacional, que coincide además con el despliegue nacional de estrategias políticas derivadas del multiculturalismo neoliberal, que patrimonializan la diferencia cultural, integrando al discurso nacional una versión contemporánea del indio, llamado ahora indígena (Ayala, 2014). Este proceso, iniciado en los años 90s, introduce una relectura temporal e identitaria de la historia de esta comunidad, que se vale de saberes “modernos” para definir una cronología que articula la primera ocupación del territorio varios milenios atrás, con algunas prácticas no modernas de los siglos recientes, que además operan como “marcas” comerciales que estimulan la venta de bienes y servicios turísticos.

La propuesta de trabajo definió como ámbito de estudio las relaciones establecidas entre la población residente en San Pedro de Atacama y alrededores, y los objetos asociados al periodo de tiempo antes señalado. Se privilegió la entrada arqueológica porque ella permite situar en el análisis condiciones y prácticas asociadas a la materialidad que no necesariamente se encuentran incorporadas en el plano discursivo, pero que son informativas de la vida social. De todo ello se puede concluir lo siguiente:

Pese a haber tenido significativas repercusiones económicas, la expansión del capitalismo industrial en tanto proceso, no se ha configurado como un tópico del pasado atacameño. En sintonía con lo propuesto por Vilches (2016), pudimos observar cómo sus múltiples derivadas han sido asimiladas de forma individual antes que colectiva, y son registradas oral y/o materialmente sólo por las familias para las que los eventos han tenido alguna trascendencia en términos de trayectoria económica, como por ejemplo aquellos cuyos antepasados administraron o fueron dueños de explotaciones mineras. La única excepción a lo anterior la constituye la arriería, actividad descontinuada hace casi un siglo, que pone en acción algunos discursos colectivos que se focalizan en las relaciones de intercambio establecidas con los argentinos, y en las travesías cordilleranas de los arrieros. En términos materiales, los artefactos y fotografías circulan a nivel familiar, remarcando que aún hoy existe una identificación entre familias y ayllus con la arriería: hay arrieros famosos que se asocian a actuales habitantes del sector; se reconocen familias de arrieros, así como también hay ayllus arrieros, como Solor. Pero al contrario, la arquitectura arriera no es considerada en asociación a este periodo, como complemento a las otras materialidades y discursos (Vilches et al., 2014b), lo que puede

deberse a que pese a todo, las memorias de la arriería no han sido colectivizadas de forma explícita, pero también a que los procesos de inscripción están operando sobre el patrimonio familiar de quienes fueron asalariados de esta industria, no de los capitalistas que construyeron y administraron estos conjuntos arquitectónicos. Con todo, la arriería es connotada de manera positiva y nostálgica.

En términos de inscripción material, el periodo ha sido registrado a nivel individual y familiar a través de la archivación de ítems artefactuales específicos, que se caracterizan por constituir las primeras innovaciones tecnológicas modernas adquiridas durante el siglo XX por los antepasados. Son arados, camiones y tractores, máquinas de coser, cocinas a leña, vitrolas, entre otros, que han sido guardados y constituyen patrimonios familiares informales, que no son administrados bajo lógicas modernas, pues su deterioro, por ejemplo, no es considerado indeseable sino natural. Tampoco se busca para ellos un emplazamiento o visibilidad privilegiados al interior de la vivienda. Estas prácticas de archivación de ítems tecnológicos se funden con otras que bajo la misma lógica guardan artefactos usados por los padres, madres, abuelos y abuelas, que son conservados específicamente por considerarse significativos, porque remiten a aspectos característicos de la vida de estas personas.

Otra forma bajo la que se presentan los artefactos es no ya como dispositivos nemotécnicos, sino en sintonía con su función original, lo que es indicativo de continuidad en las prácticas productivas, constructivas y domésticas. Todo ello incide de forma significativa en la posibilidad de objetivar esta historia reciente, porque sus características se siguen reproduciendo en la actualidad. No obstante lo anterior, las esferas museográfica y académica han comenzado paulatinamente a elaborar el periodo bajo una óptica histórica, desplegando procedimientos de investigación, registro y representación, en una doble lógica: por un lado articulando sistemáticamente la historia local con procesos económicos y políticos de alcance nacional (Sanhueza y Gundermann, 2007; Vilches et al., 2012, 2014a, 2014b; Vilches y Morales, 2016; Labra, 2017; Araneda, 2017; García-Albarido et al., 2008), pero también representándola de manera asistemática en torno a referentes materiales en el orden de lo folclórico.

El registro fotográfico puede caracterizarse de modo general en torno a ejes temáticos: el más abundante lo conforman las fotografías de *lugares*, paisajes naturales o culturales, donde es frecuente la ausencia de la figura humana, o donde también esta se encuentra fundida o minimizada por los otros elementos de la composición. Otro conjunto lo constituyen las *actividades*, donde la figura humana desempeña un rol definido, pero el énfasis está en lo que se está haciendo antes que en los personajes, que son en su gran mayoría anónimos. Finalmente encontramos los *retratos*, donde al contrario de los dos subconjuntos anteriores, la figura humana es el elemento central, y toda la composición se congela en torno a ella. Estas capturas son de una pose estática, rígida, donde el o los retratados se encuentran serios y visten con formalidad. Todo el contexto se minimiza en función del protagonista. Por ser fotografías del ámbito familiar, que ilustran a miembros del grupo de parentesco, los sujetos retratados se encuentran singularizados: se sabe con certeza quién está en la fotografía. Pero este conjunto es escaso, y no aporta gran información respecto al pasado. Es más bien un recurso de auto representación con poco potencial de interesar a gente más allá del grupo familiar. Justamente por lo contrario es que las fotografías de lugares y actividades han alcanzado una circulación y visibilidad mayores.

Además del conjunto de objetos, resulta significativo el rol de la vivienda atacameña en la elaboración de la temporalidad, pues en ella se despliegan prácticas de continuidad y de innovación en lo doméstico, lo económico y lo constructivo, que generan una dinámica muy particular, interesante de explorar a futuro. Su propia organización espacial obedece a lógicas no completamente dilucidadas, en tanto que las prácticas sociales que se desarrollan en su interior sólo se encuentran parcialmente definidas. Las tensiones que generó la aplicación de categorías de análisis occidentales a su organización y segregación espacial inducen a una serie de preguntas y relecturas: ¿Si no es la arquitectura lo que segrega la relevancia de los espacios, entonces qué criterios lo hacen? ¿Puede definirse efectivamente el espacio familiar atacameño como un ámbito privado, en oposición a lo comunitario o público? ¿Qué conceptos podrían retratar más justamente esta esfera? De igual modo, la convergencia de prácticas modernas con otras tradicionales plantea también sus propias interrogantes: ¿De qué forma influye la vivienda atacameña en la elaboración de la temporalidad? ¿Existen prácticas y áreas de las viviendas que tengan connotaciones temporales específicas? Profundizar en este tipo de cuestiones podrá contribuir también a reevaluar el análisis espacial del espacio doméstico en contextos arqueológicos, en tanto se relativizan categorías y asociaciones no lo suficientemente problematizadas.

Con todo, me parece que el análisis de los objetos de uso cotidiano en la construcción del pasado reciente atacameño resultó útil e informativo, en tanto permitió observar de forma contingente diversas prácticas asociadas a la elaboración de la temporalidad. Siendo así, y dado que lo que se propone es la lectura del tiempo en función de una topografía, sería interesante conjugar este tipo de análisis con otro que incorpore ítems materiales con mayor profundidad temporal, tanto republicanos como coloniales y prehispánicos.

Bibliografía

Alvarado, M. (2000). "La huella luminosa de los fotógrafos de la Frontera". En *Historia de la Fotografía en Chile: Rescate de Huellas en la Luz*. Centro Nacional de Patrimonio Fotográfico, pp 36-55.

Alvarado, M., Mason, P. (2001). La desfiguración del otro. Sobre una estética y una técnica de producción del retrato "etnográfico". *Aisthesis*, 34, 242-257.

Alvarado, M., Mason, P. (2004). "Fueguia Fashion". Fotografía, Indumentaria y Etnicidad. En *V Congreso Chileno de Antropología, Tomo I Acta 5* (pp. 81-89). San Felipe, Chile. Colegio de Antropólogos de Chile A. G.

Alvarado, M. (2002). La imagen de lo no vivido. Memoria y fotografía de las salitreras del norte de Chile. *Aisthesis* 35, 41-49.

Alvarado, M.; Odone, C.; Maturana, F. y Fiore D. (2007). *Fueguinos. Fotografía siglos XIX y XX. Imágenes e Imaginarios del Fin del Mundo*. Santiago, Chile: Pehuén Editores.

Alvarado, M.; Mege, P.; Bajas M.P. y Möller C. (2012). *Andinos. Fotografías de los Siglos XIX y XX. Visualidades e imaginario del desierto y el altiplano*. Santiago, Chile: Pehuén Editores.

Araneda, Y. (2017). *Habitar un paisaje en movimiento. Arqueología de la ruta Catarpe-Calama en tiempos de las remesas (1870-1940)* (Tesis de pregrado). Universidad de Chile, Santiago.

Ayala, P. (2007). Relaciones entre Atacameños, Arqueólogos y Estado en Atacama (norte de Chile). *Estudios Atacameños*, 33, 133-157.

Ayala, P. (2008). *Políticas del Pasado: indígenas, arqueólogos y Estado en Atacama*. Línea Editorial IIAM. Universidad Católica del Norte.

Ayala, P. (2014). Patrimonialización y arqueología multicultural en San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños*, 49, 69- 94.

Bajas, M. (2016). Fotografías de frontera en el norte grande de Chile (1900-1970). *Diálogo Andino*, 50, 45-57.

Benavides, H. (2004). Los ritos de la autenticidad: indígenas, pasado y el Estado ecuatoriano. *Arqueología Suramericana*, 1(1), 5-48.

Berenguer, J. (2004). *Caravanas, Interacción y Cambio en el Desierto de Atacama*. Santiago: LOM Ediciones.

Bermúdez, O. (1963). *Historia del Salitre: desde sus Orígenes hasta la Guerra del Pacífico*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.

Bermúdez, O. (1987). *Breve Historia del Salitre: Síntesis Histórica desde sus Orígenes hasta Medios del Siglo XX*. Santiago: Ediciones Pampa Desnuda.

Boccaro G. y P. Ayala. (2011). Patrimonializar al indígena. Imaginación del multiculturalismo neoliberal en Chile, *Cahiers des Amériques latines* [En línea], 67. Publicado el 15 mayo 2013, consultado el 13 diciembre 2016. URL: <http://cal.revues.org/361>; DOI: 10.4000/cal.361

Bouysse-Cassagne, T. y O. Harris. (1987). "Pacha: En torno al pensamiento aymara". En *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*. J. Medina, HISBOL, La Paz. pp. 11-60.

Cárdenas, U. (2007). Las Salinas del Valle de la Luna: historia olvidada de un asentamiento minero contemporáneo en la puna de Atacama, II región de Antofagasta. Manuscrito no publicado.

Cassasas, M. (1976). "La arqueología histórica en el norte grande chileno". En *Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige, s.j.*, editado por H. Niemeyer, pp. 219-226. Antofagasta: Universidad del Norte.

Castro, V. (2001). Atacama en el tiempo. territorios, identidades, lenguas (Provincia El Loa, II Región). *Anales de La Universidad de Chile* serie 13.

Castro, V. y Martínez J.L. (1996). Poblaciones Indígenas de Atacama. En J., Hidalgo, J., Schiappacasse, F. Niemeyer, F. Aldunate, C., Mege, P. (Ed), *Culturas de Chile. Etnografía. Sociedades Indígenas Contemporáneas* (p 69-110). Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.

Collingwood-Selby, E. (2009). *El filo fotográfico de la historia: Walter Benjamin y el olvido de lo inolvidable*. Santiago: Metales Pesados.

Comisión de Verdad Histórica y Nuevo trato con los Pueblos indígenas (2009) [2008] *Informe de la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato con los Pueblos Indígenas*. Santiago de Chile: Pehuen.

Edwards, E. (2002). Material Beings: objecthood and ethnographic photographs. *Visual Studies*, 17(1), 67-75.

Eliade, M. (1967). *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Labor.

Fiore, D., M. Varela. (2007). Excavando fotos: Arqueología de la cultura material y las prácticas sociales de los pueblos fueguinos. En *Fueguinos. Fotografías siglos XIX y XX* (p 61-73). Santiago de Chile: Pehuen.

García-Albarido, F.; Bravo, C; Lorca, R.; Rivera, F. (2008). *El Mineral de Caracoles, Arqueología e Historia de un Distrito Minero de la Región de Antofagasta (1870-1989)*. CNCA, Santiago de Chile.

Garrido, C. (2014). Informe etnografía Proyecto FONDECYT 1120087. Segundo año de ejecución (2013). Manuscrito no publicado.

González, P. (2014). Recopilación y análisis de registro fotográfico asociado al periodo de expansión capitalista (1880-1980) en los oasis de San Pedro de Atacama. (Informe de Práctica Profesional). Universidad de Chile, Santiago.

González-Ruibal, A. (2003). Desecho e identidad: etnoarqueología de la basura en Galicia. *Gallaecia*, 22, 413-440.

González-Ruibal, A. (2007). "Arqueología Simétrica: Un Giro Teórico Sin Revolución Paradigmática". *Complutum*, 18: 283-319.

González-Ruibal, A. (2012). "Archaeology And The Study Of Material Culture: Synergies With Cultural Psychology". En *The Oxford Handbook of Cultural and Psychology*. Oxford University Press, pp 132-162.

González-Ruibal, A. (2014). Malos nativos. Una crítica de las arqueologías indígena y poscoloniales. *Revista de Arqueología*, 27(2): 47-63.

Grebe, M.; Hidalgo, B. (1988). Simbolismo atacameño: un aporte etnológico al estudio de los significados culturales. *Revista Chilena de Antropología*, 7, 75-97.

Groys, B. (2008). *Bajo Sospecha. Una fenomenología de los medios*. Pre-Textos, España.

Guereña, JL. (2005). Imagen y Memoria. La tarjeta postal a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. *Berceo*, 149, 35-58.

Gundermann, H. (2004). Inicios de siglo en San Pedro de Atacama: procesos, actores e imaginarios en una localidad andina. *Chungara*, 36(1), 221-239.

Hidalgo, J., (1982). Fases de la rebelión indígena de 1781 en el corregimiento de Atacama y esquema de la inestabilidad política que la precede, 1749-1781. *Chungara*, 9: 192-246.

Hidalgo, J. (1984). Complementariedad ecológica y tributo en Atacama (1683-1792). *Estudios Atacameños*, 7, 311-325.

Hodder, I. (1982). *Symbols in Action: Ethnoarcheological Studies of Material Culture*. Cambridge: Cambridge University Press.

Imilan, W. (2007). Socaireños en movimiento. Atacameños y Calama. *Estudios Atacameños*, 33, 105-123.

Kopytoff, I. (1986). La biografía cultural de las cosas: La mercantilización como proceso. En A. Appadurai, (Ed). *La vida social de las cosas* (pp 89-124). México: Editorial Grijalbo.

Labra, R. (2017). *Arqueología del consumo en el pasado reciente de "Las Salinas" del Valle de la Luna* (Tesis de pregrado). Universidad de Chile, Santiago.

- Latour, B. 2007. *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Siglo XXI Editores Argentina, SA.
- Latour, B. 2008 [2005]. *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- Marila, M. (2011). *Archaeology and Authenticity* (Tesis de Magíster). University of Helsinki, Helsinki.
- Martínez, J. (1998). *Los Pueblos del Chañar y el Algarrobo: los atacamas en el siglo XVII*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Barros Arana.
- Martínez, J., (2010). "Somos resto de gentiles": El manejo del tiempo y la construcción de diferencias entre comunidades andinas. *Estudios Atacameños*, 39, 57- 70.
- Miller, D. (Ed.). (2005). "Materiality: An Introduction". *Materiality*. Duke University Press, Durham, pp 1-50.
- Mostny, G. (1954). *Peine, un pueblo atacameño*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Muñoz, I. (2014). Hurgando la vivienda andina a través de la historia: percepción y ocupación del espacio doméstico-ceremonial en los valles y altiplano en la región de Arica y Parinacota, Chile. *Intersecciones en Antropología*, 15, 235-250.
- Muriel, D. (2008). El Patrimonio como Tecnología para la Producción y Gestión de Identidades en la Sociedad del Conocimiento. *Revista de Antropología*, 19, 63-87.
- Núñez, L. 2007 [1991]. *Vida y cultura en el oasis de San Pedro de Atacama*. Editorial Universitaria, Santiago. Segunda Edición.
- Núñez, L. & Castro, V. (2011). ¡Caiatunar, caiatunar!: Pervivencia de ritos de fertilidad prehispánica en la clandestinidad del Loa (norte de Chile). *Estudios Atacameños*, 42, 153-172.
- Odone, C. (1994). *La territorialidad indígena y española en Tarapacá colonial (siglos XVI XVIII): una proposición*. (Tesis de Magíster). Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Olsen, B. (2003). Material Culture after Text: Re-Membering Things. *Norwegian Archaeology Review*, 36(2), 87-104.
- Palma, M. 2014. *Fotografías de Martín Gusinde en Tierra del Fuego (1919-1924): La imagen material y receptiva*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Pavez, J. (2012). Fetiches kongo, momias atacameñas y soberanía colonial. Trayectoria de Gustavo Le Paige s.j. (1903-1980). *Estudios Atacameños*, 44, 35- 72.
- Poole, D. 2000 *Visión, raza y modernidad. Una economía visual del mundo andino de imágenes*. Sur Casa de Estudios del Socialismo, Lima. Primer Congreso de Movimientos Indios de Sud América. 1980. Ediciones MITKA, Perú.

Rees, C., Silva, C. y Vilches, F. (2010). Haciendo visible lo invisible: asentamientos salitreros del cantón El Toco, II Región. En *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Tomo II* (pp. 947-956). Valdivia: Sociedad Chilena de Arqueología.

Richard, N., Moraga, J., Saavedra, A., (2016). El Camión en La Puna de Atacama (1930-1980). Mecánica, Espacio y Saberes en Torno a un Objeto Técnico Liminal. *Estudios Atacameños*, 52, 89- 111.

Riegl, A. (1987) [1903]. *El culto moderno a los monumentos*. Madrid, España; Visor Distribuciones.

Rivera, F., Tagle, R., Lorca, R. y Pascual, D. (2007). *Memorias de Capote: patrimonio arqueológico-histórico de una mina de tres siglos*. Santiago: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes y Fondart.

Siares, E. (2013). *Retazos de la historia de San Pedro de Atacama (1930-1980)*. San Pedro de Atacama, Chile.

Salazar, J. y Bushell, B. (2013) Heritage for Sale: Indigenous Tourism and Misrepresentations of Voice in Northern Chile. En *Heritage and Tourism: Place, Encounter, Engagement* (pp. 187-212). Routledge: U.S.A..

Sanhueza, C. y H. Gundermann. (2009). Capitales, Estado rentista y Cambio Social Atacameño en las regiones interiores de Antofagasta (1879 – 1928). *Estudios Atacameños*, 24, 218-246.

Sanhueza, C. (1992). “Tráfico caravanero y arriería colonial en el siglo XVI”. *Estudios Atacameños*, 10, 173-187.

Sanhueza, C. (2012). “La tradición arriera de Atacama (siglo XIX)”. En C. Aldunate (Ed.), *Atacama*. Santiago de Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino.

Sanhueza, C. y H. Gundermann. (2007). Estado, expansión capitalista y sujetos sociales en Atacama (1879-1928). *Estudios Atacameños*, 34, 113-136.

Valenzuela, A. (2006). *Atacameños de Calama. Diversidad, transitoriedad y fragmentación en las organizaciones atacameñas urbanas y su relación con el Estado chileno*. (Tesis de Maestría). Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Guadalajara, México.

Vilches, F., L. Sanhueza., C. Sanhueza., U. Cárdenas y C. Garrido. (2012). Expansión Capitalista e identidad en los oasis de San Pedro de Atacama, 1880-1980: un enfoque interdisciplinario”. Proyecto Fondecyt 1120087. Concurso regular 2012.

Vilches, F., C. Rees y C. Silva. (2008). Arqueología de asentamientos salitreros en la región de Antofagasta (1880-1930): síntesis y perspectivas. *Chungara*, 40(1) ,19-30.

Vilches, F., L. Sanhueza y C. Garrido. (2014a). "Patrimonio (in)visible: arquitectura de remeseros en San Pedro de Atacama". *ARQ*, 88, 76-85.

Vilches, F., L. Sanhueza, C., Garrido, C., Sanhueza y Cárdenas, U. (2014b). La minería de la sal durante el siglo XX en San Pedro de Atacama, Chile (II Región): entre la explotación artesanal y la industrialización. *Estudios Atacameños*, 48: 209-228.

Vilches, F. (2015). "Expansión Capitalista e identidad en los oasis de San Pedro de Atacama, 1880-1980: un enfoque interdisciplinario". Proyecto Fondecyt 1120087. Informe de avance etapa 2014.

Vilches, F. (2016). "Expansión Capitalista e identidad en los oasis de San Pedro de Atacama, 1880-1980: un enfoque interdisciplinario". Proyecto Fondecyt 1120087. Informe Final.

Vilches, F., Morales, H. (2016). From Herders to Wage Laborers and Back Again: Engaging with Capitalism in the Atacama Puna Region of Northern Chile. *International Journal of Historical Archaeology*, 21, 369-388.

Sitios Web

CMN Consejo de Monumentos Nacionales. (27 de enero 2018) Disponible en: <http://www.monumentos.cl/monumentos/definicion>

Anexos

Anexo 1: FICHA DE REGISTRO OBJETOS

Tipo de Objeto: _____

1. Datos del propietario

a. Datos del propietario o Institución propietaria

i. Nombre: _____

ii. Ocupación o rubro: _____

iii. Dirección: _____

b. Lugar de registro: _____

c. Informante(s): _____

2. Características materiales

a. Nombre vernáculo: _____

b. Dimensiones

Alto: _____	Largo: _____	Ancho: _____
-------------	--------------	--------------

c. Tipo de manufactura: _____

d. Material: _____

e. Técnica: _____

f. Inscripciones : Sí / No

--

d. Estado de conservación: Malo / Regular / Bueno

e. Integridad: Completo / Incompleto

f. Otros: _____

3. Biografía social objeto

a. Presencia de huellas de uso: Si / No

b. Presencia de alteraciones a la forma/función original: Si / No

c. Alteraciones o modificaciones intencionales: Si / No

d. Época en que se usó: _____

e. Historia de uso del objeto: _____

f. Industria asociada: Arrieraje / Azufre / Sal / Llareta

g. Relato asociado: _____

h. Propiedad del objeto:

i. Propio / Adquirido / Donado / Heredado

Otro: _____

ii. Anteriores propietarios: _____

iii. Relato asociado: _____

4. Contexto actual

i. Ubicación actual:

i. Tipo de recinto: _____

ii. Dentro del recinto / Fuera del recinto

iii. Unidad del recinto: _____

iv. Superficie de apoyo:

- Tipo de superficie: _____

- Ubicación en la superficie: _____

j. En relación a otros elementos del espacio: _____

k. Visibilidad: Visible / Invisible / Semivisible

5. Otros: _____

Registrado por:

Fecha:

Fotografías:

Anexo 2: FICHA DE REGISTRO FOTOGRÁFICO

1. Antecedentes Generales

- a. N° de fotografía: _____
- b. Lugar de registro: _____
- c. Datos del propietario o Institución propietaria
- Nombre: _____
 - Ocupación o rubro: _____
 - Dirección: _____
- d. Informante(s): _____

2. Antecedentes materiales de la fotografía

- a. Año de toma: _____
- b. Autor: _____
- c. Tipo de cámara: _____
- d. Dimensiones (mm): _____
- e. Técnica y material:

i. Color:

Blanco y negro:	Sepia:	Colores:
Fotografía coloreada:	Otro:	

ii. Tipo de soporte:

Papel:	Cartulina:	Lámina:	Negativo:
Post card:	Otro:		

iii. Textura del soporte:

- Anverso: Muy suave / Liso / Áspero
- Reverso: Muy suave / Liso / Áspero

- f. Reverso: Limpio / Con restos de pegamento / Pegado

g. Inscripciones y marcas:

- Sí / No
- En anverso / En reverso
- Legibles / Semi legibles / Ilegibles

e. Bordes:

- Bordes recortados a mano: Sí / No
- Presencia de margen: Sí / No

f. Calidad fotográfica

- Nitidez: Buena / Regular / Mala
- Contraste: Alto / Medio / Bajo
- Brillo: Alto / Medio / Bajo
- Presencia de suciedad en la imagen: Si / No

- g. Original / Reproducción / Amplificación

- h. N° copias de la imagen: _____

i. Estado de conservación: Malo / Regular / Bueno

j. Otros: _____

3. Contenido de la fotografía

a. Lugar de toma: _____

b. Quién (es) aparece(n): _____

c. Industria asociada: Arrieraje / Azufre / Sal / Llareta

d. Relato asociado: _____

4. Contexto actual de la fotografía

a. Ubicación actual:

i. Tipo de recinto: _____

ii. Dentro del recinto / Fuera del recinto

iii. Unidad del recinto: _____

iv. Superficie de apoyo:

- Tipo de superficie: _____

- Ubicación en la superficie: _____

vi. En relación a otros elementos del espacio: _____

b. Soporte:

i. Álbum / Enmarque / Caja Otro: _____

ii. Soporte antiguo / Soporte nuevo

c. Visibilidad: Visible / Invisible / Semivisible

d. Propiedad de la fotografía:

i. Propia / Adquirida / Donada / Heredada

Otro: _____

ii. Anteriores propietarios: _____

iii. Relato asociado: _____

5. Observaciones: _____

Registrado por:

Fecha de registro:

Fotografías: